



HEMEROTECA
MUNICIPAL



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

ARMAS Y LETRAS



— DIRECTOR-GERENTE —
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

AÑO I

AGOSTO-1920.

NÚM. 8

LA MEJOR MOTOCICLETA

*De sport y Guerra
es la
Harley-Davidson*

Exposición y venta:

U. ADELANDALUCE

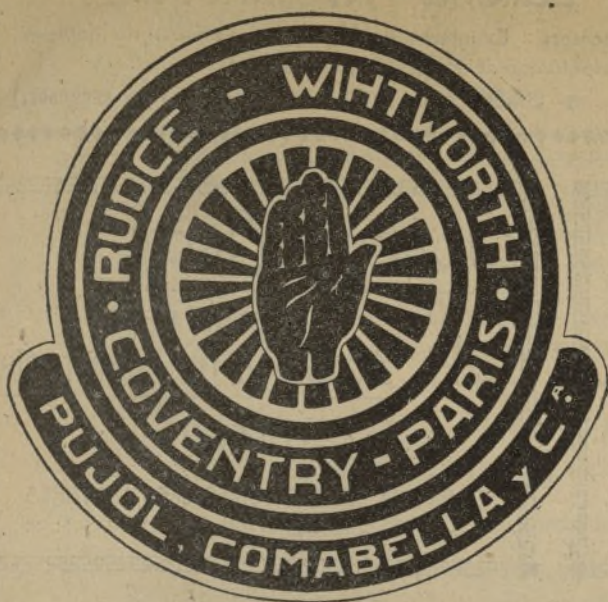
Marqués del Riscal, 7.



J. M. Clabov



VENCEDORA
EN TODAS
LAS CARRERAS
CELEBRADAS
EN
ESPAÑA



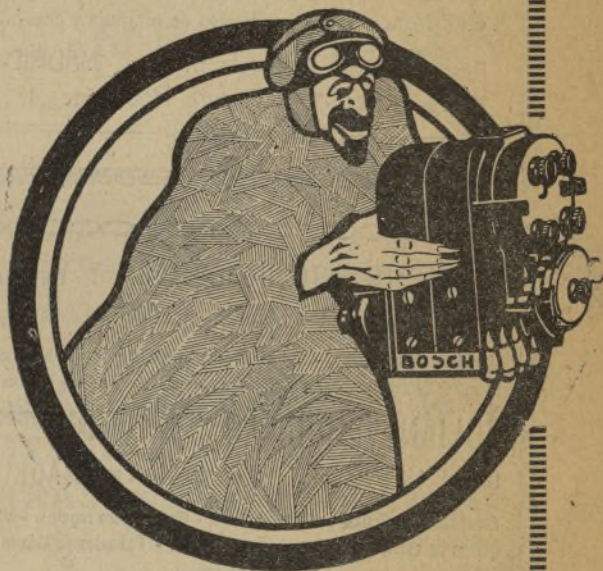
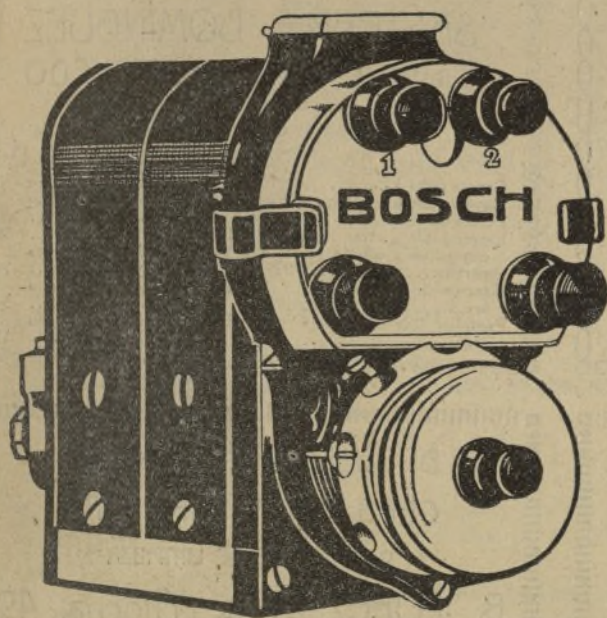
REPRESENTANTES

PARA ESPAÑA DE LAS
RUEDAS METÁLICAS

— RUDCE —
WIHTWORTH

TENEMOS EXISTENCIAS DE TO-
— DAS MEDIDAS Y TIPOS —

PIDANSE PRESUPUESTOS



REPRESENTANTES

DE LA MAGNETO

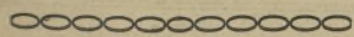
BOSCH

LEGÍTIMA ALEMANA DE STUTT-
GARD. * COMPLETO STOCK DE
TODOS LOS TIPOS Y BUJÍAS DE

— TODOS LOS PASOS —

ACCESORIOS EN
— GENERAL —

PARA AUTOS, MOTOS Y
— AVIACIÓN —



REINA, 39 Y 41
M A D R I D

*Pujol, Comabella
y Compañía*

Esteban Peñate Larena - Avellaneda.

Especialista en las enfermedades de la boca y dientes. :: Ex interno de Clínica de la Facultad de Medicina.
Odontólogo del Ejército y profesor odontólogo del Hospital militar de Carabanchel.
Carrera de San Jerónimo, 45 y 47, tercero izqda. :: CONSULTA: de 10 a 1 y de 3 a 7. :: (Hay ascensor.)

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR DE CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. * * * Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda, 5. - - MADRID
Zalleres: Zutor, 1, y Ventura Rodríguez, 17.

Teléfono 1.548 - J

JOAQUIN ARCAL

SASTRE DE LA
ACADEMIA DE INFANTERÍA

:: :: TOLEDO :: ::

PRIMERA CASA EN UNIFORMES MILITARES
:: :: ESPECIALIDAD EN GUERRERAS :: ::

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. - Gemelos prismáticos Busch-Zeiss-Goerz.
Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. - Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS
Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M - 4.205. - MADRID

Escopetas. - Artículos para caza y viaje. - Objetos para regalos. - Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. - Pañuelos de Manila y mantillas de encaje.

SASTRERÍA DOMÍNGUEZ

Cuesta del Alcázar, 14. - TOLEDO

NOTA DE PRECIOS

	Pts.	Pts.	
Capote paño 1.ª	150	Uniforme kaki de estambre o gabardina con pantalón y calzón	150
Capota paño o estambre	210	Idem id. de dril, con id.	70
Pelliza de 1.ª, rizo de id.	120	Volver pelliza con todos los avios y dorados	70
Impermeable gabardina con gabán y capota separada	225	Idem guerrera con id. id. e idem	50
Guerrera de paño o estambre	120	Poner cuello y vueltas con estrellas y soutache	17
Pantalón Rey con franja seda	60		

EL LENTE DE ORO

ÓPTICA FINA

ARENAL, 14 - MADRID



GEMELOS PRISMÁTICOS ZEISS-GOERZ Y OTRAS
MARCAS :: GEMELOS DE CARTERA PARA TEATRO

DROGUERÍA, PERFUMERÍA, CEPILLERÍA, ESPONJAS Y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. e Atocha, 49

CASA MUJ BIEN SURTIDA
PRECIOS ECONÓMICOS

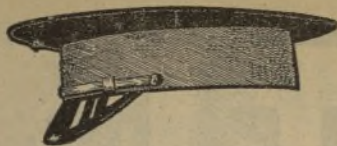
PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO



SASTRERÍA
MILITARY PAISANO

ALVARO

Mayor, 20 pral. - MADRID



GORRAS DE UNIFORME

ÚLTIMOS MODELOS EN GORRAS, ROSES Y CHACOTS

F. VILLAVEVERDE

Calle Mayor, 39. MADRID Envíos a provincias.



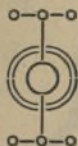
MANZANO Y GÓMEZ

Constructores de vestuarios para el Ejército.

CASA CENTRAL: FUENCARRAL, 36
MADRID.—TELÉFONO 3.013 - M.

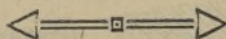
SUCURSAL: SAN FRANCISCO, 32
SEGOVIA

Se remiten modelos libres de gastos a las Juntas económicas que lo soliciten.



SASTRERIA MILITAR NEIRA

Cervantes, 3 y 5.



SEGOVIA



LA COMPAÑÍA DE MADERAS

GRANDES ALMACENES DE MADERAS Y TALLERES MECÁNICOS

Argumosa, 14 - MADRID - Teléfono 689-M.

DEPÓSITO EN ALICANTE (MAISONNAVE, 49)

SANTANDER - BILBAO - GIJÓN - SAN JUAN (Avilés) - PASAJES - HUELVA

Pino del Norte.—Pino de tea.—Pino de Balsain.—Pino del país.—Maderas finas.

MOLDURAS DE TODAS CLASES Y FRISOS

Proveedores de la 3.^a Sección de la Escuela Central de Tiro.

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del Ejército, o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, **anúnciese en ARMAS Y LETRAS** y verá prosperar su negocio. Pida tarifas y presupuestos.

Pedro Andion y Compañía.

Lonas para toldos y cortinas. Lencería, cutíes y terlices para colchones. Saquerío para envase de lanas y cereales. Cordelería y tramillas. Qutes para enfardaje.

IMPERIAL, 8 y 16.

Teléfono M-1.487.

MINGOTE H.^{nos}

Sastrería militar y paisano.

MAYOR, 88, entresuelo.

Frente a Capitanía General.—MADRID

No hay soldado valiente si tiene

CALLOS

EL UNGÜENTO MÁGICO

PRECIO: 1,50; por correo, 2 ptas.

Antes y después de las marchas y del sport dese un masaje de

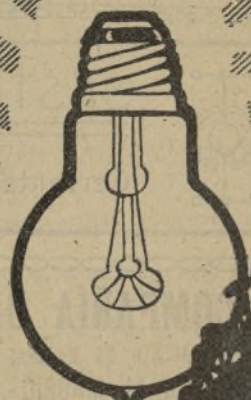
EMBROCACIÓ AMERICANA

y será incansable, será campeón.

El reuma y todo dolor desaparecen.

En todas las farmacias. - Farmacia PUERTO. - Plaza de San Ildefonso, 4. - MADRID

...y apareció en el ho-
rizonte una estrella que
à los mortales
indicaba el ca-
mino



de la
perpétua claridad....

ZARGON
TIPO ½ VATIO

Fabrica: Corles 397
Barcelona

Año I

ARMAS Y LETRAS

Núm. 8

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

Redacción y Administración: Mayor, 86

Apartado de Correos núm. 886. - MADRID

Administrador: José Valero de Bernabé.

Número

suelto:

1,50

peseta.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

1,25 pts. al mes. :- Extranjero: 12 pts. semestre.

Director: Vicente Valero de Bernabé.

CUESTIONES MILITARES

EL PAPELEO Y LA CONSULTA

Decididamente, es plaga de todos los ejércitos el abuso de eso que nuestros vecinos los franceses llaman la *paperasse-rie*. Los que creen que constituye un vicio imputable sólo a las organizaciones latinas—digámoslo así—están en un error. ¡Qué sorprendidos quedarán cuando sepan que adolecen de mal tan lamentado ejércitos como el austriaco y el alemán, tenidos por ahí en opinión de poco afectos al *papeleo*.

Hace algunos años decía un periódico alemán que las quejas originadas por ese sistema, que iba poco a poco infiltrándose en las filas, eran numerosas y constantes.

Muchas veces—añadía—se ha intentado combatir el monstruo de la multiplicación de las escrituras. Todo fué en vano, y, sin embargo, hay que convenir en que si cada uno, dentro de su esfera de acción, quisiera emplear sus energías en contener el torrente de tinta, podría esperarse una disminución real y duradera en la documentación.

“Los jefes de los regimientos y de los batallones—concluía diciendo el diario alemán—tienen medios eficaces para lograrlo; pero, desgraciadamente, las relaciones de las autoridades superiores entre sí y con los jefes de los Cuerpos obligan a recurrir a la pluma para entenderse, así como la separación de los Cuerpos en las guarniciones impide que en todos los casos puedan disponerse de viva voz los asuntos del servicio.”

El barón de Kaulbars, a pesar de su admiración hacia el Ejército alemán, no pudo por menos

de advertir que la circunstancia de que allí «desde el último teniente hasta el jefe supremo del Ejército, es decir, el Emperador, escriben por sí mismo sus comunicaciones oficiales», si bien contribuye, al parecer, a restringir el abuso de la correspondencia, obliga a todos a un rudo trabajo que en otros países pesa en su casi totalidad sobre escribientes y secretarios. Además, conviene en que podría criticarse con justicia en la redacción de los documentos oficiales el abuso de las frases de pura ceremonia, además de la larga enumeración de títulos y cualidades. Para una orden o parte oficial de tres líneas es menester un adobo de ocho o diez consagradas solemnemente al rango del expedidor y destinatario, y luego añadir, por ejemplo: «Me permito tener el honor y la consideración de dar cuenta a vuestra excelencia...»

Por lo que hace al Ejército austriaco, ya en 1895 decía una revista vienesa: «Las autoridades militares podrían disminuir el número de comunicaciones escritas; pero fuerza es reconocer que, por el contrario, *el mal viene de arriba*.»

Hay que establecer, sin embargo, una diferencia esencial entre el *papeleo* este, consagrado a las interioridades del servicio diario, y aquel otro *papeleo* que, como el nuestro, tiene por objeto dilatar la solución de cuantas cuestiones interesan al conjunto de la organización.

Al fin y al cabo, cualquiera que sea la ruda labor a que se entregue para desenvolverse, en el ejercicio de las funciones propias, la oficialidad alemana o

austriaca o rusa, esto no implica tardanza ni revela rutina en las altas esferas de la administración y gobierno del Ejército. Lo que por la índole especial del servicio puede ser—y lo es de hecho—gárrulo y hasta abrumador en la vida militar ordinaria, no alcanza a entorpecer la dirección superior. Por el contrario, arriba todo es concisión, rapidez, elevación y claridad.

Esta es la diferencia entre ellos y nosotros. Aquí, lo mismo arriba que abajo, la rutina impera en los procedimientos. En Alemania, por ejemplo, si escribe mucho el oficial, escribe, en cambio, poco el elemento organizador. Dirige sin perder el tiempo, marchando directamente al objetivo, bastándole un solo rasgo de pluma. Ordena sin vacilaciones ni trámites inútiles. Aquí, ¿quién se atreve a obrar sin la consulta?

*

He añi nuestro gran secreto: saber consultar. El talento del *al* y del *con* es la primera cualidad de todo augur dedicado a secundar las disposiciones del mando.

Inútil será que, poniéndole ante las narices el texto explícito y el antecedente aplastante, le demostréis que la cuestión está clara, que no hay más que coser y cantar. ¡Porfía inútil!

¡Que si quieres!... Hay que oír a alguien por fuerza. Pero ¿a quién? Esta es la clave: por lo general, al que dé más largas al asunto. Mientras más tarde en imponerse la resolución, mejor. Así como la antigua física aseguraba que la Naturaleza tenía horror al vacío, a los encargados de resolver repugna cualquier solución definitiva.

Como hombre, toda parte alcuota de la dirección y gobierno es susceptible de emociones. Como funcionario del Estado, le

pasa algo de lo que Hartmann afirma que ocurre a los metales: carece por completo de sensibilidad. Y así como los metales y los metaloides se unen y forman sales, sin alegría y sin sufrimientos, así el *papelista* de buena cepa concede o niega sin júbilo ni pasión. Con la misma indiferencia entrega el pan a la huérfana que redacta la orden para que pongan en garrote vil a Mariana Pineda. Obra nada más que por elevación de la temperatura exterior.

El amor a la consulta ha engendrado los Cuerpos consultivos.

Realmente, no hay mas que dos maneras de tenerlos. O son deliberantes y responsables, o meramente consultivos. En el primer caso, cada uno quiere que prevalezca su opinión, con el objeto, alguna vez, de que queden agradecidos los Gobiernos. En la generalidad de las ocasiones, por amor al arte. Cuando esas Corporaciones son meramente consultivas, nadie tiene fe en que prevalezca su juicio, y todos procuran averiguar, antes de emitirlo, qué es lo que les conviene decir.

Por otra parte, los que son llamados a esos grandes focos de luz, si deben el cargo a la consideración que inspiran grandes servicios o a la notoriedad de su valía, son casi siempre puras dificultades andando. Invocan a cada instante sus títulos a la confianza de quien los consulta. Y la confianza no se decreta. Napoleón, que entendía bien estas cosas, cuando se atascaba en la solución de algún asunto, aunque fuera técnico—y quizá por lo mismo que lo era—, no vacilaba en recurrir a consejeros de su exclusiva confianza, estuvieran donde estuvieran, sin fijarse en si eran de aquí o de allí, altos o bajos, morenos o rubios.

La consulta en los asuntos de alta trascendencia tiene además un grave inconveniente. ¿Es lo mismo ejecutar lo que dicta el propio convencimiento que llevar a la práctica las ideas, los pensamientos y hasta, ¡que todo puede ser!, los errores de otros?

Souwaroff hizo mejor que nadie la crítica de los Cuerpos consultivos. Obligado a reunir un Consejo de guerra, escuchó las más encontradas opiniones, silencioso y grave. Parecía que concentraba toda su atención en el debate.

Este era interminable. Las

contradicciones se sucedían a medida que un nuevo orador tomaba parte. Después de muchas horas de discusión estéril, en que cada cual seguía aferrado a sus ideas, y cuando había tantas soluciones como personas y todas impugnadas, se levantó Souwaroff y, tomando un pedazo de tiza, trazó sobre la mesa dos líneas paralelas.

Y en medio de la más profunda expectación, dijo lo siguiente, con la mayor solemnidad:

«Si no he comprendido mal,

he aquí lo que me aconsejáis. Me aconsejáis unánimemente que esta línea, que representa el Ejército ruso, zurre la badana a esta otra línea, que representa el Ejército enemigo. ¡No estáis en desacuerdo mas que en los medios! Pero en el fin todos convenís. Os doy las gracias con toda mi alma por habérmelo indicado... y yo me encargo de lo demás.»

Federico de Madariaga

Aventuras de Membrillera.

CAPÍTULO IV

En el que se amplía el retrato moral del héroe de esta novela y puede saborear el paciente lector algunas chistes verdaderamente apedreadas.

Antes de continuar con la exposición de las fantásticas, inverosímiles, insubstanciales y casi patrañescas aventuras de nuestro Membrillera, las cuales tenemos la pretensión de hacer pasar por reales, verídicas, substanciosas y casi históricas, diremos que, además de los defectos señalados en el primer capítulo, tenía el de ser sumamente distraído. Espíritu soñador, lleno de preocupaciones, la mayor parte de las veces hablaba y procedía maquinalmente, puesto el pensamiento en ideas imprecisas, de donde resultaba una serie ininterrumpida de colosales meteduras de pata.

No llegaba a ser tan distraído como un amigo nuestro, que una tarde se llevó un gran susto creyendo que se había quedado cojo, porque, sin darse cuenta, iba marchando con un pie por el arroyo y con el otro por la acera. No llegaba a tanto; pero le faltaba poco.

Hecha esta advertencia, prosigamos.

La máquina lanzó un prolongado silbido y el tren inició la marcha.

Cirilo, asomándose a la ventanilla, dió el último adiós a sus padres, y después de colocar su escasa impedimenta en la red de un departamento de primera, se dirigió al vagón-fonda y se sentó a una mesa ocupada

por un individuo que contestó a su saludo con una especie de gruñido.

—¿Cubierto o carta?—preguntó el camarero, dirigiéndose a Cirilo.

—Por ahora deme de comer y después escribiré—dijo Membrillera distraídamente, y sonrojándose al apercibirse de que había dicho una tontería.

—¿Agua de Caldas? ¿Borines? ¿Vichy?—interrogó de nuevo el camarero.

Cirilo, deseoso de borrar el mal efecto de su coladura, trató de apabullar al camarero pidiendo un agua mineral de nombre poco corriente. Hizo un esfuerzo de imaginación, y, sin darse cuenta, soltó el nombre de la primera que recordó.

—¿Carabaña!—dijo.

—Señor. No tenemos de esa agua—murmuró el camarero, sonriendo disimuladamente.

—Tráigame Borines—suspiró Cirilo, temblando de coraje.

—¡Pues señor!—pensó, mirando a su compañero de mesa—. Soy el tío de más mala sombra y más distraído que existe. He abierto dos veces la boca y las dos ha sido para ponerme en ridículo... ¡Dios sabe lo que pensarán de mí este comensal y el camarero! ¡Mire usted que pedir agua de Carabaña!... ¡Maldito sea el que lo inventó, y así se seque el manantial!... Es necesario ver un medio de quedar bien ante los ojos de este señor para que no ¡crea que soy un destripaterrones!...

—Seguramente—dijo Membrillera dirigiéndose a su compañero de mesa—habrá usted extra-

ñado el que haya pedido agua de Carabaña.

—Sí ca es una petisió mol as-travagante.

—Se trata de una costumbre... Si antes de comer no me bebo un par de vasos de la citada agua hago la digestión con suma dificultad... No hay nada más higiénico, y se lo recomiendo a usted por si padece del estómago.

—Gracias. Me es de natural el hacer bien las disgustiones.

—Sí, señor. Tan es así, que en previsión de que en Africa no haya, me llevo un par de cajas en el baúl.

—¡Ah! ¿Vosté va en Melilla?

—No. Voy a Ceuta.

—Es igual. ¡Menudo grano en el cogote nos ha surtido con el dichoso Africa!

—Caballero, permita usted. No soy de su opinión. Creo, por el contrario, que nuestras posesiones africanas son de suma importancia para el porvenir de nuestra patria.

—¡Caray!... Para ustedes los militares no me diré que no...; para los castellanos de en Madrid no me diré que no...; pero para nosotros es una carga masá pesada.

Y al decir esto, el compañero de mesa de Membrillera se largó al coleteo un vaso de vino y engulló la última aceituna de la ración que habían puesto en la mesa para él y Cirilo, sin que éste hubiese probado ni una.

Membrillera, ante el riesgo de quedarse sin probar la mantequilla, procedió a enmudecer y y atacarla por un flanco.

Al servir el camarero la sopa, un joven de unos veintiocho años se sentó a la mesa que ocupaban Cirilo y el señor catalán.

—Con permiso de ustedes—dijo tomando asiento y sonriendo amablemente.

—Con mucho gusto—contestó Cirilo, al tiempo que su primer compañero de mesa lanzaba, con la boca llena, un nuevo semigrufido.

—A poco más—dijo el nuevo comensal—, me quedo sin cenar. Me he quedado dormido sin darme cuenta... Padezco una especie de encefalitis letárgica que, de no corregírmela, va a proporciónarme muchos disgustos mientras no llegue a ser diputado...

Cirilo se sonrió.

—Sí—continuó el joven, que por lo visto unía la locuacidad a la encefalitis—. ¡No crean us-

tedes que se trata de una broma! Figúrense si seré propenso al sueño, que cuando me baño no puedo hacer el muerto porque me quedo dormido.

—¡Caray!—exclamó el señor catalán—. Me sembra que eso es una andalusada.

—Nada de andaluzada, caballero. Aunque soy de Cádiz, acostumbro a no intercalar en mis conversaciones exageraciones de esas a que tan aficionado es el carácter andaluz... Lo que he dicho no debe extrañarle a ustedes. Yo tenía un amigo que, en cierta ocasión, al poner los labios en la espita de un tonel que contenía manzanilla, para probarla, se quedó dormido, y cuando despertó se había bebido los veinte litros que contenía.

—¡Caramba, home!... ¡Eso no cola!

—Todo lo cola que quiera usted; pero es la pura verdad. Esteban Cuadradillo se lo asegura a usted.

Y el señor de Cuadradillo empezó a comer la sopa que acababan de servirle.

—¿Va usted a Algeciras?—le preguntó Cirilo, deseoso de continuar hablando con tan simpático compañero de mesa.

—Sí, señor. A Algeciras, e inmediatamente a Ceuta.

—¿Es usted militar?

—No, señor. Lo soy de corazón; pero azares de la vida han encaminado mis pasos por otro camino que el de la hermosa carrera de las armas... Me presenté en tres convocatorias, muy bien preparado; pero fui suspendido en gimnasia. No pude dar el salto de longitud, que, indudablemente, debe ser de suma necesidad para comprender la balística, armas portátiles y demás asignaturas que se estudian dentro de la Academia... En fin, ¡paciencia!... Después me dediqué a la literatura; pero fui de fracaso en fracaso. Según parece, carecía de estilo. Fui un tonto al no caer en la solución que tiene todo autor que carece de estilo... ¿Sabe usted cuál es?

Y el señor de Cuadradillo dirigió esta pregunta al señor catalán.

—No me caigo—murmuró éste rebañando el plato.

—Pues es muy sencillo: ¡comprarse un estilete!

Cirilo sonrió; el señor catalán se comió tres aceitunas de la ración del señor Cuadradillo, y éste continuó hablando.

—Después quise dedicarme a la astronomía. A este objeto, me empleó mi padre en una fábrica de lunas y, por mi parte, me dediqué a tratar de cerca a todas las estrellas de café cantante. Excuso decir a ustedes que también fracasé... Ahora marcho a Africa con la idea de introducir entre los moros unos puños de mi invención.

—¡Renoil!... Sí que es invento peregrino.

—Sí. Peregrino y osado, pero que me producirá un respetable montón de pesetas... Bueno. No se figuren ustedes que se trata de unos puños corrientes, sino hijos de un detenido estudio de la psicología de la raza mora y de la campaña. Convencido de que la pacificación de la zona marroquí española y la civilización de la raza mora ha de lograrse mediante una política de suave atracción, y demostrando al moro la utilidad de amoldarse a nuestros usos y costumbres, he hecho unos *puños-tetero-peines*, es decir, que lo mismo sirven para usarlos como puños, que para hacer una taza de té, que para sacarse la raya.

Al oír esto, Cirilo no pudo contener una carcajada.

—Nada de bromas, señores—continuó diciendo el señor de Cuadradillo—. Es más: ante la posibilidad de que mi invento no alcance el éxito que se merece, y al objeto de no perder el capital que he empleado en la fabricación de los once mil pares de puños que llevo, los he hecho transformables en tarjetas postales plegables, muy propias para campaña, porque se podrán guardar en una caja de cerillas... Veo que ponen ustedes cara de asombro, cosa que no me extraña, porque todo el que se ha enterado de mi invento se ha quedado como la Patti cuando se ponía en pie.

—Y ¿puede saberse cómo se quedaba la Patti cuando se ponía en pie?

—Pues ¡Patti-tiesa!

Este chiste, de inconmensurable mala pata, dejó al curioso interrogador más serio que una cebolla de Vich; pero contagiado por el señor Cuadradillo, a los pocos momentos desarrugó el ceño y dijo:

—¿A que no adivinan ustedes qué está diciendo el grupo formado por la antigua prenda militar llamada *chacó* y una lata de tomates?

—Hombre, no caemos—dijo el

señor de Cuadradillo después de pensar unos minutos.

—¡Pues unos bizcochos!
—¡Pues continuamos sin caer!
—exclamó Cirilo.
—¡Caray, noy! Es mol fácil. Fíjanse que un *chacó* junto a

una lata de tomatas es un *chacolata*; y ¿qué cosa más apropiada que unos bizcochos para un *chacolata*?...

Sinesio Darnell.

(Continuará.)

PALABRA DE ARAGONÉS

(SUCEDIDO)

I

Juan «el Mellao» era allá en su pueblo, un pequeño lugar del Somontano, el que, como dicen los chulos madrileños, cortaba el bacalao; bravucón de oficio, imponía su voluntad en todo, y para alardear de su pujanza, raro era el día que no cometiera algún desafuero, que siempre quedaba sin correctivo; porque nadie se atrevía a poner coto a sus desmanes, que al referirse en voz baja de unos en otros aumentaban su fama de pendenciero y le convertían en pesadilla de los mozos y preocupación de la gente vieja, que no auguraba un buen fin al «Mellao», que despreciaba advertencias y consejos, seguro de que nadie osaría oponerse a sus caprichos.

Una noche que la gente joven se hallaba reunida en la taberna del lugar, cuando estaban departiendo amigablemente acerca del estado de la cosecha y de las mozas que preferían para rondarlas, entró de improviso Juan «el Mellao», y, sin saludar siquiera a la concurrencia, dió un garrotazo encima de la mesa, que hizo rodar los vasos por el suelo, y con voz de trueno gritó:

—¡Cada mochuelo a su olivo, que ya es tarde y mañana hay que madrugar!

Todos quedaron asustados ante la brusca manera de presentarse «el Mellao», y sin atreverse a pararle los pies se fueron escabullendo sin chistar, dejándole amo y señor del terreno.

Apenas se vió solo le dijo con aire de triunfo al tabernero:

—Dame de beber; ya lo ves, me temen: bien saben que en el pueblo no se ha de hacer mas que lo que yo quiera, y esta noche me ha venido en ganas estar un rato en la taberna sin testigos que vayan luego preguntando que para ser valiente ne-

cesito emborracharme y que en cuanto tomo cuatro copas se me sube el vino a la cabeza y que, como no sé lo que me hago, nadie se puede meter conmigo. Cobardes y más que cobardes, que para ocultar el miedo acuden a inventar patrañas; yo les haré ver que no me embriago; que lo que ocurre es que me da asco, porque no tienen coraje para hacerme cara, y les he de obligar a salir a la calle con sayas, como las mujeres, ya que no saben llevar los pantalones bien puestos, así, como me los pongo yo, como se los ponen los hombres que no temen ni deben nada a nadie.

Y echando un trago del vinillo que el tabernero guardaba para los parroquianos a quienes quería tener contentos, se puso a cantar con voz fuerte, para que se le oyese desde fuera:

*No tengo miedo a la muerte
aunque la encuentre en la calle,
que sin permiso de Dios
la muerte no mata a nadie.*

II

Una mañana, al salir al campo los vecinos más madrugadores del lugar, se encontraron sorprendidos, anonadados, ante un espectáculo con el que jamás habían soñado. Allá en una calleja de las más retiradas se hallaba tendido en medio del arroyo el cadáver del «Mellao», con el corazón atravesado de una certera puñalada, que le debió causar instantáneamente la muerte. Acudió la justicia; se hicieron indagaciones; fueron detenidos los cuatro o cinco mozos que en el pueblo se señalaban como más desafectos al «Mellao», y aunque no se obtuvo declaración alguna que condujera a la averiguación del matador, el juez acusó a los más levantiscos, y cuatro de ellos

quedaron encarcelados para responder del asesinato.

Pasó el tiempo; el sumario llegó a la Audiencia de la capital de la provincia; se vió la causa por jurados, y tres de los acusados, a los que se probó que habían estado en la taberna del pueblo la noche en que fué muerto «el Mellao», fueron condenados a presidio; sólo uno de los que habían sido encarcelados, Antonio «el Molinero», que demostró que la noche del crimen no se hallaba en el pueblo, fué absuelto; y entonces pidió al fiscal que solicitara la revisión de la causa, fundándose en que los acusados de la muerte del «Mellao» eran inocentes, y prometió que no tardaría en presentarse el culpable.

III

En cuanto Antonio «el Molinero» se vió en libertad marchó al monte cercano, donde se hallaba un pastor que cada quince días bajaba al pueblo a proveerse de víveres y mudarse de ropa, y apenas se encontraron frente a frente, le dijo:

—Ya te acordarás que cuando me contaste que habías matado al «Mellao», porque estabas hartado de sus bravuconerías y de ver que no había en el lugar quien se atreviese con él, te di mi palabra de que nadie lo sabría por mí; he cumplido la promesa; he estado cerca de dos años en la cárcel, y nada he dicho; a mí me han absuelto; pero los otros tres que detuvieron al mismo tiempo han sido condenados a presidio. Escúchame bien: tú sabes que son inocentes y no debes consentir esa infamia; puedes estar seguro de que no he de denunciarte, porque te lo he prometido y sé cumplir mi palabra; pero si no te presentas al juez y declaras que fuiste tú el asesino, te doy mi palabra de matarte, para que no quedes sin castigo, y ya te he demostrado que cumplo lo que prometo.

Y dicho esto, se volvió al pueblo antes que echasen de menos su presencia en él.

Al día siguiente el pastor se presentó al juez, declarándose el autor de la muerte del «Mellao», porque estaba bien seguro de que Antonio «el Molinero» era hombre que hacía honor a su palabra; y prefirió ir a la cárcel a que lo tuvieran que llevar al cementerio.

Gabriel María Vergara.

ARMAS Y LETRAS

Vulgarizaciones guerreras.

La lucha contra los submarinos.

La guerra ha sido para los inventores campo inagotable de meditaciones y trabajos; entre los problemas que la guerra puso sobre el tapete ha habido uno que ha excitado particularmente su imaginación: éste ha sido la guerra submarina.

En ella todo era nuevo, todo estaba por hacer. No había ningún precedente que temer y sí una multitud de angustiosas interrogantes que descifrar. Además, y sobre todo, estaba la atracción que el mar ha ejercido siempre sobre las imaginaciones.

No es nuestra intención pasar revista a todos los inventos que han tenido por causa la guerra submarina.

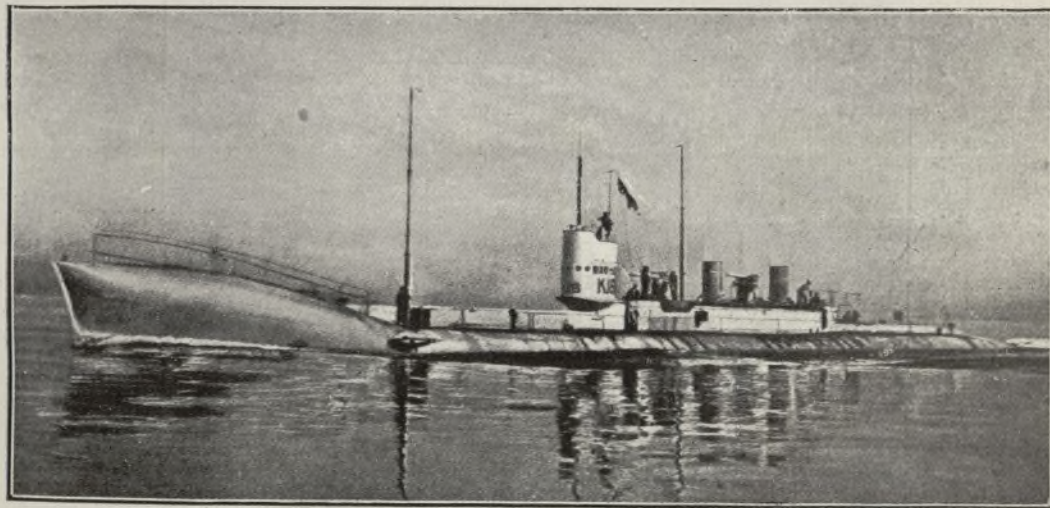
Indicaremos sólo algunas ideas que fueron emitidas y

Hecha esta advertencia, vamos a entrar de lleno en nuestro asunto.

Tres incógnitas había que buscar en la guerra submarina: detección o señalamiento del submarino enemigo, su ataque y la protección de los navíos de superficie, salvamento de los pasajeros y del cargamento si fuese posible.

La presencia del submarino puede ser señalada aunque no se le vea.

Veamos primero lo relacionado con el señalamiento de los submarinos. ¿En qué condiciones ha de realizarse? Evidentemente, ha de ser descubriéndole a gran distancia y localizando su situación. Y estas dos condiciones son casi contradictorias, porque si un aparato cualquiera tiene un



El tipo más moderno de submarino tiene motores eléctricos para la navegación bajo el agua y motores de vapor para su marcha en la superficie. Además, posee una proa levantada que facilita la marcha rápida, lo que le convierte en un verdadero crucero.

discutidas en el Extranjero, con excepción de Francia, pues son desconocidos aún sus inventos. Hablaremos, pues, de algunos cuya documentación es de origen inglés o americano.

Ante todo, hay que hacer una salvedad para todos y cualquiera de los sistemas que examinemos, y es que no se puede fijar exactamente la duración de los aparatos, puesto que la mar destruye todo y nada hay que resista a su acción. Igual los bloques de cemento de varios metros cúbicos de los diques, que el ancla de un acorazado, que la cadena que sujeta una boya, que la red y la barca del pescador. Todo lo que flota en su superficie, todo lo que se hunde en su seno, todo lo que entra en contacto con el mar está destinado a ser destruido.

radio de acción de cinco kilómetros, lo que es poco en relación con la inmensidad del mar, descubrirá al enemigo en un diámetro de 10 kilómetros y en una superficie de 75 kilómetros cuadrados, es decir, que será casi imposible para un buque descubrir al submarino. Sería preciso, por lo tanto, que el dispositivo de señales tuviese la propiedad de localizar la situación del enemigo en una proximidad de unos cientos de metros para que la defensa pueda aprovecharse de sus indicaciones.

Para señalar en el mar un submarino, numerosos inventores han tratado de perfeccionar los sistemas acústicos, megáfonos o micrófonos, que desde los tiempos de paz permitían a los navíos en tiempo de nieblas evitar el abordaje entre sí. Estos aparatos han proporcionado grandes servi-

cios y hay que reconocer que a primera vista parecen los indicados; pero nosotros vamos a apuntar sus defectos, aunque sólo sea para justificar a los otros inventores que han hecho sus experiencias basándose en otros principios.

Los micrófonos fijos están sujetos a constantes molestias. Si el micrófono está en el fondo del mar puede llenarse de arena o de cieno y dejar de funcionar. Además, registra todos los sonidos, desde el ruido de las olas y el de las corrientes en el fondo del mar hasta el de las hélices de los submarinos, y, por lo tanto, de todos los demás buques.

Pero el micrófono móvil no es nada práctico. Llevado a bordo de un barco no puede denunciar al submarino que en reposo espía la llegada de los navíos para remontarse y surgir en su inmediata vecindad. Y, por último, el micrófono no puede

de hacer por sí solo un papel ofensivo, a menos que se le añada, como han propuesto algunos inventores, el empleo de las minas.

Un campo de minas con micrófonos puede defender las entradas de los puertos. -----

Basado en este principio se ha imaginado defender la entrada de un puerto. Se trata sencillamente de un campo de minas colocadas en el fondo del mar. Cada mina va provista de un micrófono al que la proximidad del submarino impresionaría y que produce entonces la incandescencia de una lámpara colocada en un cuadro indicador de dicho campo que hay en la cabina del puerto. El operador, gracias a este dispositivo eléctrico especial, puede, no solamente seguir la marcha del submarino, sino determinar la mina más cercana y provocar su explosión. Otro inventor ha ideado servirse del ruido de las hélices, no para impresionar un micrófono, sino un aparato de telegrafía sin hilos en comunicación con un avión. Parece ser que los resultados han sido satisfactorios; pero sería necesario saber en qué condiciones habían sido hechos, pues además de ser necesario un dispositivo de señales lo suficientemente sensible, que sea impresionado por el débil ruido de la hélice, sería preciso poder recibir las señales a bordo del avión, con la vecindad del ruido infernal del motor y del zumbido de la hélice.

Puede verse, por lo tanto, que el descubrimiento de un submarino, aunque es cosa muy complicada, puede realizarse en muchos casos mediante estos aparatos.

Redes de acero para cazar submarinos. -----

No basta descubrir la presencia del submarino. Hace falta cazarle. Para ello se pensó en un sistema de redes. El tratar al sumergible como una vulgar sardina es la primera idea que se presentó en la imaginación de los inventores. Si el submarino va a dar de cabeza en la red, cuyas mallas son de acero y de una abertura proporcionada con el tamaño del buque, de manera que pueda entrar perfectamente su

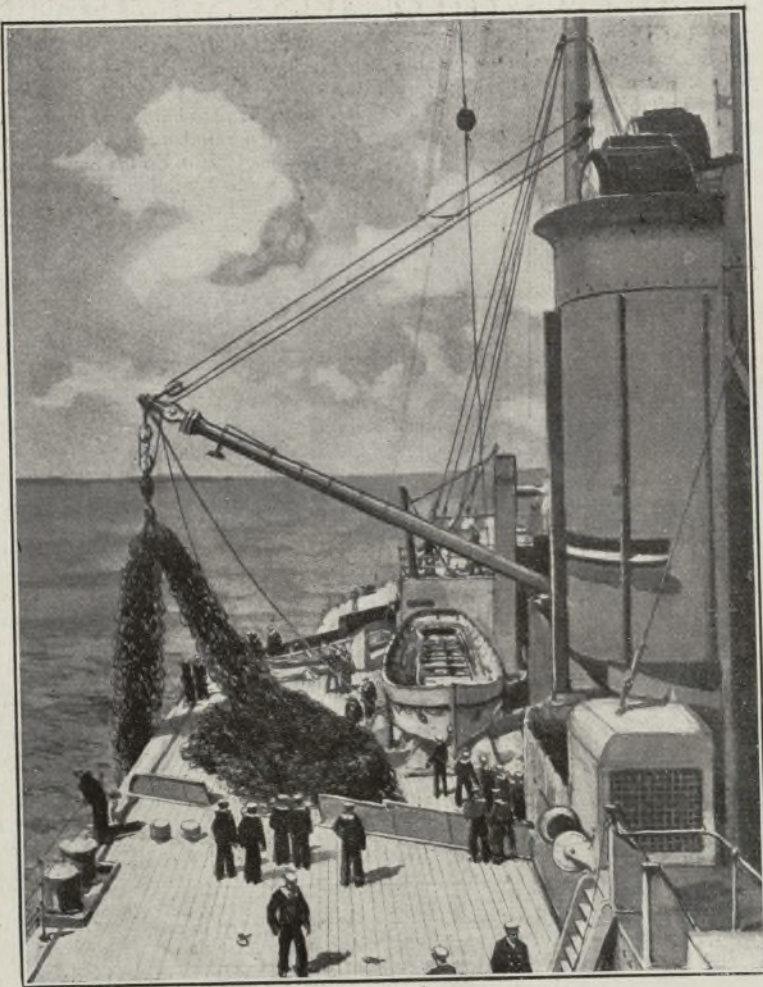
parte delantera, al continuar su camino quedará envuelto, enganchándose en el periscopio, en la torre, en las hélices y en cuantos salientes presente. Como esas redes están ancladas en el fondo del mar, el submarino, en caso de no romperlas, picará de cabeza y bajará a profundidades que no pueda resistir, o en el caso de que las rompiera, el peso de las mismas redes destruirá el equilibrio hidrostático; sin contar con que su gobierno puede quedar inutilizado, y en ambos casos tendrá que subir a la superficie y entonces será cazado.

En cuestión de redes, existe también un modelo de mallas muy ligeras con objeto de que el comandante del submarino no se da cuenta de que ha caído en el lazo. Esta red remolca una boya en el extremo de un cable bastante largo. Los buques patrullas, al ver que cambia la boya de sitio, la recogen, y por medio del cable de remolque que expiden hacia

el submarino una bomba de gran potencia explosiva.

Estos sistemas tienen un inconveniente, y es que necesitan la ayuda de un navío de superficie para completar su obra. Por lo tanto, si el submarino así cogido puede escapar la noche en sumersión, puede tener la probabilidad de desprenderse.

Por esta causa otros inventores han provisto sus redes de instrumentos de señales que funcionan cuando un submarino choca con ellos; pero estos dispositivos son tan delicados y [los movimientos del mar tan incomprensibles, que



Terminada la guerra, los marinos ingleses se ocupan en sacar las redes que prepararon en el canal de la Mancha para cazar a los submarinos alemanes.

casi siempre les sucede funcionar por sí solos, provocando así una falsa alarma.

Sería necesario, pues, encontrar un sistema de redes que bastase a sí mismo, es decir, que destruyese él mismo al enemigo cuando tuviesen la suerte o la desgracia de encontrarse.

Esta segunda serie también ha sido muy numerosa en inventos.

El propuesto por monsieur Saubern se compone de una red sostenida a flote por medio de toneles vacíos, a los que va sujeta por cuerdas muy débiles, destinadas a romperse con la presión del submarino al chocar con la red y arrastrarla hacia adelante. Ligadas por medio de estas cuerdas, y en la parte superior, van unas bombas que al romperse aquéllas caen y estallan en las proximidades del submarino o sobre el submarino mismo.

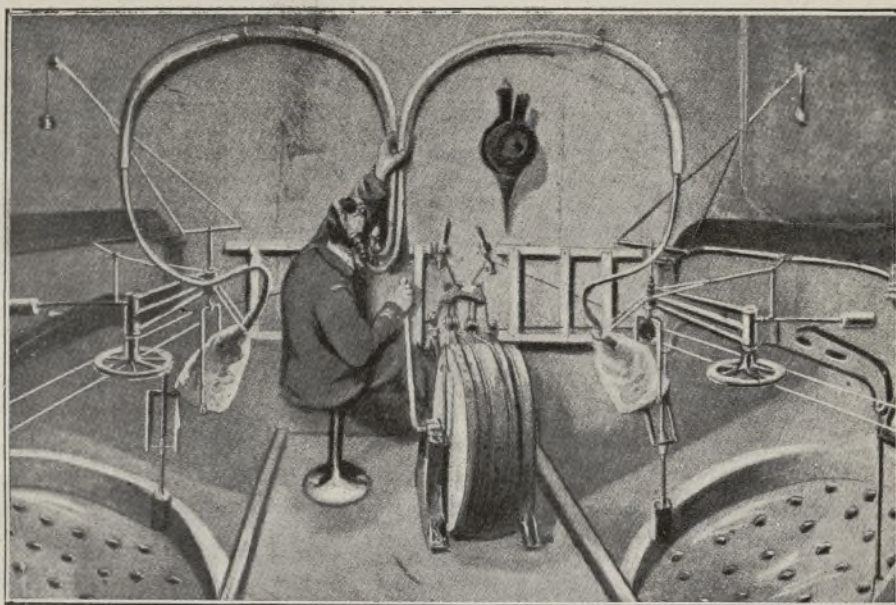
Otro de los sistemas propuestos consiste en una red de mallas tupidas, en cada nudo de las cuales va una pequeña bomba que estalla al tropezar en ella la popa del submarino, y por ser este sitio un punto débil no es necesario que las bombas sean de gran tamaño ni estén cargadas con demasia.

Pero el que ha causado sensación en América ha sido una boya destinada a destruir inmediatamente al submarino que haya ido a tropezar con la red.

Está hecha para poder contener tres o cuatro hombres para que dominen una extensión dada de la línea de paso. Es invisible a los submarinos, porque apenas si sobresale del agua, y hasta puede sumergirse completamente. Va provista de un teléfono que la une con la costa vecina y lleva un cañón de tiro rápido que el equipaje desenfunda inmediatamente que el submarino ha ido a parar a una de las redes del sector. Debajo lleva un depósito que puede llenarse de agua para sumergir la boya y un cilindro para el aire comprimido que ha de servir para expulsar el agua del depósito. Las dimensiones de este aparato son: cinco metros de diámetro por siete u ocho de alto.

¿Son de verdadera eficacia todos estos procedimientos? Algo, en efecto, han ayudado a hacer menos importante la guerra submarina en la pasada época de belicosidades; pero no ha sido tanta su eficacia como para que lo tengamos por un remedio infalible.

En primer lugar, porque el mar no se está quieto y en algunos sitios, como el Pas de Calais, las corrientes de las mareas alcanzan velocidades de tres y cuatro nudos por hora, lo que obliga a que las redes estén fuertemente ama-



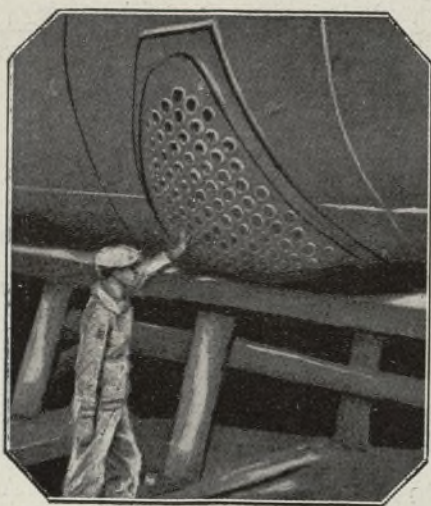
Para poder escapar a la persecución de los torpederos, los submarinos alemanes poseían aparatos microfónicos que denunciaban la distancia y dirección del barco enemigo y la aproximación de los campos de minas y redes.

rradas para no ser arrastradas por las aguas, con lo que el roce es mucho más intenso. Empiezan inclinándose bajo la fuerza de la corriente y se deforman, y como es imposible que las anclas permanezcan clavadas en sus puestos, acaban corriéndose de lugar y la bella red tan idealmente concebida es reemplazada por una serie de redes rotas, por entre las cuales se van los submarinos que debían ser capturados.

Hay que tener en cuenta la diferencia de nivel de las aguas, pues en alta mar hay mareas que alcanzan alturas mayores de cinco y seis metros. En el mismo Pas de Calais, cuya profundidad es de 30 metros, los submarinos pueden descender hasta el fondo, y, por lo tanto, la red debe estar al ras del suelo. Como, por otra parte, tiene que alcanzar la altura mayor de la marea, para que no sea inútil este dispositivo, llega un momento en que se arrastra la red por el suelo a causa de la marea baja y de las corrientes, y de ese roce se usarán las mallas y se romperán, y el submarino pasará una vez más entre ellas.

Y, por último, los flotadores, los barriles, los cables de sujeción, las cuerdas de las anclas, los hilos de acero, todo eso se oxidará, irá gastándose por el mar incansablemente, sin tregua, de día o de noche, y sólo puede producir los efectos que son por todos conocidos.

Tal vez si estas redes estuviesen amarradas en el fondo, pero que sólo llegasen hasta una distancia de unos seis metros de la superficie, pudiesen dar mejores resultados; en primer lugar, porque se facilitaba la navegación por la superficie, que de otra forma se cohibe; se haría esta instalación invisible para los submarinos y se suprimiría una de las causas más importantes de su desgaste, puesto que sólo tendría el movimiento de balance de las mareas. Pero sería necesario también que pudiese guardar con eficacia la su-



En la cubierta del submarino, el micrófono ofrece un extraño y original aspecto.

perficie libre por encima de él, es decir, los 12 ó 14 metros inmediatos a la superficie del mar en marea alta.

El avión es un enemigo eficaz de los submarinos.

Como medios de ataque, además de los buques armados de cañones, ha sido propuesto con frecuencia por los inventores el avión. Pero no se crea que se han conformado con utilizarle para los reconocimientos y bombardeos aéreos, sino que los inventores han introducido extraordinarias perfecciones, que si bien llevan la marca de un gran ingenio, llevan también la de una cándida ignorancia de las condiciones de vuelo y estabilidad de un aeroplano.

Un célebre ingeniero electricista ideó un torpedo que fuese sujeto a la quilla de una canoa que a su vez fuese remolcada por un aeroplano. Pero no tuvo en cuenta que remolcar una canoa, por ligera y bien perfilada que esté, necesita un esfuerzo considerable, sobre todo a las velocidades de 80 kilómetros por hora como mínimo que necesita un avión para poder sostenerse en los aires.

Más práctico parece el proyecto de Th. E. Lake, hijo del inventor del submarino de igual nombre, que consiste en utilizar aviones capaces de volar a pequeñas velocidades, para que lleven bombas fáciles de sumergirse rápidamente desenrollándose de un cable que las une al avión a la profundidad supuesta, donde deben estallar por percusión.

Añádase que si el avión no llega a barrer exactamente al enemigo, puede provocar eléctricamente la explosión de la bomba, que podrá de esa forma causar daño al buque si la distancia no es demasiado grande.

Según el inventor, la eficacia de este método de ataque es mucho mayor que los métodos actuales, con los que forzosamente un avión muy rápido tira contra un blanco de restringidas dimensiones y cuya profundidad es difícil de evaluar. Es decir, que el tiro del avión debe ser exacto y de esa forma es muy difícil de conseguir esa exactitud.

Otros muchos medios de lucha merecen ser señalados aquí; pero nuestro propósito ha sido únicamente tratar de señalar algunas de las ideas interesantes que han sido expuestas por eminentes inventores durante el gran conflicto mundial.

X.

ANÉCDOTAS

En la Edad Media, y en la época moderna hasta el siglo pasado, había enanos en todas las cortes. Se les permitía que dijese cuanto se les ocurriera, y hubo un Rey en Dinamarca que, deseoso de saber la verdad, que todos sus ministros y cortesanos le ocultaban, nombró presidente de su Consejo a su enano. En la corte de Austria debíase tener a los enanos en mucha estima, cuando el viajero inglés Lady Montagu, hablando de ellos, dice que "eran diablos cubiertos de diamantes". Carlos IX de Francia tenía nueve enanos; Catalina de Médicis, tres parejas de ellos, y después poseyó cinco pigmeos, llamados Melin, Mandricart, Pelvine, Rodomonte y Majoski. El último enano de la corte de Francia fué Baltasar Simón, que murió en 1662. Pedro el Grande de Rusia tenía pasión por los enanos, y dió una gran muestra de ello con la celebración del matrimonio de su favorito Valakoff con la enana de la Princesa Preseovia Teodorona; en aquella ocasión formaron la comitiva nupcial setenta y dos enanos de ambos sexos. A mediados del siglo XVI el cardenal Vitelli dió en Roma un suntuoso banquete en el cual actuaron como servidores treinta y cuatro enanos.

*

La Reina Victoria de Inglaterra poseía, según sus panegiristas, una particularidad notable, y era que escribía con igual facilidad con la mano izquierda que con la derecha.

No fué esto un don natural, sino adquirido a fuerza de voluntad, pues decía la anciana Soberana que, siendo una de las principales funciones de su cargo el firmar, no quería exponerse a que se le inutilizara un día la mano derecha y por tal causa tuviese que dejar de firmar o firmar mal.

*

Cuéntase que el Sr. De Besmaux presentó cierto día uno de sus parientes al cardenal Mazarino, prometiendo a este señor ministro que el recomendado no tenía que decirle más que dos palabras.

—Si no son mas que dos palabras, le oiré pero cuidado, que no tengo tiempo de oír una palabra más.

El Sr. De Besmaux introdujo a su pariente advirtiéndole que el ministro le había concedido la audiencia bajo condición de no decirle mas que dos palabras.

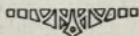
—Está bien; no diré más—dijo el recomendado.

Y, en efecto, entró en el salón y dijo al cardenal:

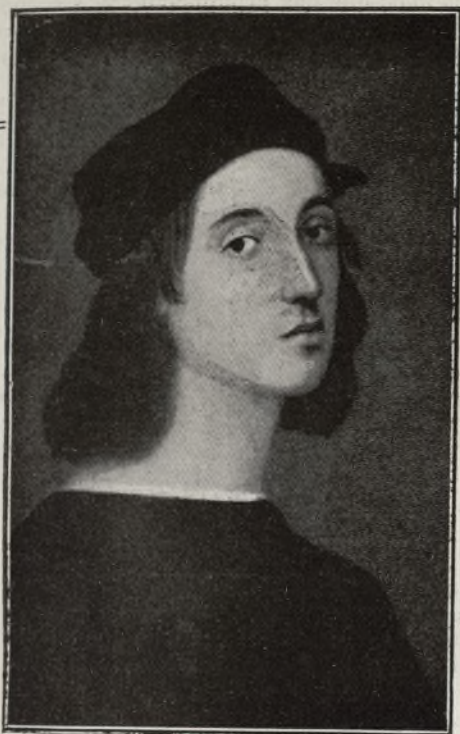
—Señor: "¡Frio y hambre!" (El caso sucedió en el corazón del invierno.)

A lo que el cardenal contestó:

—"Leña y pan"—. E hizo que dieran al peticionario un cuantioso socorro.



Por el honor ajeno.



Rafael del Sarto, según autorretrato existente en la galería de Florencia.

Uno de los capítulos más interesantes de la vida de Rafael es, sin duda alguna, aquel que se refiere a sus amores con la Fornarina.

Cuando se apasionó de ésta, allá por los años de 1514, Rafael se hallaba en todo el apogeo de su talento y su fortuna. Arquitecto en jefe de San Pedro, la inmensa fábrica; amigo íntimo, más que protegido, de la Santidad de León X; exaltado en Italia y admirado por doquiera, el famoso artista vivía las horas inmarcesibles de la gloria.

Como otras muchas excelsas figuras del Renacimiento, el *divino Raffaello*, era dado a todas las suntuosidades mundanas: palacios, carrozas, literas, dorada servidumbre... Todo esto, mas el reflejo de su universal nombradía, lo puso a los pies de una humilde hornerilla transteveriana.

Ella no le fué fiel. ¡Caso extraño! Un hombre casi civilizado por sus coetáneos; joven, hermoso, dotado de una sugestión tal que a todos cautivaba; tan apasionado amante que por ella desairó las más linajudas uniones; nimbado, en fin, de una aureola de excelstitud como jamás se vió y... no correspondido de la mujer amada. ¡Caso extraño!

Margarita Gemiano no quiso realizar el papel de Aspasia, la amiga de Pericles; no quiso o, mejor dicho, no supo. Aspasia era mujer de una inteligencia superior, y Margarita no fué otra cosa que una mujer hermosa.

Algunos escritores han querido presentarla co-

mo una ingenua, sumisa y devota compañera del genio. Piadoso empeño y digno de la memoria de Rafael; pero nada más que empeño piadoso.

Había en Roma, por aquel entonces, unos hombres que vivían en medio de la corrupción general; que eran jóvenes, que pasaban sus ocios entre aventuras de amor y rumor de aceros y para los cuales los hechizos de la Fornarina no existían. Estos hombres tan castos eran los discípulos de Rafael.

Eran numerosísimos. Al estudio del maestro acudían de todas partes de Italia, de los Países Bajos, de España multitud de jóvenes pintores que aspiraban al honor inmenso de trabajar bajo la dirección del egregio artista. Para aquellos hombres—conocedores de las intimidades de la casa—la Fornarina no existía. Se procuraba elu-



La famosa Fornarina inspiró a Rafael el cuadro de Santa Cecilia, en el que el célebre artista legó a la posteridad el retrato de su amiga.

dirla siempre y su nombre jamás se pronunciaba... Pero un día, un cierto milanés, Pedro Tiraboschi—que poco tiempo atrás había ingresado en el estudio—, cayó en las redes de Margarita.

Conocido el crimen de lesa villanía, los compañeros de Tiraboschi no cruzaron con él más la palabra, y cuando se dirigía a alguno, este alguno, invariablemente, le volvía la espalda. La situación era violentísima y el estallido inevitable.

—¿Se puede saber el motivo de vuestra conducta? ¿Qué es lo que queréis de mí?—preguntó un día Tiraboschi con tono impetuoso.

Todos quisieron contestar; pero por todos contestó Julio Romano:

—Lo que queremos de ti es bien fácil: que salgas de esta casa para no volver.

—¿Que salga de esta casa para no volver?... ¿Por qué motivo? ¿Y quién se atreve a ordenarlo?...

—El motivo tu conciencia te lo dirá—respondió con tono solemne Julio Romano—, y la orden te la doy en nombre de todos: Pedro Tiraboschi, sal de aquí.

—¡Ah!, sí—exclamó éste—. Ya caigo. Ella me lo ha indicado. Lo que sentís vosotros es envidia porque la Fornarina, de entre todos vosotros, me eligió a mí...

—Calla, desdichado—prorrumpió Francisco Penni, en el paroxismo de la indignación—. No

hables más; que has pronunciado tu sentencia de muerte.

—¡Mi sentencia de muerte! Eso es fácil decirlo. ¿Y quién me matará?...—gritó arrogante, y puso mano al acero.

—Todos. ¡Todos te mataremos!—Y se lanzaron sobre el atrevido.

Perino del Vaga se sobrepuso a la general indignación, exclamando a grandes voces:

—Caballeros. No es justo matar a esta pobre bestia a golpes. Démosle otro género de muerte, aunque no lo merezca. Pedro Tiraboschi: elige entre nosotros el que te ha de matar...

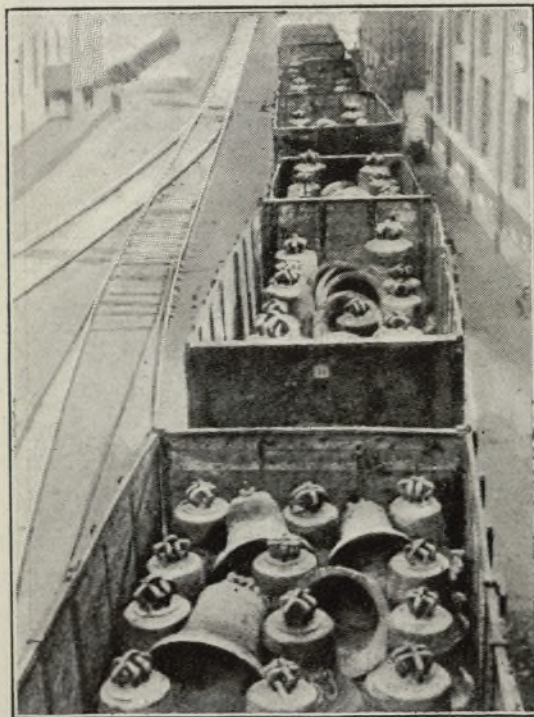
—Tú mismo. Tú, Perino del Vaga, si te atreves.

Aquellos hombres manejaban las armas con la misma destreza como hubieran podido manejar el pincel o el buril. Todos ceñían espadas. El lance concertado tuvo lugar a poca distancia. Julio Romano y Francisco Penni lo presenciaron.

El encuentro fué rudo y violentísimo desde los primeros asaltos. Pedro Tiraboschi defendía su vida, llena de juventud. Perino del Vaga defendía el honor de Rafael, que era más que su vida. Un hombre cayó al suelo atravesado el pecho.

Julio Romano, Francisco Penni y Perino del Vaga regresaron al estudio profundamente abatidos; iban concertando entre ellos la piadosa farsa que había de justificar ante Rafael el desenlace trágico.

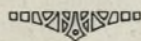
Antonio de Golluri.



Las campanas de la guerra.

Terminada la guerra, una de las condiciones del armisticio fué la restitución inmediata de las campanas que se habían llevado los alemanes de los pueblos franceses por ellos ocupados, con el objeto no se sabe si de utilizar su metal o de impedir señales de inteligencia y espionaje que con ellas pudieran verificarse.

Ahora las campanas vuelven a Francia. La fotografía muestra un tren completo cuyos vagones están llenos de las campanas que vuelven a sus iglesias para repicar, llenas de alborozo, el júbilo de la victoria.



TETUAN, LA CIUDAD SANTA

Lanzando al aire repetidas veces el ronco son de su bocina destemplada, triunfante y retador como quien acaba de realizar hazaña estupenda, ha entrado nuestro automóvil por la sinuosa calle que, partiendo de la *Puerta de la Luneta*, constituye la vía principal y barrio europeo de la histórica urbe. Tetuán está con nosotros, o por mejor decir, nosotros estamos en Tetuán, la espléndida, la mágica, la nivea población que recorta sobre el cielo la delicada silueta de sus esbeltos minaretes.

Hasta ahora hay que confesar que un pequeño desaliento se ha apoderado de nosotros. Al acortar la distancia, las blancas viviendas, que fabricadas de nieve y azúcar desde lejos parecían, han ido mostrando cada vez más los grises tonos que el tiempo y la incuria lentamente van poniendo. Examinado el detalle, piérase la armonía del conjunto. Las ventanas pequeñas, disimétricas; el hacinamiento informe, las crudas líneas de las fachadas desgarnecidas, no alegran ciertamente al espíritu observador. La bella sultana, vista desde cerca, ha perdido la protección de los afeites y muestra, desgraciada, las arrugas y los desastres de su vieja edad...

La calle de la Luneta, orlada de edificios anodinos, retorcida, simple y vulgar como cualquier calle de provincia de tercer orden, nos lleva a la plaza de España, espacioso lugar donde se celebraban antes los grandes zocos. Urbanizada hoy, ha cubierto los antiguos barrizales con duro adoquín, formando en su centro espléndido paseo entre macizos de jardinería, árboles bisoños, cómodos bancos y quioscos de madera. Una artística farola completa su decoración.

Con estos adornos y lo variado de las construc-

ciones, ofrece la plaza de España un aspecto original. Sus frentes están constituidos por extraña acomodación de viviendas modernas junto a viejas y feas casuchas de la más rara antigüedad. Entre unas y otras vense los arcos fingidos de dos fuentes y las torres cuadradas de otras tantas mezquitas. Una de éstas, sobre todo, tiene para nosotros un recuerdo inolvidable. Es la mezquita

famosa que, convertida momentáneamente en iglesia, sirvió en 1860 para el celebramiento de la solemne misa oída por el ejército de O'Donnell después de la toma de la ciudad. Restituida a su culto primitivo, recibe nuevamente las oraciones para Alá, y los moros rencorosos que a ella llegan solicitan en sus plegarias el eterno castigo de los profanadores de entonces.

En el frente principal, detrás de unos montones de escombros y de unas casas a medio derruir, vese un hermoso edificio que arregla sus paredes. Es la morada del alto comisario, el palacio de la Residencia, que poco a poco, sin perturbar la vida de sus habitantes, repone sus balcones, limpia sus fachadas y trata de adquirir carácter principesco merced a dos torres circulares que adornarán los remates de sus ángulos. Los escombros y las casuchas dificultan el acceso. Pregunto por

qué tan miserables edificaciones, cuya completa demolición apenas costaría algunos duros, no han desaparecido totalmente.

—Pues no pide usted poco—me contestan.

—¿Por qué?

—Porque serán quizá bienes *habus*.

—¿*Habus*? ¿Qué es eso?—me diréis...

Pues es lo más difícil, lo más complicado, lo más extravagante de esta Administración mora.



La calle en Tetuán no es mas que un público pasillo que permite el acceso a la morada...

Parecidos a nuestras fundaciones pías, son inmuebles que se legan, que se ceden con hipotecas sagradas, con obligaciones múltiples que alimentan los fondos de las mezquitas, santuarios o morabitos. El tratar de adquirir un inmueble *habus* es tomar el cabo de una madeja enmarañada que jamás ha de desenredarse satisfactoriamente. Sólo para el dilucidamiento de esta clase de cuestiones existe un ministro del jalifa. Y el tal funcionario, con todo su saber, no puede muchas veces fallar definitivamente las complicadas resoluciones...

Yo sé de algunos que tendrán maldita la gana de ver el solar de estas miserables viviendas. En una de ellas existe establecida una freiduría; en otra se aloja un cafetín indecente, y en el muro, sobre la puerta, pintado con gruesos caracteres, dice un cartel llamativo, que muestra a las claras nación y aficiones del hostelero: *Al Gallo chico.—Cillos y caracoles.*

El letreiro, como veis, no puede ser más clásico para una plaza de España, aunque esta plaza se encuentre enclavada en el norte de África...

*

Tetuán es una ciudad inmensa, formada por un laberinto de calles estrechas y tortuosas, que se cruzan, que se cortan, que se interrumpen de pronto, terminando después de varias revueltas en un callejón sin salida o en las reducidas anchuras de la plaza de un zoco. Internado en el dédalo de callejuelas, aislado repentinamente de la vida europea, que sólo en el centro de la ciudad da radio a su influencia, siéntese uno sumergir en la tranquila beatitud que debió presidir la formación de estos pueblos singulares. Circulando por entre los moros, graves, pausados, que marchan lentamente, sin excitaciones, sin prisas; observando los grupos indolentes que aparecen inmóviles en los cuchitriles de las tiendas y en los quicios de las mezquitas, nos sentimos invadidos de ese misterioso sopor, de esa vaga pereza que forman especial característica de esta raza soñadora. El encanto ha vuelto a nosotros, traído por la placidez tranquila de estas calles silenciosas...

Silenciosas en realidad. Tetuán tiene 30.000 habitantes, y a pesar de un número tan considerable de vecinos, no oiréis una voz, no escucharéis

un grito al pasar bajo las bóvedas o los arcos que de trecho en trecho unen las fachadas opuestas de una calleja. Ni músicas, ni lamentos, ni alegres carcajadas, ni sollozos angustiosos. Cuanto ocurre queda en el misterio de estos muros sin ventanas, de estas mansiones recatadas que cerradas a la calle, medrosas de toda intervención extraña, sólo abren su interior en patios y jardines a las caricias del sol y a los besos del aire. La calle aquí no es más que un público pasillo que permite el acceso a la morada, o que une unas con otras las particulares habitaciones.

Tetuán está dividido en barrios: el *Blad*, el *Msala*, el *Aiun*, el *Trancatz*, *Rabat-es-Seffi* y el *Mellah*. Semejantes todos ellos, sólo se distinguen un tanto el *Blad* y el *Mellah*.



La calle del Comercio está cuajada de tiendas de indios, hebreos y moros...

El primero es el barrio aristocrático, el más clásico, el más antiguo, donde tienen sus viviendas los moros ricos, los notables de la ciudad, los Ersinis, los Lebadis, los Medinas, los Vargas, los Aragón y los Selani, descendientes de aquellos caballeros árabes de la antigua Granada, cuyas

hazañas pregonaron romances y leyendas. Las calles de este barrio son más limpias, más tranquilas, pero más lóbregas quizá, por los muchos abovedados que por encima de ellas prolongan las estancias señoriales.

El *Mellah* es la judería, donde viven agrupados los míseros israelitas, los infelices hijos del pueblo errante y disperso por condenación divina. Sus casas, pintadas de azul y amarillo, desentonan un tanto de la agrupación de los barrios árabes.

Todo este conjunto se halla rodeado de una muralla almenada que, subiendo al Dersa, llega hasta la Alcazaba. Siete puertas distintas dan entrada a los barrios diversos. Por cima de las azoteas surgen las torres de 36 mezquitas, como lenguas que elevan al cielo las preces religiosas del pueblo creyente.

Nosotros hemos recorrido los barrios todos, complaciéndonos en perdernos por los tortuosos callejones. Nuestra primera correría ha sido por el *Aiun* o barrio de las fuentes, que tal es la traducción castellana del arábigo nombre. Edificado en la falda misma de la montaña, recoge directa-

miente el fresco producto de los claros manantiales, que vierten abundantes el precioso líquido por multitud de caños empotrados aquí y allá en el muro, bajo arcos cerrados con adorno de azulejos, bajo estrechas cornisas de merlonados remates, sobre arcaicos recipientes de piedras yuxtapuestas, que ofrecen algunas veces las borradas señas de primitiva labor.

Hay fuentes pobres y ricas, grandes y pequeñas, mezquinas y de carácter monumental. En unas el caño surge mísero del muro enjalbegado; en otras, como la *Bab-el-Okla*, existen pilastras cubiertas de menudos aliceres, arcos airosos de artístico tallado y frisos de mosaicos con verdes inscripciones; en algunas las losas del recipiente ostentan el grabado de una flor con pétalos en abanico. ¿Cuál será el motivo del gracioso emblema?

No es de extrañar esta abundancia de aguas. Los moros, fieles cumplidores del Corán, que marca las constantes abluciones, y amigos del grato murmullo de las fuentes y surtidores, que multiplican en sus casas, construyen siempre sus ciudades, forman sus aduares y elevan sus morabitos cerca de los sitios donde el agua se produce buena y constante.

Este barrio del *Aiun* es el más animado. La marcha tiene que detenerse con frecuencia para dejar paso a las recuas de mulos cargados, cuya llegada anuncian con su ¡*balak!*, ¡*balak!* (cuidado) monótono los conductores. Terminado el paso, hemos de detenernos otra vez para dejar sitio a una fila de moras que, tan cargadas como los mulos, avanzan penosamente por medio del arroyo. Dobladitas hacia adelante, encorvadas por el peso del fardo enorme que gravita sobre sus espaldas, andan lentamente, sin proferir una palabra, convencidas de la desgracia de su sexo. Su jaique se completa con un sombrero de anchas alas, que sostienen horizontalmente gruesos cordones azules. Causa lástima su condición triste, sobre todo si recuerda que a estas horas el esposo haragán se hallará tendido sobre las esteras del cafetín, saboreando perezosamente una taza de té o marcando indolentemente en el aire azuladas espiras con el humo de su cigarrillo...

Al pasar la embocadura de una calle en túnel nos han llamado la atención las albas vestiduras de unas mujeres que, tiesas y arrogantes, se destacan airosamente del fondo oscuro de un portalón claveteado. Son moras elegantes, cubiertas con su jaique, tocadas con su *xerbia*, envueltas sus piernas en el blanco vendaje que llega hasta el calzado rojo. Una pequeña morita que está con ellas nos hace disimuladamente señas de aproximación. ¿Quién dijo que eran esquivas a los cristianos las beldades moras? ¿Quién habló de las imposibles realizaciones de un ideal amoroso en Marruecos? Traviesas y juguetonas, contentas de la aventura, salen quedamente del oscuro zaguán, al que vuelven con rapidez para escuchar atentamente. Vense reír picarescamente los pintados ojos por encima de los velos...

Nosotros hemos vacilado un instante; mas creyendo fruta diaria el afortunado encuentro, hemos

parodiado al baturro del cuento, que llegando a Madrid, creyéndolo *Jauja*, dió un puntapié despectivo a una moneda encontrada al salir de la estación. Dejamos la empresa para mañana, y poseídos de nuestro valer ufanos, conquistadores y despreocupados, hemos vuelto burlesonamente las espaldas y, como aquél, hemos exclamado sinceramente satisfechos:

—¡Rediez! ¿Ya empiezan?...

*

Del plebeyo *Aiun* hemos pasado al aristocrático *Blad*. Aquí no hay fuentes por las calles, pero existe, en cambio, más tranquilidad, mayor quietud, más religioso silencio. De vez en cuando ábrese una puerta misteriosa, y una sombra envuelta en parda chilaba, o en azul alborón, aparece o desaparece como por el escotillón de un teatro.

Uno de estos portalones, manejado por una esclava negra, de la que apenas hemos visto el broncíneo cutis, ha dejado paso a un notable personaje, que debe ser uno de los conspicuos de la ciudad. Lleva un rico vestido de color anaranjado, sobre el que se artollan las finas sedas de una túnica blanca, que oculta el amplio *suljan* azul, semejante a una capa. Cubré su cabeza un níveo turbante arrollado en torno del rojo casquete. Su clorótica faz, orlada de una fina y estrecha barba, muestra con un gesto de simpática altivez lo noble de su condición. Marcha despacio, calladamente... Parece una figura arrancada de un pintoresco cuadro de antiguas escenas... ¿Dónde va?... ¿Guía sus pasos hacia los bermejitos muros de la encantadora Alhambra, o marcha en busca de odalisca amorosa que le abrirá sus brazos en ignorado rincón de Córdoba o Granada?...

Inconscientemente, le seguimos. Al doblar una esquina ha topado con un viejo venerable de bondadoso semblante. Casi sin detener su marcha ha simulado un abrazo, posando su cabeza sobre el hombro del anciano, donde deja un beso. El otro ha tocado su espalda en suave movimiento de protección. Los dos han balbuceado el saludo litúrgico.

—*Es selamu alicum* (la paz sea contigo)—ha dicho el joven.

—*Alicum es selamu* (contigo sea la paz)—ha contestado el viejo.

Y ambos han continuado su camino. En pos del primero hemos andado unos cuantos pasos hasta la puerta de una mezquina. Al llegar allí ha montado el escalón, sobre el que deja al bajar las amarillas babuchas; las ha cogido cuidadoso y, uniéndose una con otra por la parte de las suelas, se ha internado como un espectro, sin perder un momento su tranquila gravedad, su paso de sombra, su ritmo de aparecido...

Nos hallamos en el *Mtamar*, cubierto callejón de trágica leyenda. Aquí se hallaban las célebres mazmorras donde gimieron, infortunados, miles de cristianos hechos cautivos por los audaces sarracenos. Aun se encuentran restos de su construcción y pruebas de su antiguo cometido. Dícenme que en unas excavaciones recientemente practicadas se ha encontrado un alfange castellano que

debió ceñir en malogrado empeño algún bizarro aventurero o noble segundón de quintañona alcurnia...

Hemos seguido la calle que llaman del Comercio, cuajada de tiendas de indios, hebreos y moros; hemos recorrido otra que dicen de los Correos, donde juntan sus estafetas las principales naciones, y que, por un sarcasmo del Destino, presenta vecinos y casi confundidos los colores de Inglaterra con los de Alemania; hemos salido a otra calle en pendiente, cuyo nombre no han sabido decirnos, y saturados, por fin, de tanto clasicismo, de tan lóbrega tranquilidad, de tanta obscura revuelta, hemos deseado el sol y el aire y hemos buscado una franca salida hacia el reino de la luz y del oxígeno...

Nuestro deambular termina en la muralla, por la Puerta de la Reina, que atravesamos. Creo que es la que dió entrada a aquellos voluntarios catalanes de tan grata memoria... Sobre el tambor abaluartado asoman las negras bocas de los viejos cañones que antaño jugaron... Nuestros ojos se bañan en luz, y una bocanada de aire puro alivia nuestros cansados pulmones...

Hemos ganado el pretil de la carretera. Henos

sobre el campo gayo, floreciente, multicolor. Sobre sus árboles y sus aguas dora y platea la última luz del sol en ocaso. La calma alegre de la Naturaleza complementa la calma triste de la ciudad mora. Es, en verdad, este valle primoroso el rincón ideal de un país de ensueño...

Empieza la sombra a invadir lentamente la vega allá por el horizonte. Los últimos rayos besan, dulzones, la espléndida campiña... Y cuando el encanto del crepúsculo lleva nuestro pensamiento al Creador de belleza tanta, por diez partes distintas surge el grave salmodiar de la voz de los muezines, que desde lo alto de los minaretes repiten a los cuatro puntos cardinales, con rítmico acento, la sencilla oración...

—¡Al-lah hua akbar! ¡Al-lah hua akbar! ¡La ilaha il-la Al-lah! ¡Mahommed rasud Al-lah!

(¡Dios es grande! ¡Dios es grande! ¡No hay más divinidad que Dios, y Mahoma, enviado de Dios!)

Vicente Valero de Bernabé

El pendón de las Navas de Tolosa.

El trofeo cogido por Alfonso VIII en la batalla de las Navas de Tolosa no era un estandarte como muchos, sino que formaba parte de la tienda de campaña del Miramamolín.

Fué donado por el Monarca castellano al Real Monasterio de las Huelgas de Burgos, donde hoy se conserva, y convertido en pendón, es llevado por el capitán general en la procesión que se verifica anualmente.

Mide 3,30 metros de largo por 2,20 de ancho, y está formado por un cuerpo de tejidos, al parecer de gran peso, en los que domina el tono bermejo, como en señal de reto, resaltando también los matices verde en el cuadro y círculo del centro; azul y blanco en las inscripciones árabes, y rojo y amarillo en varias zonas que le cruzan, como también en los bordes del paño; y unos y otros colores, mezclados con los muchos dibujos que contiene y que sería prolijo describir, teniendo a la vista la fotografía, donde también pueden fácilmente

observarse los ocho redondos cabos que constituyen el remate.

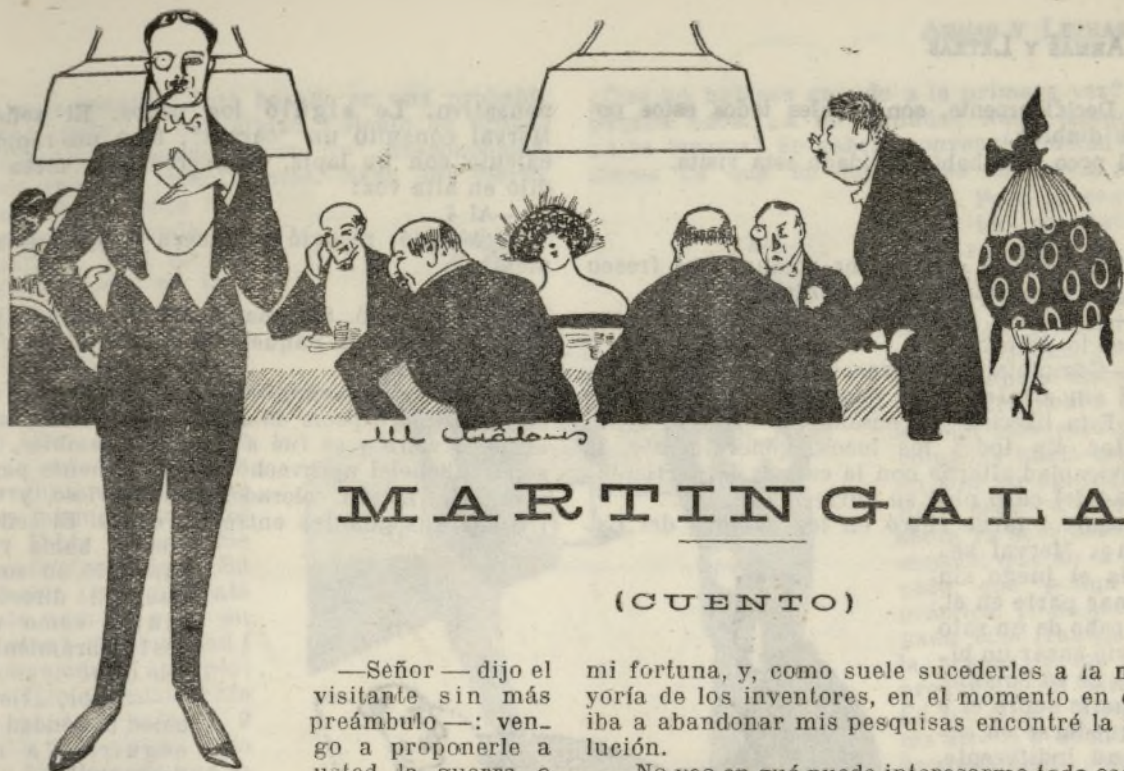
La inscripción árabe que contiene tiene la inscripción siguiente:

«Me acojo a la protección de Aláh, huyendo de Satán el apedreado. En el nombre de Aláh clemente y misericordioso. Esparza Dios sus bendiciones, ¡oh, creyentes! Acaso os haré ver una merced que os libre del terrible castigo. Creed en Aláh y en su enviado, y haced la guerra santa en el camino de Aláh con vuestras riquezas y personas. Esto es mejor para vosotros; si lo entendéis os perdonará vuestros pecados y os introducirá en un jardín, debajo del cual corren los ríos, y mansiones agradables en el jardín del Edén.»

«Son versículos 10, 11 y 12, Sura 61 del Corán.»

En los ocho redondeles que le rematan se leen en signos africanos, negros sobre fondo blanco empezando de derecha a izquierda: «(Aláh), el Altísimo. No hay divinidad fuera de él; es eterno no engendró, ni fué engendrado...»





MARTINGALA

(CUENTO)

—Señor— dijo el visitante sin más preámbulo—: vengo a proponerle a usted la guerra o la paz.

El señor Rochelet, director del Casino, miró a su interlocutor por encima de sus lentes; luego tendió su mano en dirección de la campanilla. Su visitante le detuvo con un gesto cortés.

—Advierto a usted que no soy un loco ni un jugador exasperado. El nombre que ha leído usted en mi tarjeta no es un nombre falso, así como no es usurpado el título que le sigue. Yo soy Merval, antiguo alumno de la Escuela Politécnica. Ya que le veo a usted más tranquilo respecto de mi moralidad, permítame que le aclare en unas palabras el objeto de mi visita. Me atrevo a decir que tiene ésta un interés capital para usted, y le aseguro que no lamentará los minutos de atención que le cueste. He descubierto una martingala, una combinación—es más exacto este término—, por la cual estoy seguro de enriquecerme y de arruinarle a usted en un corto lapso de tiempo.

—A fe mía, señor, que ese es un hermoso descubrimiento—dijo el director—, y yo no puedo hacer otra cosa que animarle a que le dé aplicación.

—Ya veo—suspiró el visitante—que mis palabras, lejos de convencerle, le fortalecen en la idea de que soy uno de esos visionarios que diariamente, en las ciudades en que se juega, se jactan de poder hacer saltar la banca, para en fin de cuentas saltarse únicamente la tapa de los sesos. Pero se engaña usted; yo soy un sabio perfectamente equilibrado. Mientras la mayor parte de mis compañeros de estudios aplicaban sus facultades a la solución de problemas físicos, yo dedicaba las mías a la de un problema, menos elevado desde luego, y que es el de perseverar en la ruleta. Este trabajo se ha llevado quince años de mi vida y

mi fortuna, y, como suele sucederles a la mayoría de los inventores, en el momento en que iba a abandonar mis pesquisas encontré la solución.

—No veo en qué puede interesarme todo eso—interrumpió el director—; a menos que no venga usted a proponerme, como es costumbre, la venta de su descubrimiento.

—Eso es precisamente lo que iba a proponerle.

—Y como no creo que obre usted así por pura filantropía, exigirá usted seguramente una cantidad muy crecida.

—Muy reducida, por el contrario, si se compara con los beneficios que podría sacar a mi invento: un millón nada más.

—La cifra es muy bonita; pero usted comprenderá que antes de comprometerme desee conocer esa martingala—precisó el señor Rochelet, extraordinariamente divertido por el giro que tomaba la conversación.

—Y a su vez usted también comprenderá que yo sería un tonto si se la revelase sin garantía, porque desenmascarando el plan queda uno vencido de antemano.

—En ese caso, permítame usted que no trate asuntos de esta clase.

—No me sorprende su desconfianza. No me queda, pues, después de haberle advertido lealmente, más que hacer que ponerme a trabajar. Antes añadiré que no notará usted inmediatamente los efectos, pues mis medios no me permiten empezar más que con pequeñas posturas. Pero dentro de poco, cuando el juego me haya proporcionado la cantidad inicial necesaria, ya se dará usted cuenta.

—Ya veremos entonces—dijo el señor Rochelet levantándose.

—¡Quién sabe si será demasiado tarde!—suspiró el señor Merval desde el umbral de la puerta.

Demencia con ráfagas de lucidez, diagnosticó el señor Rochelet cuando se hubo marcha-

ARMAS Y LETRAS

do. Decididamente, son iguales todos estos pobres diablos.

Al poco rato había olvidado esta visita.

*

Una mañana que estaba tomando el fresco en la terraza vió a su visitante.

—¿Qué tal? ¿Van sus asuntos tan bien como usted lo deseaba?

—Completamente—respondió el otro.

Y sin afectación se puso a hablar del tiempo. Esta libertad de pensamiento asombró al director. En todos los locos, generalmente, la nerviosidad alterna con la calma; la particularidad del caso picó su curiosidad.

Aquella tarde entró en los salones del Casino. Merval seguía el juego sin tomar parte en él. Al cabo de un rato le vió sacar un billete de su bolsillo, ponerle sobre el 8 y quedarse en actitud indiferente. Salió la bola y se detuvo. Vocearon un número; el señor Rochelet le oyó mal a causa del ruido, y se acercó.

—¿Qué?—preguntó al jugador.

—Que gana—respondió el señor Merval recogiendo su dinero.

Transcurrieron los días sin que el señor Rochelet viese a aquel hombre. Al tercero le vió en el preciso momento en que voceaban el número 32 y él recogía la ganancia. No se acercó a él, y nuevamente le vió ganar otro pleno en la mesa vecina. Entonces preguntó a un inspector:

—¿Conoce usted a ese señor? ¿Qué hace?

—Me parece que gana a menudo.

*

Durante una semana el señor Rochelet se abstuvo de volver a la ruleta. La impasibilidad del señor Merval acababa por impresionarle, y algunas veces, por la noche, al encontrarse solo, no podía por menos de meditar. ¿Y si fuese verdad?... ¿Y si aquel hombre hubiese resuelto el problema?...

Quando se decidió volver a los salones, la primera persona que vió fué Merval. Le encontró más serio que de costumbre, casi grave, y su "Buenos días" cortés, pero breve, le dejó

pensativo. Le siguió los pasos. El señor Merval consultó un "carnet", hizo un rápido cálculo con un lápiz, se acercó a la mesa y dijo en alta voz:

—Al 4.

El 4 salió; recogió su dinero y dijo nuevamente:

—Al 16.

Y el 16 salió. Sin manifestar ni alegría ni sorpresa indicó el paquete de billetes, y dijo:

—Al 21.

Y el 21 salió premiado. Los vecinos le miraban con una especie de admiración. Hizo como si no lo viera y se fué a la Caja a cambiar. El señor Rochelet aprovechó aquel momento para abordarle. Estaba colorado, muy nervioso, y estrujaba sus guantes entre los dedos. El señor

Merval había recuperado su sonrisa. El director sintió como un deslumbramiento, y le dijo:

—Señor, ¿tiene usted la bondad de seguirme a mi despacho?

Cuando estuvieron solos le habló con voz oprimida:

—El tiempo es oro. Yo soy rápido en los negocios. Deme usted su martingala y le firmo un cheque de 500.000 francos. A cambio, usted se compromete a no poner más los pies en el Círculo y a no confiar a nadie su combinación. ¿Le parece bien?

Merval hizo una mueca. Había reflexionado... Aquella venta no era, en el fondo, beneficiosa para él. Sin arriesgar nada y sin estar obligado con nadie, podía, gracias a su método, ganar diez veces, cien veces más...

El señor Rochelet amplió su oferta hasta 750.000 francos, y él movió negativamente la cabeza.

—El millón—dijo el director en voz casi baja, asustado por la enormidad de la cifra. Merval vaciló, se movió un poco y dijo por fin:

—Sea. Usted es una buena persona y mis ambiciones son modestas. Págueme usted y cumplo mi palabra, por mi honor.

El señor Rochelet llenó un cheque, lo firmó y se lo entregó. El señor Merval lo leyó, lo comprobó, lo guardó en el bolsillo y, sentándose en un sillón, empezó:

—Como todos los descubrimientos, el mío



es muy sencillo. Está basado en una probabilidad cierta: la casualidad. Cálculo de probabilidades, ecuaciones con "n" desconocidas, todo eso son infantilismos. Nada hay cierto, nada existe, nada hay tan seguro como la casualidad. Ella me ha hecho perder mi fortuna; esto es un hecho, y, a menos que entrásemos en hipótesis de ciertas filosofías, un hecho nunca es falso. Partiendo de este axioma llegué a preguntarme por qué esa misma casualidad no había de hacerme ganar otra fortuna. En efecto: ¿por qué sale este número y no su vecino? ¡Casualidad! Pongamos un ejemplo: yo digo sucesivamente 3, 11, 14, y salen 7, 9 y 23; pues pierdo. Pero no habría nada que se opusiese a que saliesen mis números, y entonces ganaba. En resumen: ¿podría usted recordar las veces que he ganado en su presencia? Seis veces todo lo más. Pues la casualidad me ha sido fiel seis veces, después de haberme abandonado lo menos mil.



¿Que no hubiese ganado a la primera vez? No pasaba nada. ¿A la segunda? Nada tampoco. ¿A la tercera? Se habría convencido usted entonces de que mi martingala no servía para nada. Pero la casualidad ha consentido, como revancha, en favorecerme hasta el fin. De ese hecho ha sacado usted concordancias científicas. Yo soy bastante buen matemático; pero sobre todo soy un excelente psicólogo, y había contado con su confusión; todo está en eso. Y ahora ya sabe usted mi secreto, que no le impido que ponga en práctica. Yo he arriesgado 600 francos en la prueba, y me han producido un millón. Es un dinero bien (y me atrevo a añadir) y honradamente colocado. Y además hago con esto la siguiente deducción consoladora para los que pierden: que no hay delante de un tapete verde persona que sea más impresionable que un "punto", a no ser un director de Casino. Hasta la vista, señor.

Mauricio Level.

NOCTURNO

Las doce de la noche. La calle solitaria
tiene un silencio augusto en la ciudad dormida.
No flota en el ambiente ni un hálito de vida,
ni una voz, ni un suspiro, ni un rumor de plegaria.

Pinta los edificios la palidez lunaria,
poniendo como un nimbo en su faz dolorida.
La sombra se halla, a trechos, por luz interrumpida,
y cada foco es una antorcha funeraria...

Las doce de la noche. La calle está desierta
y la ciudad dormida parece que está muerta,
envuelta de la luna por la luz fantasmal.

Pero al conjuro mágico de una voz sin acentos
se escuchan a lo lejos los débiles lamentos
que lanza de la torre la lengua de metal.

Joaquín Bonet.



ENSAYOS
LITERARIOS

EN LA PAZ DE CASTILLA

A D. Manuel Pérez Aguirre,
con mi eterno agradecimiento, en-
comendándome a su benevolencia

Hacia el lugar.

En un lugar de Castilla "de cuyo nombre no quiero acordarme", ni es preciso a los efectos de esta humilde historia, ya que los geógrafos tampoco han creído necesario revelar su existencia en el mapa de España, aislado y olvidado, si no de Dios, que es fama se encuentra en todas partes, de los hombres, que nada llevaron a él que vida y progreso signifique, existe un pueblecito, reliquia perdida en el corazón de la montaña, que guarda un eterno sabor a tradición...

No he de decirte el nombre, por reservarle para mayores empresas; de tal suerte, que si mi ánimo deja a mi tosca al par que modesta pluma conseguir este deseo, y tú, sabio lector y amigo, acoges los frutos, si no del ingenio, de la buena voluntad con beneplácito y me ayudas con tu benevolencia, yo, rindiendo homenaje a tu cortesía, he de ofrecértelos para tu solaz.

Para llegar a este pueblo, como para tantos otros de esta santa España, digna de mejor suerte, encomiéndate a Dios y, una vez realizado este acto fervoroso, empieza a caminar...

Situado a varias leguas de la línea férrea, al descender del tren espera un postillón, que, al cabo de cuatro horas, te dejará en una pequeña carretera que parte del mismo límite que separa a Navarra de Castilla... Ha terminado la segunda etapa del viaje, y si después del cansancio del tren y del agradabilísimo traqueteo de la diligencia te lo consiente tu molido cuerpo, puedes proceder a comenzar la tercera y última, para lo cual podrás elegir como medio de locomoción caballejo o horriquillo, y si al primero acudes y eres alto, puedes con

toda confianza imaginarte ser el Caballero de la Triste Figura, que se apresta a verificar una nueva salida, en la seguridad de que no han de faltarte entuerros que desfacer, y si, por el contrario, eres bajo y rechoncho y alquilas rucio, serás, si te lo propones, Sancho el socarrón; figura que desde luego ha de convenirte más, ya que dolorosamente la presente época es más propia de Sanchos que de Quijotes...

Pero yo, acaso más práctico en estas andanzas, te aconsejo la compañía del rucio, que, más tranquilo y sosegado y dejándole marchar a su antojo, te servirá de perfecto guía; y no te ofenda que mi cortesía te ofrezca guía de tal especie, ya que seguramente no será la primera vez, y en esto hemos de estar perfectamente de acuerdo, que te hayas dejado guiar—necesidad obliga—por otros personajes, si no exactamente iguales, parecidísimos que abundan por el mundo...

...Y perdóname, lector amigo, esta pequeña digresión en premio a relevarte de la fatiga de leer otra mayor, pues bien pudiera hablarte de los olivares y de las viñas existentes a entrambos lados del camino, de las montañas, de las piedras milenarias y venerables, cada una de las cuales encierra en su seno una historia y un poema; de los caseríos que hallarás al paso, del cielo bello e intenso...

Dejémoslo para otra ocasión más propicia, y únicamente he de advertirte, porque te conviene, que a la entrada del pueblo hay un remanso que tiene a su cargo la noble tarea de practicar una de las más importantes obras de misericordia: dar de beber al sediento...

Sombra y agua hallarás; dos cosas que si

no son la felicidad precisamente, cuando en la última etapa del viaje llegues a poseerlas te lo parecerá.

Un poco de historia.

Desde el remanso que sirve de alivio al caminante se divisa el pueblo en toda su extensión. Una ramificación de la cordillera Ibérica le rodea, y del nudo de montañas que la componen, una de forma cónica fué la escogida por los primeros moradores para establecer sus viviendas.

Junto a la falda de la montaña serpentea un río, tributario del Ebro, tan humilde, que su única aspiración es tener agua suficiente para cerrar la boca de algunos deslenguados que le critican por su escaso caudal; desde la misma ribera comienzan, en ascendente escalonamiento, a dibujarse las casitas alegres y blancas, y en la cima se yergue, gallarda y majestuosa, la iglesia mayor...

Fuó esta iglesia, en el pasado, castillo famoso, fortaleza inexpugnable de moriscos. Durante la gloriosa epopeya que tuvo principio en Covadonga y fin en Granada pasó el castillo a ser morada de un gran señor de estirpe hidalga, héroe de leyenda, tan valiente y sereno en las luchas guerreras como justiciero en las horas de paz.

Fundó el pueblo y, apreciando en su justo valor la ayuda que le fué prestada por sus vasallos en horas de infortunio, cuidó muy bien de no erigirse en dictador y sí en padre, repartiendo equitativamente entre ellos el terreno conquistado, amparando a los débiles, inspirando todos sus actos en un principio de derecho y de justicia; y esta sana política hizo que aquellos hombres, hasta entonces unidos por una idea de independencia, por el ideal santo de libertar el suelo oprimido, disputándolo palmo a palmo al invasor, hallaran nuevamente fundidas sus almas en el crisol de un pensamiento...

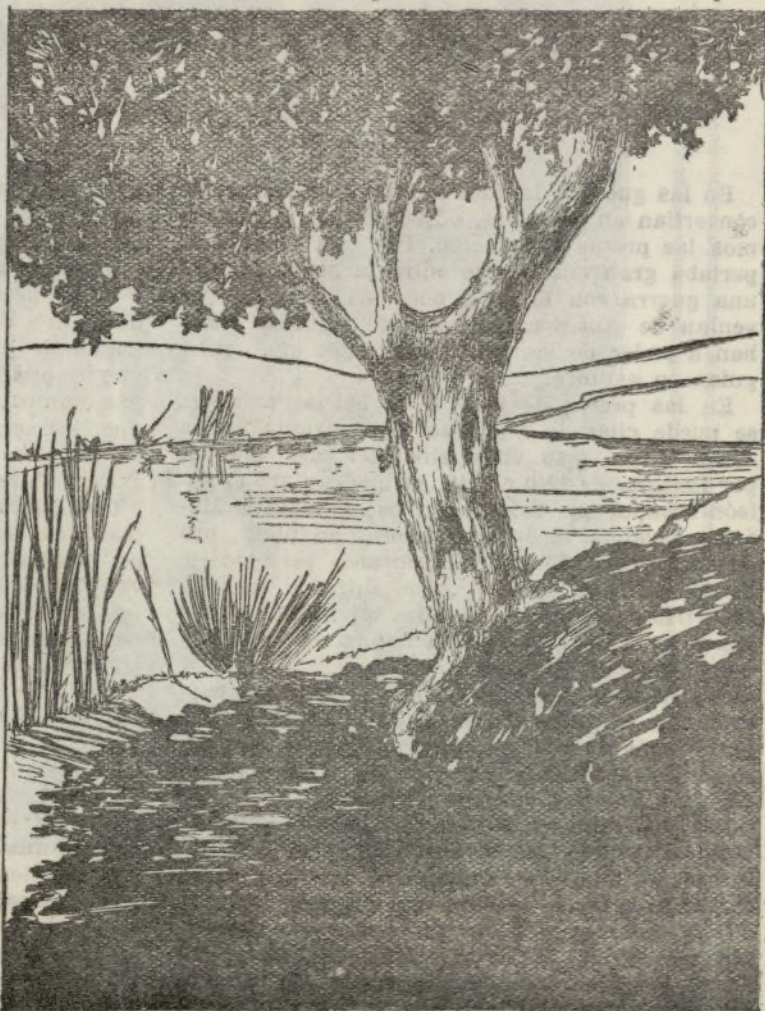
...Y fué que soñaron con el engrandecimiento de Castilla, de aquella tierra hasta entonces tan desventurada, iniciando con el trabajo una era de renacimiento; y pronto, echada la semilla al surco, aquella tierra ensangrentada quedó escondida bajo un manto de oro, que no otra cosa a los ojos semejaba el conjunto formado por sus esbeltas y doradas espigas.

Desaparecido del mundo el generoso fundador, sus descendientes no supieron continuar

tan sabia política. Faltos de memoria y sobrados de orgullo, demasiado engreídos de su linaje, cerraron las puertas a la razón y abrieronlas de par en par a la injusticia. Convirtieron en feudo el castillo y sus aledaños, halagaron a los audaces, despojaron de sus bienes a los humildes, estableciendo una situación de tiranía tan grande, que tan sólo con la nobleza e hidalguía de su glorioso antecesor pudiera ponerse en parangón...

Fuó este reinado de la locura bien efímero, como lo será siempre el de todo poder engendrado por el absurdo maridaje de la arbitrariedad y la soberbia...

Cayeron sobre el antes amado castillo miradas de odio, y cuando la tensión de la infamia llegó a ser más fuerte que la resistencia del sacrificio y el recuerdo, aquellas nobles gentes recabaron el auxilio de las armas, de aquellas armas que en gloriosos días libraron a la patria de sentir la planta del invasor, trocadas después por el arado, para más tarde recurrir a ellas, en defensa de la propia vida, contra quien tan mal uso sabía hacer de la gloria conquistada.



Muerto el último vástago de aquella casta de hidalgos, quedó el castillo abandonado a las inclemencias del tiempo y a los odios de los hombres... Vinieron después años de paz y de olvido..., hasta que un día el maltratado rfo, harto de burlas, salióse de madre, y a punto estuvo en su enfado de arrastrar algunas casitas emplazadas en la orilla, y con ellas una pequeña capilla dedicada al culto...

Este percance planteó la necesidad de trasladar la ermita a sitio seguro, y buscando lugar adecuado en evitación de futuras contingencias, acordaron convertir el castillo en iglesia... Hízose así...; quedó exteriormente en su forma primitiva; se destinó el ancho espacio comprendido dentro del recinto amurallado a ser morada definitiva de los habitantes de

aquel lugar que pasaban a mejor vida, y la cruz, símbolo de bondad y martirio, que sirviera de insignia gloriosa a los cruzados de antaño, quedó enclavada en la altura para que fuese al presente fiel centinela defensor de la tradición...

Lector: Si te place lo escrito; si el ambiente sereno del suelo castellano halla eco en tu alma, sígueme; entra en el pueblo, cosa fácil y hacedera, ya que el camino está andado, y conmigo sabrás de una vida dolorosa y humilde, la vida de Pablo "el Mudo", cuya historia te prometo contar en mi próximo artículo...

Eugenio M. Ovejas.

Agosto, 1920.

Las presas marítimas y su adjudicación.

En las guerras de hace un siglo, los barcos se convertían en corsarios, adjudicándose a sí mismos las presas que hacían. Por esta razón despertaba gran entusiasmo entre la gente de mar una guerra con España, pues las galernas que venían de América cargadas de riquezas pasaban a poder de los marinos audaces que conseguían su captura.

En las presas de más valor hechas entonces se puede citar la que hizo el almirante inglés Anson durante su viaje alrededor del mundo, por los años de 1740 a 1743, en que capturó el galeón español que todos los años zarpaba de Manila, llevándola verdaderos tesoros en plata, oro y mercancías. El citado almirante se apoderó de dos millones de duros, que entraron en Londres triunfalmente, guardados en treinta y dos vagones, precedidos de una banda de música y escoltados por marineros armados.

Cuatro años después, el mismo almirante capturó una escuadra francesa, que llevaba en sus barcos más de millón y medio de duros en dinero. Dicha suma fué transportada desde Portsmouth a Londres en veinte vagones.

Los tres millones y medio de duros, botín de ambas capturas, se repartió entre las tripulaciones que iban a las órdenes de Anson, y hasta el último grumete se llevó una pequeña fortuna.

Doce millones y medio de pesetas oro recogieron tres barcos ingleses cuando capturaron al *Santa Brígida*, que iba abarrotado de dinero. Tan rica presa fué conducida a la ciudadela de

Plymouth en sesenta y tres vagones, y se repartió entre el personal de los barcos. A cada capitán le tocaron 203.650 duros; a cada oficial, 25.500, y a cada marinero, 910 duros.

De la presa de un galeón español que venía de Lima a España cargado de tesoros sacaron los tripulantes de los dos barcos ingleses que le cogieron premios muy respetables. Los capitanes y el almirante percibieron 325.000 duros cada uno; los segundos de a bordo, 65.000; los oficiales primeros, 20.000; los oficiales segundos, 10.000, y los marineros, 2.500.

Otro barco inglés, el *Centurión*, apresó a nuestro navío llamado *Nuestra Señora de Covadonga*, con siete millones y medio de duros. Cuando volvieron a su país los del *Centurión* les hicieron un recibimiento cordialísimo, principalmente porque cada marinero poseía 10.000 duros, importe del premio de la captura.

Cuando fué tomada la Habana, asaltándola por mar y tierra, se repartieron los ingleses como botín cerca de diez millones de pesetas oro. El almirante Pocock recibió 613.485 duros, y lo demás fué distribuido en proporción a la categoría entre los oficiales y marineros. Estos cobraron unas cien pesetas oro por barba.

Y relacionado con esto puede citarse que al terminar nuestra guerra con los Estados Unidos, el almirante Sampson recibió 75.000 dólares como premio al bloqueo de Cuba, y 12.000 más por los esfuerzos que realizó en la batalla de Santiago.

PÁGINAS DE ARTE



La Naumaquia del parque Monceau en París.

Este rincón delicioso de París es uno de los más agradables y artísticos lugares del mundo. Las ruinas de la galería corintia que, proveniente de la antigua iglesia de Saint-Denis, fue llevada por el duque de Orleans, Felipe Igualdad, para adornar el borde de su *Naumaquia*, ofrecen hoy a los parisienses un grato lugar de reposo, según puede verse en la presente fotografía, que constituye una verdadera obra de arte.



El teniente coronel García Pérez, organizador del Museo-biblioteca del regimiento de Tarragona.

mente por el patriotismo de varias personas; unos en metálico y otros en libros y material, han creado para el soldado un centro que muy bien puede decirse es el primero en el Ejército por su lujo y sus variados elementos.

La sala principal se denomina «Sala Príncipe de Asturias», según reza en una magnífica lápida de mármol surmontada por el escudo de Gijón; recibe luz por seis amplias ventanas y su lindo decorado es al óleo en verde Nilo. Cuatro librerías guardan 1.050 libros, todos modernos y de literatura; dos largas mesas ofrecen asiento para 50 lectores; cuatro escritorios individuales brindan continuamente papel de escribir (gratis); adornan los muros cuatro grandes cuadros de las Ordenes militares, retratos de los Reyes, amplias reproducciones fotográficas de antiguas banderas del regimiento y de héroes del Cuerpo en las campañas coloniales. Otra artística lápida de mármol, surmontada por el escudo del regimiento, dice: «El patriotismo de Gijón ofrendó esta Biblioteca al soldado del regimiento Infantería de Tarragona, núm. 78. Créese por

Por la instrucción del soldado.

El Museo-biblioteca del regimiento de Tarragona.

El 28 de enero nació, por iniciativa del teniente coronel D. Antonio García Pérez; el 17 de mayo se inauguraba solemnemente.

Todo cuanto en ella se encuentra ha sido donado generosa-

mente por el patriotismo de varias personas; unos en metálico y otros en libros y material, han creado para el soldado un centro que muy bien puede decirse es el primero en el Ejército por su lujo y sus variados elementos. iniciativa del teniente coronel García Pérez, y se inauguró el 17 de mayo de 1920, siendo coronel D. Ildefonso de Echavarría Cárdenas.» Repartidos por el salón hay bustos de Cervantes y Jovellanos, un boceto del «Monumento a los soldados», boceto de «El niño será soldado», relieves de Gijón y de la costa de Asturias y cuadros del Príncipe de Asturias (con el uniforme de soldado) y de Alfonso XII (con el uniforme de sargento). La luz eléctrica hállase dispuesta sobre rejería, imitación de los hierros antiguos, llamando la atención la lámpara central, formada de hierros y 50 bayonetas Rémington.

La segunda sala, exornada con el gusto de la anterior, destínase a mapas: encierra el de España (de los jefes de E. M. Zumárraga y Funoll), los de Asturias y los publicados de Marruecos (colocados éstos sobre un tablero de seis metros de longitud). Cuadros al óleo, de la familia Real, adornan la parte alta de las paredes. Dos elegantes bancos sirven para 20 lectores.

Tal es el Museo-biblioteca creado por la perseverancia del teniente coronel García



Un aspecto de la sala del regimiento de Tarragona donde está instalado el Museo-biblioteca del soldado.

Pérez, sin coste alguno por el Estado; obra hermosa y de altos fines, tanto culturales como patrióticos; obra en la que el referido jefe ha puesto todos sus entusiasmos, todos sus amores de infante, todas sus devociones por el soldado; obra que es suya, exclusivamente suya, con el sello de su bien apreciada ecuación personal; obra, siempre digna de aplauso,

acerca de la cual él mismo decía a sus soldados en el solemne día de la inauguración:

«¡Soldado del 78 de Infantería! La Biblioteca que hoy solemnemente inauguro es tuya; así lo han querido generosos donantes, en prueba de estimación por tus glorias que fueron, en ferviente anhelo por tu culto porvenir.

Donación tan preciada es homenaje que rinden a tu condición de soldado; a ti, que eres el ayer de áureos vestigios, de arraigadas creencias; a ti, que eres el pasado de augustas bizarrías, de leyendas perfumadas; a ti, que fuiste verbo de nacarinas grandezas, viador altivo del habla cervantina; a ti, sucesor insigne de aquellos soldados de antaño que hicieron del zodíaco de la tierra florida diadema para las sienas de su patria con la sangre de sus venas y el oro de sus conciencias.

Comienza tu Biblioteca con 900 volúmenes; a través de sus páginas admirarás

brillanteces de dicción, narraciones delicadas, fluidez, elegancia, sonoridad; en los variados capítulos de algunos pulsarás la andante españolería, la pujanza caballeresca; tu espíritu advertirá en otros cómo la agricultura, la industria y el comercio hallan en la ciencia el origen de su esplendor; y tu alma seguramente comprenderá

que tan sólo la fervorosa trinidad de las ciencias, las armas y las letras puede llevarnos a una España fecunda y vigorosa que sea antorcha de la Humanidad y glorificación de la raza.

No olvides, soldado de *El Firme*, la valía de esa ofrenda; sean de hoy en adelante las armas y las letras tu ejercicio incesante, tu afectiva devoción;

rinde amor a la patria, a la patria de tus férvidos amores, visitando asiduamente la Biblioteca; tributa cariño a la patria, a la patria de tus ardientes cariños, permaneciendo una buena parte de tu vida de soldado con el libro entre tus manos; y así, sólo así, es como podrás conocer y admirar a España en la majestad de sus sacrificios, en el quijotismo de sus empresas, en el colorido de sus heroísmos, en la poesía de sus andanzas, en la excelencia de sus sabios, en la fama de sus artistas, en el crédito de sus gobernantes, en el genio de sus capitanes, en la abnegación de sus soldados y en la sublimidad de sus mártires.»



Otro aspecto del Museo-biblioteca del soldado en el regimiento de Tarragona.



LOS CABALLEROS DEL AIRE



Trepida el motor; giran veloces las hélices; se deslizan calladamente las ruedas delanteras, y el aparato se eleva. Es, al principio, un vuelo recto a ras de tierra, como de golondrina. Vira a los veinte metros de altura en otro vuelo de paloma que planea para posarse; se aleja, y sereno, majestuoso, tramonta las cumbres, donde el día teje los oros de la albada y los damascos de la tarde...

A poco es un punto lejano, apenas perceptible para los hombres que siguen sus maniobras y evoluciones, escrutan su rastro entre las nubes y, como antes dijeron de la tierra y el mar, exclaman orgullosos: "¡El aire es mío!"

Pero, ¡ay!, los hombres no vieron que una figura espantable, de descarnado rostro, cuencas vacías y membranosas alas de murciélago, volaba tras el aeroplano, al hombro la simbólica guadaña; olvidaron, en su orgullo de conquistadores, que son tres con éste los senderos innumerables: el verde del mar, el azul de la atmósfera y el negro de la Muerte... Y de pronto, quebrado el timón, rotas las alas como un águila herida en el vuelo, el Bleriot, el Farman o el Wright cayó pesadamente contra tierra, y entre el revuelto montón de astillas, telas y alambres apareció muerto, despedazado y sangrante como un guiñapo humano, el cuerpo del nuevo Icaro que intentó soberbio escalar el Olimpo, y que sólo al oír el trote de los apolíneos corceles, cuando ya era tarde y el sol le derretía, se acordó de que la cera trababa su plumaje postizo... El antiguo mito se renueva todos los días, y desde la paloma mecánica de

Arquitas de Tarento a las alas de Lilienthal desde el helicóptero de Vinci a Santos Dumont y los modernos aviones, la ruta del progreso se enrojece con la sangre de centenares de caballeros del aire. Y en tanto, acaso allá en los floridos Campos Elíseos, el alma atormentada inquieta e inquietante de Leonardo—"Oh, Leonardo, perche hal tanto penato!"—vaga meditativa inquiriendo aún el vuelo de los pájaros mientras la belleza eternamente serena de Gioconda sonríe eternamente...

¡Tiene razón al sonreír Monna Lisa! Verdaderamente no valía la pena de inventar la hélice aérea, sentar los fundamentos de la aviación, dejar pasar la interminable caravana de las horas encorvado sobre los viejos infolios meditar todo el día, velar toda la noche, de afiar a los dioses y sentir la llama del genio abrasando la vida para que, como fruto de tantos sacrificios, los hombres, cuyo odio no cae en la superficie del globo ni en las montañas de los mares, profanaran el hasta ayer espacio immaculado. ¡No; no valía la pena crear el dolor para que después de veinte siglos escuchada la voz del Galileo—¡«Amaos los unos a los otros!»—los hombres, como aves rapaces de corvo pico y afiladas garras, se acomodarían en la altura o desde ella, como Jehu sobre Sodoma y Gomorra arrojaran las llamas de la destrucción sobre la obra del Genio de los Siglos! ¡No; no es Pelorofonte que en el alado Pegaso borra la distancia y lucha tenaz con la quimera de la fraternidad humana! más bien Trigeo, el héroe de Aristófanes, balgando en su inmundo escarabajo... ¡No

la conquista del bien, la belleza y la luz; es la del odio, el dolor y las sombras!...

*

¡Volad! ¡Volad, hermanos míos! ¡Conquistadores del azul, propulsores del porvenir, obreros del progreso que alzáis hilada a hilada la moderna Babel que por esta vez ha de llegar al cielo, volad! ¡Acometed lanza en ristre al monstruo voraz e insaciable; matad la distancia, que de su cabeza golpeada, como Minerva de Júpiter, ha de surgir la hermandad del género humano de uno a otro extremo de la tierra! ¡Haced el mundo pequeño para los hombres, grande para el amor!

No desfallezcáis; no penséis como yo, pobre poeta, que, ¡ay!, también volar es triste; porque ¿qué no será triste donde todo, todo, hasta la juventud, es vanidad?

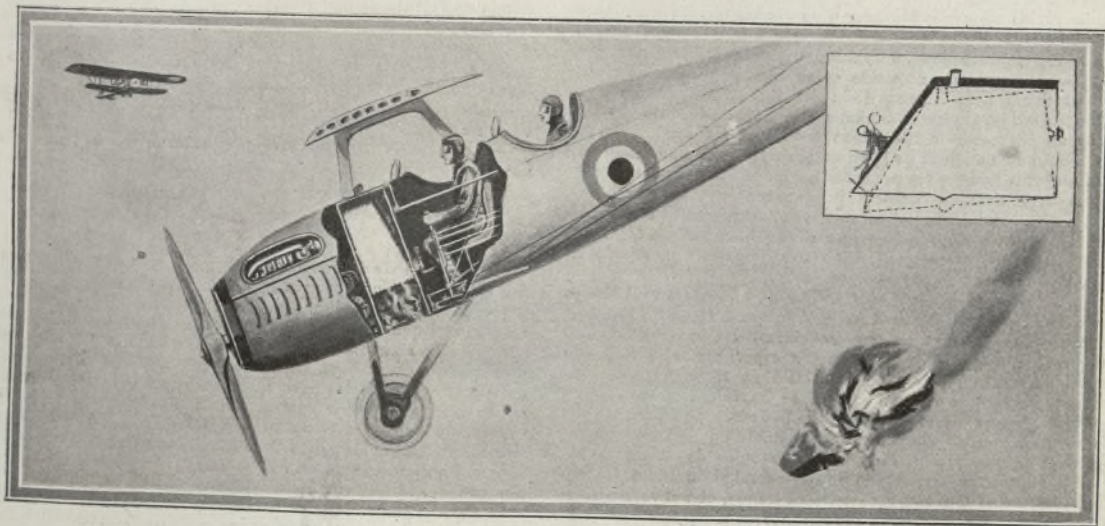
¡Volad! Y si alguna vez en casa de los Duques la dueña Dolorida os elogiara a Clavileño, caballo que, como el vuestro, "no come, ni duerme, ni gasta herraduras", no respondáis jamás como Sancho: "Para andar reposado y llano, mi rucio."

Pero entendedme: volad para el bien; no ensanchéis en vuestro vuelo los sombríos dominios de Moloch. Porque "en verdad os digo", como Jesús decía, que para eso más valiera que vuestras almas, en vez de alas para volar, se sintieran ciegas, mudas y ápteras al dolor universal como las de los lacayos y los mercaderes...

Adolfo Monte

UN NUEVO INVENTO

Para la seguridad de los aviadores.



Uno de los peligros que más gravemente amenazan al aviador consiste en el incendio del depósito de gasolina, cuyo accidente ha ocasionado ya numerosas víctimas. Para garantizarse contra este peligro ha sido ideado un depósito de forma especial, que colocado en el aeroplano de la manera indicada por el presente grabado, puede ser destacado fácilmente del aparato y lanzado al vacío por el simple movimiento de una palanca. En el grabado vese la situación del depósito y el detalle de la forma en que está colocado. Al sobrevenir el accidente, el piloto soltará el depósito que caerá envuelto en llamas, mientras que el aeroplano, tomando un vuelo planeado, puede elegir el lugar más propicio para su aterrizaje.



Fathma

Episodio de la guerra de Trípoli.

el huracán, el «ghibli», ese viento polvoroso que resaca y ciega. Una masa de polvo muy fino velaba todavía los contornos graciosos de las palmeras, como si, con la calma reinante, una ligera gasa rosa se hubiese desplegado entre el cielo y la tierra.

Habíamos llegado los dos la víspera a Trípoli. Muraour, del «Courrier de Paris», y yo, sin separarnos, en virtud de nuestra vieja amistad, que jamás se había debilitado, ni aun en los días de negra tristeza que dividieron a Italia y Francia. Nos habíamos situado en seguida en las avanzadas, obteniendo permiso para permanecer allí gracias a la cortesía particular del general Carrero, mi antiguo condiscípulo.

Hacia varios años que Muraour y yo ejercíamos de correspondientes de guerra.

Juntos fuimos a Filipinas, a Transvaal y a Mandchuria; pero ninguna guerra nos había seducido como ésta, entablada en el mar latino en nombre de Roma y de la civilización. Me acuerdo de la emoción intensa que por la mañana nos había invadido nuestro corazón en presencia de las ruinas majestuosas de un edificio romano, que yacían vecinas de la miserable cabaña de una familia de árabes embrutecidos, y los pequeños soldados heroicos vestidos de gris, que habíamos visto bromear, jugar y cantar en las trincheras, bajo la fusilería nutrida y traidora de los árabes, ocultos en las palmeras. Estos soldaditos nos parecían verdaderamente los legítimos descendientes de los legionarios de Septimio Severo, nacido en Leptis, a poca distancia de nosotros.

Era la tarde del 20 de noviembre. Seis días después el Ejército italiano debía recomenzar su marcha vigorosa y vengar a nuestros hermanos, villanamente asesinados—Sciara-Sciat—, rechazando al enemigo en el desierto. De día en día esperábamos la orden de avanzar. Los «shrapnells» turcos estallaban siempre demasiado lejos, sin alcanzarnos; pero su música se hacía fastidiosa. Y esos árabes que disparaban de lo alto de sus palmeras... Justamente dos horas antes de ponerse el sol, el capitán Baldi, un brillante oficial de «bersaglieri», muy apreciado en los círculos de Roma, había caído con el cráneo atravesado por un enemigo invisible. Cuatro soldados lo habían transportado bajo su tienda, con el rostro sombrío y los ojos secos, iracundos, inquietantes.

Sentados a la mesa de oficiales del heroico 4.º bersaglieri—teniendo por asiento cajas de municiones y por luz dos bujías metidas en botellas—, comentábamos los sucesos del día, mientras que, reunidos sobre la terraza de la casa árabe, veíamos de lejos encenderse los innumerables fuegos de los campamentos e iluminarse las calles de la italiana Trípoli. En el momento que el proyector de un crucero escudriñaba el oasis por encima de nosotros, el teniente Jori, que en Sciara-Sciat se había batido como un león, exclamó, rechazando el plato de aluminio, que contenía todo un festín:

—¡No puedo comer! Pienso en ese pobre Baldi, tendido allí, detrás de nosotros, bajo su tienda...

—¿Quién se lo anunciará a su madre?—preguntó Muraour, lleno de veneración por la augusta matrona.

—¡Ha muerto bien tristemente!—observó un teniente de tez roja y rostro lleno—. Es una gran pérdida.

—Ha muerto por la patria y su muerte es hermosa—rectificó un capitán con marcial firmeza.

Poniase el sol tras las palmeras, hacia el desierto y el mar. Todo el día se oyó silbar

—Verdad—asintió el otro—. Pero si hubiera muerto en a pelea le lloraríamos y hasta envidiaríamos su muerte.

—Parecía tener presentimiento de su fin. Había cambiado singularmente en algunas semanas y un éxtasis flotaba sobre su rostro. Se cuidaba bien poco de estar menos expuesto a los golpes de estos perros. Hablaba raramente: una sonrisa le servía de respuesta. Un día le pregunté: «¿Es que tu amada no te escribe ya desde Roma?» Me miró y rompió a reír siniestra y desesperadamente como un loco.

—Y, sin embargo—observé—, él encarnaba en otro tiempo la juventud llena de fuerza y de confianza. Y ha muerto antes que usted haya podido verle o hablarle.

—Alguna cosa muy grave ha debido sobrevenir «allá arriba»; un pesar amoroso, tal vez.

—No—dijo resueltamente el teniente Jori.

—Sin embargo—declaró el capitán—, se ha encontrado en su tienda un retrato de mujer joven.

—Es el de una hermana—afirmó Jori.

Un «shrapnel» estalló, después de un largo silbido, sobre nuestras cabezas. Una bala perdida cayó sobre mi mano, no dejando otra traza que una marca lívida. Los oficiales ni se movieron.

—Ahora que está muerto—declaró gravemente Jori—puedo revelar su secreto.

—¡Ah! ¿Había un secreto?—preguntaron dos o tres de entre nosotros.

Y Jori comenzó su relato.

*

He aquí la historia novelesca del héroe que lloran hoy una madre y una hermana inconsolables. Nosotros lo supimos de la boca de su más íntimo amigo. Pero ¿qué pluma podrá lograr el vigor conciso con que el soldado nos habló de su hermano desaparecido?

Las bujías se habían extinguido. Una rebanada de luna adelfa zaba y palidecía por grados, desvaneciéndose en el horizonte. Apenas si nos veíamos los unos a los otros en la transparencia de noche africana, sobre la cual velaban las estrellas. Los ojos escudriñadores de los navíos rompían solamente de tiempo en tiempo las tinieblas. Oíamos los gritos de los centinelas; algunos tiros sueltos repercutían por intervalos... Pero ustedes tendrán prisa, sin duda por conocer la historia. Hela aquí:

El capitán Gabriel Baldi había llegado a Trípoli a mediados de octubre con el primer cuerpo expedicionario. Los italianos, habido de colmado de beneficios a los árabes, famélicos y quebrantados de espanto, creían haberlos sometido y atraído por gratitud. Los soldados cedían a las gentes del pueblo parte de su ración; el comandante y los oficiales prodigaban regalos y dinero. Los herfanos árabes eran adoptados por los soldados, que no les regateaban mimos.

Gabriel habitaba la casa de un propietario árabe, a dos millas de la villa. Era un pequeño edén, embalsamado por los perfumes que exhalaba un bosque de naranjos enanos, a la sombra de la casita de las palmeras. Ben-Ahmed era viudo. Bajo su techo vivía su hija Fathma, dos criados negros y una sirvienta beduina, por la cual el dueño sentía un vivo afecto. Había destinado al joven soldado una habitación en la planta baja, que se había llenado pronto de bibelots y de retratos de elegancia occidental.

—¡Que Allah bendiga al huésped que ha entrado en mi tienda!—exclamó Ben-Ahmed el primer día.—Yo sé que los italia-

son buenos y generosos, que respetarán nuestra fe y nuestras mujeres.

Como casi todos los indígenas acomodados, hablaba correctamente el italiano. Con una sonrisa melosa, que iluminaba su corta barba gris, proseguía:

—No tengo mas que una hija, Fathma, bella y pura como la flor de lis. Estoy seguro de que tus soldados la respetarán.

En efecto; como la pequeña villa de Ben-Ahmed estaba en una encrucijada importante, un pelotón de «bersaglieri», mandado por el teniente Jori, acampaba en el bosque de naranjos.

—Tú puedes tener confianza en nosotros—aseguró el capitán—. Nosotros no somos turcos. ¿Qué edad tiene tu hija?

—Trece años cumplidos, con la protección de Allah.

—Es una niña—murmuró Gabriel.

Y sus labios esbozaron una sonrisa.

—Recuerda—añadió—que estás obligado a consignar tus armas y municiones; de lo contrario, correrías el riesgo de ser preso.

—¡No tengo, no tengo!—gimió el árabe—. Si yo tuviese ¿de qué me servirían?

Gabriel oyó venir de abajo los acordes melódicos de una copla cantada por una voz muy dulce de mujer. Permaneció mudo, escuchando, mientras que Ben-Ahmed se retiraba en silencio, después de una inclinación de las más obsequiosas. El canto continuaba, acompañado del gemido ronco de una guitarra. Baldi cerró los ojos. Todos los sueños de las imaginaciones orientales danzaban alrededor de él en un aire cargado de aromas. Era este un mundo misterioso y cerrado, en donde él se sentía como un viajero perdido en medio de una soledad encantada. Un nombre atravesó su espíritu: Fathma. Sacudió la cabeza. ¡Una niña!... Pero ¿quién podía ser la encantadora?

El canto se desvaneció. Poco después el oficial fué a pasearse en el jardín. El recuerdo de otro jardín lejano, allá abajo, atravesó su espíritu sin derramar en él gran melancolía. Allá tenía a su buena madre y su cariñosa hermana, únicas mujeres por las cuales se abstenía de despreciar completamente el eterno femenino. Hombre orgulloso y de una rectitud irrepachable, absorbido por entero por su sueño de conquista y gloria, había tenido la dicha de dominar sus pasiones en lugar de complacerse en las aventuras fáciles que le ofrecía la vida mundana. Desde que la guerra había estallado, él había sido de los primeros en querer partir; ahora un delirio de alegría le invadía al pensar que se encontraba bajo aquel cielo ardiente, con la joven Italia, al fin salida de su sopor, presto a combatir por la gloria y por la patria...

Por encima de su cabeza resonó una risa fresca, como una cristalina fuente. Levantó los ojos. Detrás de la reja vió moverse alguna cosa: un ruido de vestidos femeninos se oyó. Después, el silencio nuevamente.

Gabriel Baldi se entretuvo largo rato contemplando la ventana misteriosa. La voz alegre era la misma de la cantadora. ¿Quién era ésta?... Una languidez oriental penetró todo su sér, mientras los soldados bruñían bayonetas y cinturones, atrayendo sobre ellos miradas de respeto e ironía a la vez.

Al día siguiente el capitán Baldi se dirigió de nuevo a la villa; los soldados no habían venido aún de los ejercicios de la mañana. Ben-Ahmed dirigía el trabajo de dos negros que cavaban la tierra alrededor de una palmera. El inopinado retorno del oficial hizo pasar sobre el rostro bronceado una nube, que desapareció en

seguida, y el árabe recobró su habitual actitud obsequiosa e hipócrita:

—¿Qué haces tú?—preguntó Gabriel, poco confiado en la lealtad árabe.

—¡Oh!, nada malo—respondió el otro tratando de besarle las manos—. Esta palmera está enferma; le damos un poco de aire a las raíces y sanará.

—No hay armas allá abajo?

—Puedes verlo tú mismo—dijo el árabe dominando la turbación que le invadía.

Ben-Ahmed murmuró algunas palabras ininteligibles; después su rostro se iluminó un momento.

—Mira... ¿comprendes?... He aprovechado la ausencia de los soldados... Fathma... ha bajado al jardín para tomar aire. Temía que esto te desagradase.

Y la hipocresía de los zorros de la fábula llenó su sonrisa. En efecto, habiendo levantado los ojos, Gabriel Baldi vió surgir, al fondo de una avenida, una aparición maravillosa.

Fathma era alta esbelta, armoniosa. De las bandas que ceñían su cabeza se escapaban mechones de negrísimo cabello sobre una frente corta y ennegrecida, sobre grandes ojos aterciopelados y sombreados de azul. El resto de su cara estaba oculto, según el uso musulmán; pero la amplia ropa oriental revelaba los tesoros de un cuerpo ágil y fuerte, de miembros llenos y redondos.

El oficial la contempló silencioso, mientras que ella avanzaba lentamente, lanzando sobre él la llama de sus grandes ojos, en donde flotaba una viva curiosidad.

—¿Es tu hija?—preguntó al viejo. Y añadió él mismo:

—¡Y yo que la creía una niña!

Sonrió de su propia ingenuidad. No había pensado que en estos países del sol las niñas de doce años son ya mujeres; a los veinticinco años son ya viejas.

He aquí, pues, la cantante desconocida; he aquí la mujer del reir melódico. La bella niña avanzó hasta el sitio donde estaba el oficial con los tres indígenas.

—He aquí nuestro señor; salúdale—dijo el padre señalando con el dedo al capitán, que esbozó un signo de negación—. El nos protege, nosotros le debemos la paz y la vida.

La joven le miró con un resplandor de reconocimiento; sus labios se entreabrieron

para hablar; pero en el mismo momento se oyeron las voces alegres de los «bersaglieri» que volvían con el teniente Jori. Fathma lanzó un ligero grito y huyó asustada hacia la casa. Baldi avanzó al encuentro de su amigo, sudoroso y cubierto de polvo. Detrás de él Ben-Ahmed alzó los hombros y gruñó sordamente:

—¡Giaour!

Las pupilas sombrías se iluminaron con una llama de amenaza y odio.

Tres días pasaron. Llegó la tarde del 22 de octubre. El capitán había estado poco tiempo en la ciudad, pero no había podido pasearse un solo momento en el jardín sin sentir por encima de él, a través de las delgadas barras de una celosía, la presencia de una mirada que él adivinaba más que veía. La forma blanca estaba allí en acecho, y cuando él entraba en casa, la voz melodiosa recomenzaba la habitual melopea. Una vez oyó el canto entrecortado por un suspiro. Su corazón sintióse conmovido y hondamente turbado. Esa ingenuidad infantil que forma siempre el fondo de los caracteres heroicos, mezclada a los fuertes y cálidos aromas de la tierra



de. J. J. J.

encantadora, le hacían soñar alguna aventura extraña, florida de recuerdos de las «Mil y una noches». Su sangre hervía, martilleando en sus arterias.

Al sonido de aquella voz, un estremecimiento sacudía todo su cuerpo. ¡Fathma! Lindo nombre de odaliscas y de favoritas... Solamente aquí tal vez hubiera sido hermoso el amor, sin disimulo, sin sutilidades psicológicas; el amor vivo y ardiente como la tierra fecunda y maravillosa.

Estaba sentado al pie de una palmera, detrás de la casa, esperando que Jori viniese para ir a la mesa. Al otro extremo del jardín los soldados cantaban los aires de la patria ausente; algunos, al resplandor del sol poniente, se esforzaban en ver todavía, para escribir a sus viejos padres. Allí abajo todos tenían su amada, en la cual pensaban algunas veces con lágrimas de nostalgia, temblando al extremo de sus pestañas. Baldi, él también pensaba en los suyos, pero más distraidamente. De repente vio una forma blanca salir de la casa por una puerta excusada y avanzar a su encuentro.

Era ella. En seguida la reconoció. Se acercó a él y se detuvo anhelante, mientras que Baldi se levantaba para saludarla. Fathma permaneció silenciosa. El velo, ligeramente caído, mostraba la línea pura de la nariz y las bellas mejillas, de un moreno ardiente. El capitán imaginó la boca carnosa y sinuosa, roja como una granada madura. Su corazón palpitó de delirio.

—¡Qué bella eres!—murmuró.

—¡Tú también!—respondió ella sencillamente.

—¿Qué sucede? ¿No temes que venga tu padre?

Ella hizo un gesto de dejadez. Con una voz que se esforzaba en hacer dura, añadió:

—¿Por qué continúas con nosotros? ¿Por qué no vas a la ciudad? ¿Por qué no buscas otra casa?

Asombróse tanto el oficial, que no encontraba palabras con que responder.

—Vete, vete—apresuró ella—. Vale más. Por tu bien.

—No te comprendo—dijo él casi humildemente—. Yo no te he hecho daño.

—Vale más; por tu bien—insistió Fathma.

Su voz había cambiado; se hizo dulce y fresca, con el timbre angélico del niño que implora.

—Vete, vete; no te quiero, no te quiero...

Y estas últimas palabras se extinguieron en un sordo gemido. Estaba tan próxima la muchacha, que no tuvo él mas que alargar los brazos para ceñirle la cintura y atraerla hacia sí, olvidando su deber, olvidándolo todo, movido por una fuerza potente y misteriosa hasta entonces jamás experimentada.

Procuró ella en vano desprenderse, y cayó medio desvanecida en brazos del capitán. Sus velos se deslizaron y el espléndido rostro se reveló con toda su belleza.

Cuando Baldi despertó del sueño, Fathma no estaba allí.

—¿Por qué quiere que me vaya?—se preguntó.

La explicación le pareció fácil. Era un «giaour», un perro infiel; para Fathma, amarle era un pecado... Y en el fondo de su conciencia experimentaba él una inquietud secreta, con el descontento del deber faltado. Las órdenes del comandante eran excesivamente severas: el general en jefe quería el respeto absoluto de las mujeres. Pero, ¡qué!, ¿amar constituía una falta de respeto?...

Y de todo esto él no dijo nada, ni aun a su amigo Jori.

Al día siguiente, alrededor de la villa de Ben-Ahmed, los «bersaglieri» estaban sobre las armas. Se sabía que el enemigo preparaba un ataque a las avanzadas; los otros destacamentos habían recibido la orden de estar preparados. Baldi y Jori hablaban familiarmente con sus hombres, deseosos de hallarse al fin frente a los turcos. Uno de aquéllos era particularmente estimado por Baldi. Era un joven abogado, que después de doctorarse se había presentado voluntario. Sus camaradas le llamaban el «avvocato», y estaban pendientes de sus labios cuando les hablaba de su patria, le recordaba su grandeza antigua, que iba a renacer. Había también un sargento que en el desastre de Messina realizó prodigios de valor y obtuvo la medalla de plata. Los soldados eran en la mayor parte Emilianos: altos, rubios, membrudos, mostrando claramente la fusión de sangre romana con los galos, sus antepasados.

—Nosotros permaneceremos aquí esperando nuevas órdenes—

oecía Baldi a su amigo—; pero si se tarda mucho en llamarnos, yo encontraré medio de correr con los otros al primer puesto.

—Yo creo que habrá para todos hoy—observó el sargento.

Y el abogado añadió:

—Ya era hora; esta guerra en tiempo de paz era muy fastidiosa. ¿Qué decís, muchachos?

Los soldados rieron y comentaron la agudeza en su dialecto. El sol resplandecía ya, sembrando chorros de oro entre los troncos de las palmeras. El aire era todavía fresco y húmedo; los hombres se sacudían para calentarse. De repente se oyó el ruido de una lejana fusilería.

—¡Ya estamos!—gritó una trompeta.

Y no pudiendo dominar su alegría, lanzó con su instrumento una vibrante llamada a la victoria.

En la verja se apelotonaban algunos árabes andrajosos y sucios, con calzones que habían perdido su blancura primitiva desde tiempo inmemorial. En el mismo momento apareció Ben-Ahmed.

—Estos hombres vienen a trabajar en la plantación de naranjas... ¿Quieres dejarlos pasar?

—Que pasen—consintió el capitán.

Después dijo a sus hombres:

—Registradlos.

Los diez árabes no llevaban armas.

Con una voz lamentable gritaron:

—«Fame, fame! Bona, bona italiana!»

Los soldados les arrojaron algunos trozos de pan, que devoraron ávidamente. La fusilería, a lo lejos, continuaba. Transcurrió una hora.

Fathma salió de una casa con la sirvienta beduina y desapareció. Al pasar, sus ojos se fijaron en Baldi con profunda angustia. El oficial se mantuvo aparte, turbado, descontento. La exaltación de la víspera se había desvanecido y se trataba de loco, sin poder detener las palpitaciones de su corazón ni los estremecimientos de sus sentidos. Pasó otra hora, durante la cual, carricoches de municiones y camillas para los heridos se seguían sin interrupción. Los soldados hallábanse anhelantes de impaciencia. Fathma volvió.

—Italiano—dijo deteniéndose delante del capitán—: el general en jefe te llama.

—¿Me llama?... ¿Te lo ha dicho él.

—No; un oficial que ha venido a caballo buscándote. «¿Sabes tú—me ha preguntado—cuál es la casa de Ben-Ahmed?» «Es la mía.» «Entonces, dile que el general le llama.» Y ha partido al galope.

—¡Mi caballo!—gritó Baldi.

El animal estaba ya ensillado.

—Jori—recomendó al teniente—, cuida de la gente. Y vosotros, muchachos, marchad.

Los soldados agitaron los plumeros de sus cascos y lanzaron su grito de guerra: «¡Savoia!»

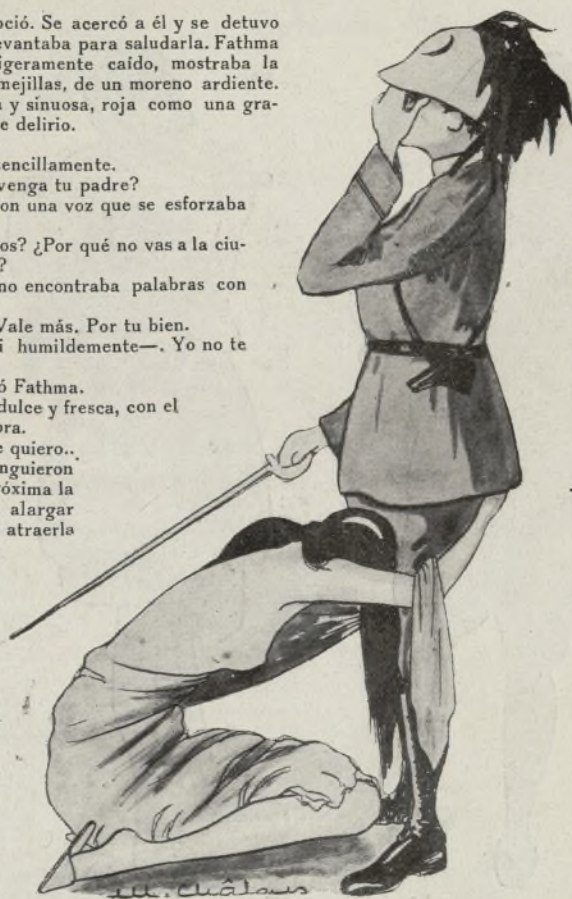
Cuando Baldi había salido, Fathma lanzó un suspiro tan profundo, que muchos hombres la miraron asombrados. Entretanto, el oficial galopaba hacia Trípoli por un sendero que bordeaba los muros bajos de los jardines. De repente, oyó una detonación seguida de un silbido. El caballo relincho y encabritóse.

Dos tiros más se oyeron: una bala le rozó el oído. Espoleó su montura haciéndola galopar, sorprendido de esta descarga, hecha por seres invisibles, tan lejos del teatro de la acción. ¿No serían bandidos ocultos que habían pensado matarle para desvalijarlo? Veinte minutos después entraba en el palacio del gobernador.

—Heme aquí—dijo al ayudante mayor—. El general me llama.

El otro le miró con aire incrédulo.

—Soy yo quien transmite las órdenes. El general no te ha mandado llamar. Debe haber alguna confusión.



Entonces Baldi narró el hecho al ayudante, que permaneció pensativo.

—Es un lazo—afirmó—. Esa joven estaba de acuerdo con los que han disparado sobre ti...

Pero estas últimas palabras fueron interrumpidas por la llegada de dos oficiales bañados en sudor y blancos de polvo, que entraron jadeantes. Uno de ellos tenía el rostro ensangrentado.

—¡El gobernador! ¡El gobernador!

—Hemos sido cogidos entre dos fuegos; nos matan los hombres a traición.

Al ruido de sus voces, el general había aparecido en el umbral, con el rostro severo.

Baldi pensó en sus hombres y en Jori, que permanecían solos.

—¡Ah, maldición!

Se mordió los labios hasta hacerles saltar sangre, mientras los recién llegados entraban en la habitación del general.

—¡Rayos y truenos!—exclamó cerrando los puños—. Me la pagarán caro.

Un día infernal los turcos habían cambiado el ataque y la revuelta. Muchos soldados cercados fueron muertos. Cada casa se había trocado en una ciudadela; cada palmera ocultaba un enemigo. El oasis, verdadero arsenal subterráneo, estaba lleno de armas y municiones. No fué una batalla, sino veinte, ciento, mil batallas furiosas. Se diría una guerra de los tiempos pasados, en la que los habitantes, desde sus ventanas y desde sus tejados, luchaban contra el invasor. Los senderos rebosaban de cadáveres amontonados; eran espantosas carnicerías en donde la sangre corría en arroyos, en un aire emponzoñado por el olor de la pólvora, por el espeso y acre humo de las casas incendiadas; humo matizado en chispas, de llamas lúgubres, mientras que resonaban las detonaciones siniestras de la fusilería.

Baldi, vuelto al oasis, había reunido una cincuentena de soldados, que él mismo conducía al fuego. El había combatido heroicamente. Diez hombres solamente escaparon a la muerte; los otros habían vendido caramente su vida. Y, ¡cuántos enemigos muertos! Más de doscientos. Las órdenes del comandante eran perentorias; todo hombre encontrado con las armas en la mano debía ser fusilado.

Finalmente, Baldi se aproximó a la villa de Ben-Ahmed. Sobre el borde de una fosa apercibió a un «bersaglieri» muerto, en medio de

un montón de árabes repugnantes. Le reconoció: era el «avvocato»; sus ojos azules miraban fijamente al cielo. Más lejos, un herido se lamentaba: el alegre trompeta, con una pierna traspasada. Por él conoció los detalles de la horrible matanza.

Por la mañana, media hora después de su partida, los soldados fueron bruscamente asaltados por un fuego infernal. Ben-Ahmed, los dos servidores negros, los diez árabes introducidos con pretexto de trabajos agrícolas, habían comenzado a tirar vigorosamente contra los soldados desprevenidos. Desde el primer ataque, ocho o diez cayeron heridos mortalmente. Reorganizados, los otros asaltaron la casa. Los árabes tuvieron que ceder; la mitad fueron muertos. Ben-Ahmed y dos de sus partidarios fueron hechos prisioneros. Los «bersaglieri» después se fueron a combatir en otra parte.

Baldi recogió al herido. Y corrió a la villa, seguido de los suyos, en tanto que un resplandor aplastante penetró en su cerebro. ¡Fathma lo sabía! ¡Fathma había querido salvarle!

Poco después, el mismo capitán Baldi disponía a sus hombres en semicírculo, los fusiles enfilados contra tres prisioneros. Las órdenes de ejecución habían sido renovadas. Cumplía con su deber.

Caía la tarde. Dos soldados llevaron antorchas. Una luna enorme, sangrienta, iluminaba oblicuamente el jardín, brillaba sobre los uniformes de los muertos, palpitaba ondulante sobre el rostro de los condenados impasible. Baldi iba a bajar su espada, cuando un rugido de bestia acosada se oyó en medio de los naranjos. Lacerada, medio desnuda, Fathma saltó, cayendo a los pies del oficial, abrazándole las rodillas. Sus cabellos, esparcidos, caían hasta su cintura; sus senos, descubiertos, se balanceaban.

—¡Piedad, piedad!—imploró.

Baldi sintió una nube oscura envolver su conciencia. Una tan aguda mordedura le hirió el corazón, que estuvo a punto de caer desvanecido. Vaciló, tambaleándose..., y bajó su espada sin ver.

*

Cuando el teniente Jori hubo acabado su relato, un largo silencio se sucedió. La noche africana seguía pura y serena. Abajo, en el jardín, un soldado napolitano acompañaba con la guitarra una canción de amor.

Giuseppe Lipparini.

El origen de algunas locuciones.

En la corte de Dionisio, tirano de Siracusa, vivía hacia el año 400 antes de Jesucristo, un cortesano llamado Damocles. Este ponderaba siempre, delante de Dionisio, la dicha de ser rey como la más envidiable de la tierra. Al fin, Dionisio determinó un día que su cortesano juzgara por sí mismo de tal dicha. Le cedió su puesto por un día, y mandó a todos que le trataran como Rey. Así, pues, Damocles, vestido espléndidamente y rodeado de cortesanos y de hermosas esclavas, no cabía en sí de gozo. Se le preparó un festín espléndido, cediéndole el sitio de honor en la mesa. Cuando con mayor deleite saboreaba los preciosos manjares, Dionisio le suplica que mire hacia arriba; Damocles mira, y ve con terror que sobre su cabeza hay suspendida una espada desnuda, retenida solamente por una crin de caballo. Levantase temblando y suplica Dionisio que le li-

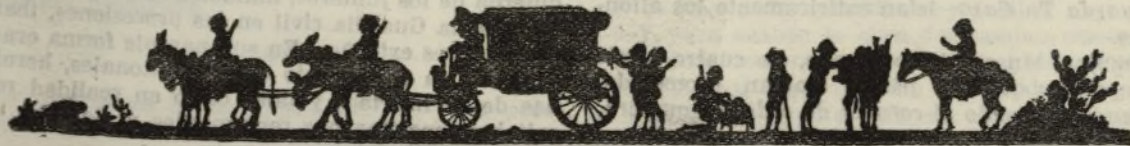
bre de ser Rey y de la espada al mismo tiempo. Cuando una persona está amenazada constantemente de un peligro que puede herirle a cualquier momento, se dice que tiene suspendida sobre sí *la espada de Damocles*.

*

Los cuadrilleros de la Santa Hermandad casi nunca llegaban a tiempo para capturar a los malhechores, y los delitos quedaban impunes, como con tanta frecuencia sucede ahora, por desgracia.

Los cuadrilleros en su uniforme llevaban mangas verdes y coletos.

La gente, al querer decir que llegaban inoportunamente, cuando ya no hacían falta, solía decir: «¡A buena hora, mangas verdes!», y de ahí la costumbre, que ya es antigua.



El cantón de Valdeolivas.

Cuento que parece historia.

Era una mañana de agosto.

En la calle principal del pueblo se dejó oír un punto agudo de corneta seguido de un trompeteo incesante y desordenado, y su apocalíptico estruendo llenó de consternado asombro a los descuidados vecinos.

El toque de corneta era raro, pero nada más. Indicaba que había tropas en Valdeolivas, y eso estaba en lo posible, aunque casi nunca hubiese ocurrido. Pero el trompeteo subsiguiente era para volver loco, de puro asombro, al valdeoliveño más despreocupado.

Al son, harto conocido, de aquellas trompetas desfilaba cada año la abigarrada centuria de soldados romanos en los pasos de Semana Santa. Pero jamás se las había hecho resonar con otro motivo.

¿Qué era, pues, aquello? ¿Se habían vuelto locos los de la Junta? ¿Era una burla de los descreídos cantonales hacia las venerandas tradiciones del pueblo? ¿Habían trasladado al mes de agosto las fiestas de la Pasión?

La duda, en tan grave asunto, era peor mil veces que la muerte, y no hubo vecino que dejara de asomarse al balcón, ventana o puerta de su vivienda.

Por la calle abajó descendía, majestuosamente, una patrulla...

Las espaldas monárquicas o *unitarias* temblaron a su vista...

Pero no... no era una patrulla, ni una legión, ni un ejército.

«Ya viene el cortejo, ya viene el cortejo»;

así—con repetición y todo—hubiera dicho al verle Rubén Darío.

Y un cortejo era, efectivamente. Pero extraño, heterogéneo, multicolor; un cortejo de arco iris. Vedle desfilar.

Delante, armados de largas escopetas y truculentos sables, iban hasta unos veinte hombres, problemáticamente uniformados, que caminaban con solemne lentitud, guardando una como parodia de formación militar.

Constituían la Guardia Territorial Cantonal, cuyas rojas iniciales se destacaban en las chapas metálicas de los sombreros:

G. T. C.

Guarda Tu Casa—leían satíricamente los alfonsinos.

Seguían, sin concierto alguno, los cuatro o seis trompeteros que tal pánico habían promovido, llevando en medio al *corneta de órdenes*, que era, a la vez, pregonero del cantón.



Después... ¡ah!

Después iban a caballo los individuos de la Junta, y delante de todos, a seis pasos, el señor presidente.

Era el amo del cotarro, el mandarin incontratable, el árbitro de los destinos valdeoliveños desde cuatro años antes; el mismo, en fin, quien—aludiendo a su oficio de herrador—cataban en secreto los incorregibles alfonsinos:

«Dijo el señor presidente en la sesión de ayer tarde:

—Todo el que vote conmigo tiene herraduras de balde.»

Su porte respiraba orgullo; su gesto infundía pavor; su desnudo acero, como el del vizcaíno Cervantes, amenazaba al cielo, a la tierra y al abismo.

Pero había algo más notable; algo que eclipsaba la gallardía de los territoriales y hasta la majestad del presidente. Era esto: a derecha e izquierda de los junteros, dándoles escolta a la manera de la Guardia civil en las procesiones, iban cuatro seres extraños. En su aparente forma eran mujeres; en el concepto de los cantonales, heroínas de la libertad, y tales como en realidad resultaban, marimachos repugnantes y ridículos antes

Llevaban el pelo tendido y sable a la cintura. Los trajes sólo se parecían en lo chillones y extravagantes; pero todas iban cargadas de lazos y perifollos como los corderos de rifa.

Ridiculeces semejantes han hecho que los extranjeros falseen siempre nuestra historia. Con parecida indumentaria ha vestido un escritor francés a las inmortales Agustina de Aragón y condesa de Bureta. ¡Qué sacrilegio! Más fundamentalmente podría yo compararlas con la famosa Theroigne de Mericourt... y no lo hago.

Pero acabemos el desfile.

Cerraban la marcha, en columna de *barullo*, los antiguos voluntarios republicanos, que, aunque ya no eran mas que cantonales a secas, creían muy del caso lucir los gorros colorados y sus fusiles de reglamento.

En el centro de la calle hizo alto la columna. (Sea columna por esta vez.) Resonó la corneta, seguida del trompeteo correspondiente, y habló el pregonero:

«Habiendo llegado—a conocimiento de esta Junta—que la aldea de los Juncos,—lejos de reconocer su autoridad,—ha levantado—bandera cantonal—y rechazado hostilmente—a la fuerza pública,—encargada de recaudar—el impuesto de guerra,—ha decidido—que tan insensata rebelión—sea sofocada—por la fuerza—de las armas.

Siendo evidente—que la rebeldía—del citado pueblo—exige un castigo—ejemplar y pronto,—se invita—a los buenos patriotas—a unirse—a la expedición que inmediatamente—va a salir—con tal objeto,—en lo que prestarán—un servicio—eminente—a la República federal—y a la integridad—de este cantón.»

No será esta proclama un modelo en su género. Pero a bien que costó poco trabajo al presidente herrador.

de
señ
ntra
iveñ
n,
—ca
pe: de sus conciudadanos.

Impresa y todo se la había facilitado la Junta de Los Molinos (cabeza del distrito), cuando seis días antes se habían alzado contra ella los valdeoliveños, formando rancho aparte. Pero como aquéllos no habían cumplido su amenaza, se había creído intangible nuestro buen herrador y dedicado, en cuerpo y alma, a labrar la felicidad

Ya hemos visto con cuán bélico ardor tomó a su cargo los fueros de la justicia, velando por la integridad del cantón, amenazada por una chusma de traidores y ambiciosos. (Así calificaba a los juncareños más caracterizados; a los demás les llamaba, sencillamente, «ilusos».)

Marchó, pues, nuestro hombre al frente de su legión, dispuesto a resucitar contra los rebeldes las formidables justicias del Rey D. Pedro.

Y antes de ver el resultado de la expedición, se me ocurre enterar al que lea de cómo y cuándo llegó a Valdeolivas la infausta noticia de la rebelión juncareña.

*

Algo después de la puesta del sol, y un poco antes de anochecido, los contribuyentes más ri-

cos—y, por supuesto, no cantonalistas—del pueblo salían con las orejas gachas del domicilio de la Junta, adonde habían sido llamados con urgencia por el magnífico presidente.

Por vía de despedida y resumen, háblesle éste largado el siguiente suavísimo apercibimiento:

—La Junta que presido no ejercerá violencia en personas ni bienes. El que no quiera contribuir con su dinero a la salvación de la patria está libre de hacerlo, bien que él sólo será responsable de los *perjuicios* que le acarree su falta de civismo.

En la pausa que siguió a estos perjuicios subrayados cabía toda la guardia territorial repartiendo estacazos a diestro y siniestro. Después, añadió:

—No obstante, los malos ciudadanos que figuran en la siguiente relación pagarán las multas que en ella se dicen, por los motivos que se expresan:

Manuel Fernández, por no haber puesto colgaduras cuando la solemne proclamación del régimen cantonal.....	30.000 rs. vn
José Aguilera, por haber llamado con el apodo de <i>Tirapiés</i> al honrado alguacil de esta Junta.....	20.000 rs. vn.
La niña Isabel Gómez—y en su lugar su padre, Juan Gómez—, por cantar coplas alfonquinas, con escándalo del vecindario...	50.000 rs. vn.

Terminada la lista, en que, a falta de mayores delitos, aparecían duramente castigados cuantos epigramas, cantares, pullas y remoquetes se habían dicho o pensado en contra del intangible cantonalismo, los contribuyentes oyeron estas salvadoras palabras:

—Ahora, el que tenga algo que oponer puede hacer su reclamación, que será oída por la Junta y resuelta según proceda.

Siguió un silencio elocuentísimo que, o era confesión implícita de la justicia presidencial, o tácito recuerdo de las liendres cascadas por los manilargos territoriales.

Como quiera que fuese, los *pobres* ricos desfilaron hacia sus casas, y no hay noticia de que nadie les molestara en el camino.

Valga esto como elogio de la varsoviana paz que por la dulce ley del «garrotazo y tente tieso» se disfrutaba entonces en Valdeolivas.

—Ya habéis visto—dijo el herrador a sus compinches—qué pronto se saca dinero. Teniendo dinero se tiene de todo, y teniendo de todo...

—Se pasa la gran vida—adivinó en seguida uno de los junteros.

—No seas bruto. Teniendo de todo se salva la independencia del cantón.

—Ya hay para municiones y fusiles.

—Y para acabar la obra del camino nuevo.

—Y para comprar cañones, por si viene Pavia.

—¡Eh, poco a poco!—gritó el presidente—. Para todo eso hay que contar con el tributo de guerra. Esperemos a la Comisión, que ha ido a los

Juncos, y según lo que haya cobrado veremos el material que se puede adquirir. ¿Qué decís a esto?

—Que es usted el único para estas cosas.

—Que ha dado usted en el clavo, como siempre.

Esta alusión del clavo no sonó bien en los oídos del antiguo herrador, que fijó una mirada terrible en el desdichado panegirista. Por fortuna para éste, un colosal estrépito atrajo hacia la inmediata escalera de caracol las miradas de todos.

Con mucho arrastre de sable, chirrido de espuelas y cada zapatazo que amenazaba hundir los peldaños, se fué haciendo visible por palmos la atlética y larguísima figura del comandante de la Guardia cantonal.

Por el traje arlequinesco y los fornidos miembros, parecía un hércules de feria; por el horripilante aparato de sable, canana, pistolas y puñales que le colgaban de todas partes, un buhonero ambulante; por los largos bigotes, atezado rostro y mirada flameante, un Marte rural de los más temibles.

Nada de esto asustó a los junteros, que ya estaban acostumbrados. Lo que les produjo miedo y asombro a la vez fué ver la faz del guerrero cubierta por complicado vendaje que, tapándole un ojo y parte de la nariz, mostraba el resto de la fisonomía con un gesto mohíno y apesarado, semejante al de Don Quijote cuando salió ferido y maltrecho de las zarpas gatunas.

—¡Ira de Dios!—vino a decir el presidente con peores palabras.

—¿Qué es eso? ¿Qué ha pasado? ¿Cómo vienes así?

—¡Porque son unos traicioneros!... ¡Porque me han pescado de improviso!—mugió el gigante.

—¿Pero quién? ¿Cómo? ¿Dónde?

—¿Quién ha de ser? Los juncareños, que son más falsos que el alma de Judas. Cuando supieron a lo que íbamos se juntaron todos y... ¡ya ve usted!

Y bien que se veía. El consabido vendaje y el tiento con que palpaba sus doloridos huesos hablaban con elocuencia contundente de lo que su dignidad de jaquetón no le permitía decir.

—Pero ¿y D. Paco? ¿Cómo no viene D. Paco?

—¿Don Paco? Si a estas horas no le han dado el Santolío le faltará muy poco. Como es de la Junta, han cargado más la mano.

—¡Ah, ladrones!... ¡Ya me las pagarán!... Y entonces, ¿la recaudación?...

—¿Cómo quiere usted que se lo diga? Que no pagan un ochavo ni quieren oír hablar más de

Valdeolivas. Que ellos también tienen su cantón y son independientes, y que el que quiera algo, pase del arroyo de los Olmos para allá.

Y antes de que nadie se hubiera repuesto de asombro puso en manos del presidente un papel que sacó del bolsillo.

Decía así:

«No habiendo cumplido las Cortes españolas el compromiso de establecer en la nación los cantones federales, alguna región se acordado implanter por sí que aquélla sancionaron. A hacerlo, el vecino no pueblo de Valdeolivas ha cumplido un deber y ejercido un derecho. Mas como a la vez incorporado a sus territorios los de este Municipio, sin facultad alguna para ello, los que abaj firman, constituidos en Junta a nombre de estos vecinos, proclaman la institución e independencia del cantón de los Juncos, declarando desde ahora la guerra a cuantos pretendan poner trabas a la sagrada libertad de nuestro pueblo.

Dado en los Juncos, etc.»

El presidente no daba crédito a sus ojos. La solente rebeldía de aquel Estado en miniatura parecía criminal y ridícula a un tiempo. ¡Ah, hubiese tenido a mano, siquiera un minuto, la caja de los rayos!...

Además, otra cosa le preocupaba.

—Pero, señor, esos hombres se han vuelto



cos... Y el caso es que yo he visto este documento en alguna parte... ¡Secretario, secretario!

Acudió éste, y cuando vió el papel se quedó con los ojos muy abiertos y casi sin respiración. A fuerza de fuerzas articuló estas palabras:

—¡El mismo!... ¡Yo lo escribí!...

Y se quedó otra vez papando moscas, con los pelos de punta y los dedos engarabitados.

En efecto. La dichosa proclama era la misma que dos días antes habían repartido profusamente los valdeoliveños al proclamarse independientes. El nombre de los Molinos estaba cambiado por el de Valdeolivias, y éste por el de los Juncos.

¡La fuerza del ejemplo!

Parece lógico que este argumento de los juncareños, aderezado con la salsa de unos cuantos palos, debía curar a Valdeolivias de su afán por el mando. Pues nada menos que eso. Rugieron con santa indignación los patriotas, hicieron los aprestos formidables de que hemos dado cuenta y se dispusieron a ejecutar un escarmiento memorable en los temerarios insurgentes.

*

Salió la vengadora columna con el horrible estrépito de las desafinadas trompetas; quedaron llorando su viudez provisional las mujeres de los expedicionarios; diéronse albricias los no cantonalistas, libres, por aquel día, de patrióticos garrotazos; quedó atrás el pueblo, y entre una nube de polvo avanzó la cohorte por el camino de los Juncos.

Llegó hasta la mitad de la distancia... Nada de enemigos.

Siguió la marcha, retardóse más el paso, redobláronse las precauciones, y... nada todavía.

Así hasta el arroyo de los Olmos. Creció la expectación y un estremecimiento de alarma recorrió la columna. ¡Allí, emboscados en la Alameda!...

—Allí están—se oyó en la vanguardia, y la voz corrió velozmente hacia atrás—. «Allí están»—repitieron los otros—; «allí están»—oyó vagamente el caudillo.

Alto. Silencio general... Nada. «¿Quién vive?»,

y un punto de corneta. Siempre nada. Los otros como muertos.

—No hay nadie—dijo una voz; y fué repetida hasta sonar en los oídos presidenciales.

Si había alguien: una manada de cabras. Algunos pasos más, y ya están en la orilla misma del arroyo.

¿Que hubo quien quiso volver grupas? Nadie lo sabe. ¿Que hasta el mismo presidente sintió vacilar su vengativa resolución? No lo cuenta la historia. Miraba al agua y nada decía. Reflexionaba.

Aquel arroyo era el Rubicón del César valdeoliveño.

—*Alea jacta est*—debió pensar al fin, y pasó al otro lado.

La columna siguió con más confianza, y la jornada empezó a resultar graciosa.

De repente, los más avanzados se repliegan a escape. ¿Qué sucede? ¿Los juncareños? No. En lo que se ve del camino no hay un alma. Es allá, por la izquierda, por donde viene el peligro; por el camino de los Molinos... ¡Ah, los molineños!...

¿Creéis que retrocedió la columna?... ¿Que huyó a la desbandada? ¡Oh! Nada de eso. Los juncareños, con ser menos, les imponían respeto. Al fin y al cabo se defendían. Pero los otros, los de los Molinos, los que enviaban a los curiales y recaudadores que esquilaban el pueblo... A esos, ¡guerra a muerte!...

¡Aunque vinieran quinientos; aunque vinieran mill!...

Ya están todos en orden disperso. Los voluntarios, desparramados a la buena de Dios, con sus fusiles y sus gorros colorados; la guardia cantonal, como reserva escogida, formada en medio del camino; los trompeteros, junto al presidente, prontos a tocar ataque; las Amazonas, ya en primera línea, como hembras de pelo en pecho, ya al mando del albítar para curar heridos; ya, en fin, a disposición del mismo presidente como ayudantes de campo.

—Atención. Preparado todo el mundo. ¡Fuego con ellos!

Pero no. Falta el grito de guerra. Un voluntario se encarama en un olivo, tremóla en alto su



gorro colorado y grita con todos sus pulmones: «¡Cagarraches!»

—¡Cagarraches!—repiten a una voz los valdeoliveños, presidente inclusive.

Es la peor injuria, el mayor insulto para los relamidos molineños. Una descarga nutrida responde a esta provocación.

Los voluntarios disparan sus fusiles sin orden ni concierto... ¡Pum, pum!... Dos tiros sueltos. Otros cuantos por otro lado... ¡Prruum!... y al mismo tiempo avanzan de árbol en árbol, ágiles como ardillas, cautelosos como tigres, bravos como leones. La reserva sigue el avance, y a su frente, el herrador, transfigurado, soberbio, tranquilo, dando órdenes...

Uno de los territoriales tiembla como un azogado. Le increpa el presidente, y todos se ríen del miedoso. De pronto gira sobre los talones, gruñe, se tambalea y cae pesadamente. Le han volado los sesos. La sangre ha salpicado a los más próximos. Dejan de reirse, se miran y se asustan de verse tan horriblemente desencajados. El pavor gana las filas... Una amazona cambia de decoración. Mira con desprecio al caído... «¡Y tiene sangre!... ¡Según temblaba, creí que tenía azogue!»

Algunos se ríen; otros no tienen fuerza para tanto; pero todos se enderezan y marchan con resolución. Ya son hombres otra vez. Siguen lloviendo balas... De trecho en trecho se encuentra atasajado algún voluntario. Todos rugen al verle, pero siguen adelante. Ya *no hace* miedo; se ha visto lo más que puede suceder... El muerto queda atrás, y las municiones pasan a poder de los vivos.

Allá, muy lejos, resaltan otros gorros colorados. Son los primeros voluntarios, que avanzan siempre, saltando de árbol en árbol. Ya están en el quinto infierno. Cerca, muy cerca del enemigo. Hay que ayudarles.

—¡Paso de ataque!—ordena el presidente.

Las trompetas suenan discordes, desafinadas, bárbaras, pero con salvaje energía. No ya ataque; degüello, carnicería parece que pregonan. Y la gente, desalentada, enardecida, loca, corriendo, saltando, devorando la tierra...

De allá, de lo más lejano, viene un estampido pavoroso, que el eco prolonga sordamente. ¡Tormenta! ¡Un trueno!... No. ¿Y aquel humo?... ¡Es un cañonazo! ¡Los molineños tienen cañones!... ¡Cómo!... ¿De dónde?... ¡Ah, pero huyen a pesar

de todo... Van hacia atrás... Y ahora se detienen... ¡Puúm!, otro cañonazo... Ahora es cuando huyen de veras. Por la derecha, por la derecha van como demonios... No. Ahora escapan aquellos por la izquierda... ¡Abandonan la artillería!... ¡Ahora, ahora a ellos!... ¡A coger los cañones!

Esta última orden del presidente espolea a la masa, y en un santiamén están todos en lo alto de la loma.

—Pero ¿qué es esto? ¿Desde dónde tiran ahora?... ¡Ah, por allá abajo; tiros, cañonazos y mucha gente!... ¡Pero esto no puede ser!

—¡Ahora son ellos los que atacan! ¡Duro, hijos, duro con ellos!... Pero ¿de dónde sale tanta gente?

Sonó un ataque vigoroso, marcial, de verdaderas cornetas. Una masa compacta de hombres subía impetuosamente el repecho.

—¡Ah, las cornetas!... ¡Banderas, uniformes!... ¡Las tropas del Gobierno, los soldados de la República!... ¡En retirada, en retirada!

Ya era tarde. Por la derecha, por la izquierda, por todas partes asomaban tropas y más tropas. Ya no tiraban; entre los jirones de la humareda flotaba una bandera blanca. Aguardaron pasivamente los cantonales. El presidente, sombrío y rabioso, oprimía convulsivamente el sable, ya inútil.

Hizo la tropa alto, y avanzó un jefe, seguido de dos oficiales.

—¿Qué gente es ésta?—preguntó al llegar con aire sorprendido.

—El pueblo de Valdeolivas—repuso conciso y arrogante el herrador.

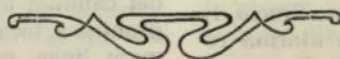
Picó espuelas el militar y puso su caballo junto al del presidente. Sintióse éste abrazar y oyó que el jefe le decía:

—Gracias. Abrazo en usted a un pueblo leal y patriota. Con su ayuda eficaz hemos escarmentado a los rebeldes. El Gobierno de la República sabrá recompensar su patriotismo.

El herrador, que era listo como un diablo, se comió la partida y recibió la felicitación con aire modesto.

A las pocas horas todo se había puesto en claro. El servicio que por carambola había prestado a la unidad nacional libró al presidente de ser fusilado; pero su ostentosa dictadura pasó a la Historia, juntamente con la efímera independencia del cantón de Valdeolivas.

Juan de Castro.



UNA AMAZONA DE ANTAÑO



Entre las mujeres esforzadas que ciñeron coraza y blandieron espada, en la época de la reconquista, destaca la tradición la figura de María Pérez, que mereció el título de Varona de Castilla. Esta mujer fué capitana insigne al frente de las mesnadas que supieron tomar el castillo de Dueñas y apoderarse de las villas de Magaz y Torquemada y realizó hechos diversos que la valieron ser considerada—a pesar de su condición femenil—como el primero de los caballeros de su tiempo; pero lo que la dió fama inmortal e hizo que la leyenda buscara para ella sus romances y sus galas fué la contienda que se dice tuvo con el Rey Alfonso I el Batallador.

He aquí cómo la tradición refiere el curioso suceso:

«El Rey de Aragón, D. Alfonso el Batallador, estaba en guerra con D. Alonso el de Castilla, hijo de su esposa, la célebre doña Urraca. En los llanos de Atienza habían peleado los dos ejércitos, y a la sazón aprovechaban las sombras de la noche para descansar en sus campamentos.

En un ángulo del de los castellanos, un tanto apartado de las tiendas, hace centinela un guerrero de gallarda apostura, jinete en soberbio bridón, cubierto el rostro por la visera del casco, en cuya cimera ondea, en vez de plumas, un velo blanco.

De pronto, en medio del silencio de la noche, óyese cerca el paso de un caballo, y un rayo de luna, asomando un instante entre densos nubarrones, ilumina la armadura de un caballero que acaba de salir de una arboleda y se acerca al

campo. El centinela avanza hacia él y le grita:

—¡Alto el jinete, y rinda las armas!

—Rendíos vos, que no yo—replica el otro—, y seguidme como prisionero, que ya que hasta aquí llegué, he de conducirlos a mi campo vivo.

—Altivo sois por cierto, aragonés; pero las armas, y no las palabras, decidirán la cuestión. Defendeos.

Y así diciéndo, el guerrero castellano arremete al arrogante desconocido. Pronto vuelan las lanzas en mil astillas, y ligeros como gamos, ambos adversarios continúan peleando con las espadas. La del centinela alcanza de pronto al aragonés; pero se parte sobre su armadura sin herirle; el golpe, sin embargo, es tan formidable, que el intruso vacila, da dos pasos atrás y exclama:

—Baja ese acero, soldado, y dime si eres noble para poder rendirme a ti.

—Tan noble soy como vos—responde el centinela—; mi linaje es godo y en mi sangre no hay mancha. Dadme, pues, vuestra espada.

—Mirad bien a quién se la pedís—dijo el aragonés con orgullo, alzándose la visera.

El atrevido caballero era Alfonso el Batallador. Al reconocerle el centinela hincóse de rodillas, pidiéndole perdón por no haberse rendido a él y añadiendo: «Cefiós, señor, la espada, que la palabra de un Rey es prenda suficiente.»

Comenzaba a amanecer, y atraídos por el ruido de la contienda se acercaban algunos caballeros castellanos. ¡Júzguese cuál sería la turbación del Monarca aragonés cuando vió a dos de éstos

acercarse a su vencedor dándole el nombre de María y titulándole su hermana! Ser derrotado por una mujer era el mayor de los disgustos para un Rey guerrero, y sin duda hubiese dado rienda suelta a su desesperación a no llegar entonces aviso del Rey de Castilla, que, sabedor del sudeseo, quería honrar a Alfonso I de Aragón como huésped de su campamento.

En efecto; momentos después hallábanse en la tienda real el Batallador, su vencedora y los que se titulaban sus hermanos. Quiso el Rey de Castilla convencerse de que era mujer el que siempre había tenido por uno de sus paladines más jóvenes, y la guerrera se quitó el yelmo, descubriendo su rostro de doncella. De sus labios supieron ambos Soberanos que se llamaba doña María Pérez; que desde niña había vivido en el castillo de Villanañe, ejercitándose con sus hermanos Gómez y Alvar en la caza y la equitación, y que, al tener que ir éstos a la guerra, llevada

de su amor fraternal y de su ánimo esforzado, había preferido seguirlos antes que quedar sola en el castillo.

Oída esta historia, el Rey de Aragón quitóse un anillo en que traía sus armas, y habiéndolo entregado al de Castilla, éste, a su vez, se lo dio a doña María, diciéndole:

—Tomad estas barras, que de hoy más traeréis vos y vuestros descendientes ladeadas, porque las ganasteis derribando las armas aragonesas; y como en vuestros hechos sois más varón que hembra, desde hoy os llamaréis Varona, y Varonas serán los de vuestro linaje.

Y la Varona, llevando con orgullo su nuevo apellido, luchó durante nueve años, hasta que, caídos sus hermanos en el campo de batalla, resolvió abandonar la vida aventurera para casarse, como lo hizo, con el Infante D. Vela, hijo del Rey de Navarra, del que fué compañera virtuosa y ejemplar.»

CURIOSIDADES

El edificio parlamentario más hermoso del mundo es, indudablemente, el Capitolio de Washington. Es un edificio de gran tamaño y cuya principal belleza consiste en los pórticos y en las columnas. El Capitolio se levanta en una eminencia, en el centro de un campo de cien hectáreas de extensión perfectamente cultivado. Se compone de una construcción central rematada por una cúpula y tiene dos alas, una de las cuales es para los diputados y la otra para los senadores. El edificio central es de piedra, las salas son de mármol y la cúpula de hierro. El frontón principal está embellecido por un magnífico pórtico de diez y ocho columnas de 10 metros de altura. El coste total del edificio fué de 13 millones de dólares. Además de las dos Cámaras, el Capitolio está ocupado por el Tribunal Supremo de los

Estados Unidos y por la Biblioteca del Congreso.

*

Entre las espadas de gran valor intrínseco es la más importante una perteneciente al Gaikovar de Baroda, en la India inglesa. La empuñadura y el tahalí están adornados con piedras preciosas, en particular brillantes, rubíes y jesmardas, calculándose su valor en 6.600.000 pesetas. El Cha de Persia posee un sable valorado en 300.000 pesetas, heredado de su padre, quien lo usó durante su primer viaje a Europa. Los Rajas de la India y el Emperador de Turquía tienen también espadas que valen un dineral, y también el Zar de Rusia contaba en su tesoro con una espada de enorme valor, que, como es natural, ha desaparecido.





LA GUERRA DESDE EL AIRE



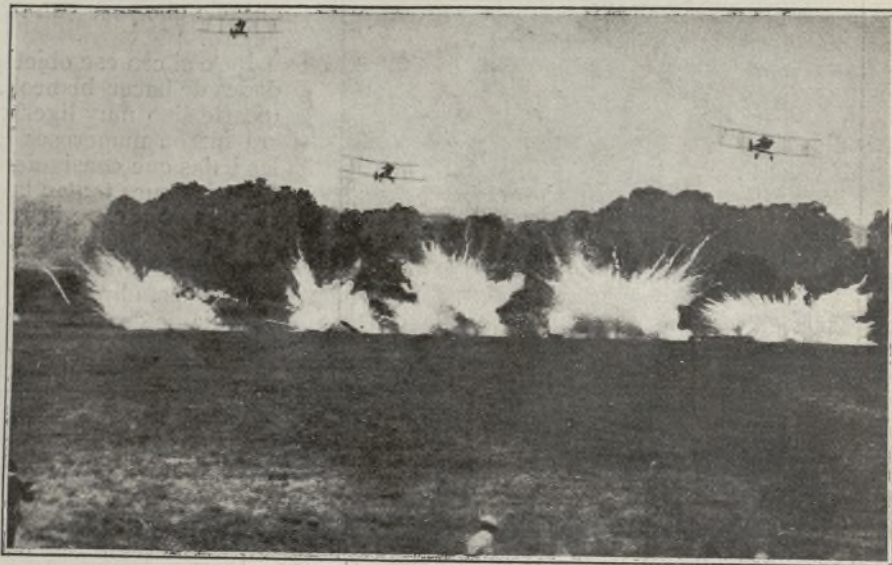
El aeroplano en la guerra.

Previendo la forma que había de revestir la guerra, Wells, el gran novelista inglés, escribía no hace mucho tiempo que solamente flotas aéreas compuestas de gran número de aviones podrían poner fin a una guerra cuya táctica de frentes lineales (guerra de estacionamiento y trincheras) corría el peligro de no encontrar salida decisiva.

Es indudable que la gran superioridad adquirida en los dominios de la aviación hace del aeroplano un aparato de una importancia capital. No solamente es el avión el ojo de una artillería que combate a considerables distancias, sino que es más eficaz que la más potente de las baterías, puesto que puede llevar la muerte, el pánico y la destrucción a cientos de kilómetros, en las líneas enemigas, allí donde los proyectiles de artillería no conseguirían llegar.

Al principio de la guerra sobre todo, puede con-

seguir el avión efectos decisivos. Apenas se haya tenido noticias de la ruptura diplomática, nubes de aeroplanos, avisados por la telegrafía sin hilos, pueden emprender el vuelo e ir sobre el terri-



Los aeroplanos, entre sus procedimientos de combate, tienen el de bombardear con potentes explosivos las trincheras u obras de fortificación.

torio enemigo a bombardear los cruces de las líneas férreas, los cuarteles, las obras de arte y las ciudades lejanas; ciudades industriales y ciudades donde esté constituido el Gobierno.

La defensa antiaérea deberá, por su parte, disponer de numerosos aviones de los llamados de caza, que deben hacer en lo alto, en las nubes, el papel de centinelas vigilantes que busquen al enemigo y se hallen firmemente dispuestos a combatirlo. Pero este trabajo será fatigoso y formidable, pues se hace preciso dividir el cielo en sectores, donde se estacionen durante horas y horas verdaderos ejércitos de aviadores; esto será de una relativa eficacia, puesto que habrá que oponer a cada escuadrilla un número tal de aparatos que fuese capaz de hacer la lucha lo menos insegura posible. Y hay que contar, además, con los *raids* nocturnos, contra los cuales, en el estado actual por lo menos, el avión de caza no tiene gran utilidad.

La defensa antiaérea, por consiguiente, tiene que buscar la ayuda que pueda prestarle la artillería especial, que, nacida y ejercitada durante la pasada guerra, debe merecer aún la atención de los ingenieros y el particular entrenamiento de los artilleros.

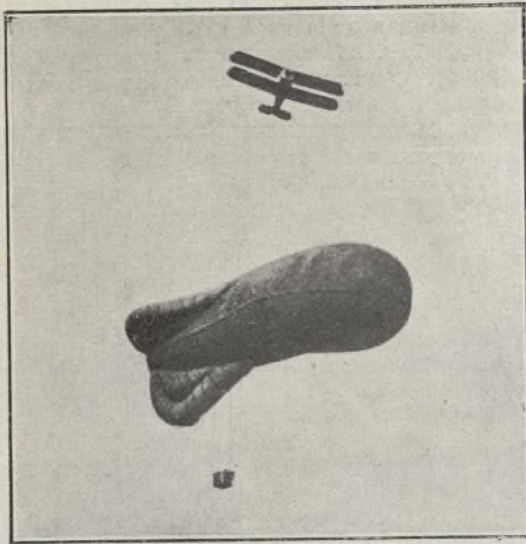
Los servicios de defensa contra aeroplanos (D. C. A.) llegaron a ser muy importantes en los últimos tiempos de hostilidades.



para que no puedan ser perseguidos por las baterías de tierra poseen bombas fumíferas, que producen nubes que ocultan su silueta.

**El tiro contra los aviones
:: necesita especialistas. ::**

Al frente de las diferentes partes de este organismo colocaron los beligerantes, muy cuerdamente, a meritisimos matemáticos. Llegó a existir una escuela que for-



El aeroplano, para destruir a los globos que hacen la observación toma altura sobre ellos...

maba especialistas de tiro contra aviones, donde les enseñaban los métodos complicados, que una vez más justifican el carácter eminentemente científico de la pasada guerra.

Trataron, en primer lugar, de buscar cuál era el aparato de que mejor podían usar para alcanzar a los aeroplanos, y fué elegido el cañón del 75, por la rapidez de su maniobra y la precisión de su tiro, que le hizo el más conveniente al efecto.

Como vehículo donde debía ser montado el cañón de 75 se eligió el automóvil. El número de autocañones empleados para el tiro contra aviones fué muy grande durante la guerra pasada. Es que hay que convenir que dieron bastante mejores resultados que las baterías llamadas medio fijas, por estar montadas sobre plataforma.

Además, el peso de la pieza y de sus accesorios no parece ser, como tampoco el stock de municiones, un obstáculo para su rápido transporte en automóvil. Motores poderosos y chasis resistentes permiten a estos vehículos una velocidad de 50 kilómetros por hora en carretera y le dan la posibilidad de conseguir, en pleno campo, el lugar que conviene para su emplazamiento en batería.

Cómo ha de ser el proyectil que bata los aviones.

El proyectil capaz de dar el máximo de rendimiento en el tiro contra aviones ha sido objeto de numerosas pesquisas. La dificultad del tiro estriba, como puede suponerse, en la poca vulnerabilidad del aparato que se quiere dejar fuera de combate. Resulta que si el aviador, el motor o la hélice no son gravemente alcanzados, el aparato tiene mu-

chas probabilidades de poder continuar su marcha, cualquiera que haya sido el deterioro causado por un tiro afortunado en el fuselaje o en las alas.

La dificultad tan grande que existe de hacer blanco hizo abandonar el empleo de proyectiles que estallasen al choque. Los proyectiles incendiarios sólo tienen utilidad cuando se trata de atacar a dirigibles. Queda sólo para emplear la granada de metralla, que con sus balines, dispersa en un círculo de 200 metros de diámetro, tiene una eficacia que posee un tiro de perdigones contra pájaro.

Pero si con ese objetivo se tienen más posibilidades de hacer blanco, se corre el peligro de tocarle sino muy ligeramente. En la pasada guerra fueron numerosos los aparatos cribados por las balas que consiguieron llegar a los hangares. Los alemanes tenían la costumbre de tirar al mismo tiempo proyectiles de percusión y de metralla en una proporción de uno de aquéllos por cuatro de éstos.

Además, el proyectil de percusión tiene la ventaja de que si no da en su blanco—lo que sucede con mucha frecuencia—, al caer al suelo hiere a los propios soldados. Claro está que si la trayectoria va dirigida hacia el campo enemigo, el proyectil, que ha sido inútil en el aire, puede tener eficacia al llegar al suelo y estallar.

Lo mismo sucede con la granada de metralla



... para dejar caer una bomba incendiaria que, prendiendo en la envuelta del globo, produce la explosión de los gases.

Resulta que las balas caen como lluvia sobre soldados que las disparan. El hecho es imposible de evitar, y por eso se ordenó en el transcurso



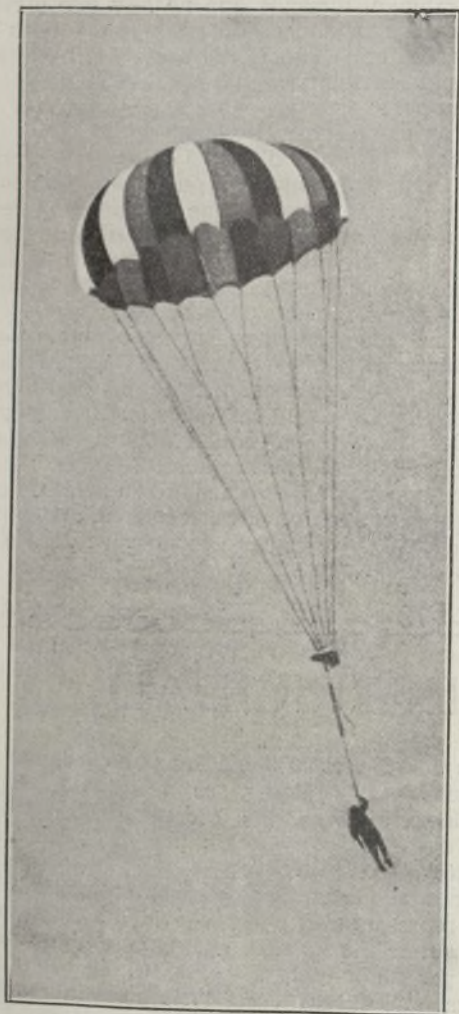
la guerra a los soldados que durante este fuego se ocultasen en las trincheras para ponerse al abrigo de los tiros aéreos. Muy frecuentemente una curiosidad temeraria ha sido causa de muertes estúpidamente inútiles.

Los alemanes emplearon proyectiles explosivos, persuadidos de que si sus enemigos no eran alcanzados, su explosión no dejaría de impresionar a los que montaban los aeroplanos. Esta táctica era familiar a los alemanes, que durante la última guerra hicieron gran caso de esa fuerza psicológica que se llama el terror.

La caza en el aire. :-: Las dificultades del tiro contra aviones son tales, que se ha podido decir que era ilusoria la menor esperanza de tocar los aparatos enemigos y que sólo



... con los cuales se lanzan valientemente al espacio, mientras el globo cae reducido a pavesas.



Para evitar el peligro de la explosión, los ocupantes de los globos cautivos poseen paracaídas...

Los aviones maniobran siempre por grupos; por lo menos, dos a dos. Si llega un aparato enemigo, el primer avión tiene que iniciar la lucha; el otro, que se halla detrás, a una distancia de 200 metros y 200 metros más elevado, debe vigilar sobre la zona del combate sin tomar parte activa en la pelea. Sin embargo, si llega otro adversario lo ataca y trata de hacerlo retroceder. Naturalmente, si su compañero queda derrotado, no insiste y vuelve a sus líneas con toda rapidez. Con frecuencia la maniobra presenta mayor amplitud. Los aviones vuelan por grupos, protegiéndose mutuamente. Si encuentran un avión enemigo aislado, lo rodean rápidamente, y no puede hallar salvación sino mediante la velocidad de su vuelo.

Cómo se organiza el tiro contra los aviones. :-: :-: A decir verdad, esos obstáculos son numerosos y considerables. El blanco a que apunta el mando de una batería anti-aérea se encuentra a cierta distancia y a cierta

podían ser éstos combatidos por los aparatos de caza. El combate en el aire tiene lugar en la forma siguiente:

altura en una determinada dirección, y además está animado de una velocidad no determinada. Figúrese el lector los cálculos que hay que efectuar para dar alguna precisión al tiro. No será posible conseguir nada útil si no es con la ayuda de colaboradores que, provistos de aparatos, proporcionen en un plazo muy corto las correcciones necesarias para reglar la dirección del tiro.

Este tiro se hace ordinariamente disparando una ráfaga de proyectiles, después de los cuales se detiene el fuego para proceder a las pertinentes correcciones. Es fácil comprobar si los proyectiles están muy a la derecha o muy a la izquierda, pero no lo es tanto el ver si los tiros llegan a altura conveniente, y, sobre todo, apreciar si les falta o les sobra.

Entonces interviene un observador que, colocado lateralmente a algunos kilómetros de distancia, puede medir fácilmente el error de altura de cada tiro, y transmite por teléfono su observación al comandante de la batería, que se apresura a hacer las correcciones necesarias para el nuevo tiro.

Estas correcciones exigen, con frecuencia, ser repetidas gran número de veces, porque los aviadores enemigos modifican sin cesar la altura de su vuelo con el solo objeto de hacer perder tiempo en rectificaciones a la batería que les riega con sus proyectiles.

Para llevar al tiro correcciones útiles se ha imaginado encuadrar al avión enemigo por medio de cuatro proyectiles que estallan, delimitando el campo de cielo donde se encuentra el aparato.

El acecho es lo único que conviene para esta caza, y consiste en mantenerse cuidadosamente oculto detrás de algún matorral o repliegue de terreno y espiar al enemigo pájaro.

El papel de vigilante debe darse a hombres que hayan adquirido y demostrado gran claridad visual y sorprendentes cualidades auditivas. Se han dado casos de hombres especializados de tal manera, que consiguieron descubrir al avión a más

de 10 kilómetros, y a esta distancia hacer el diagnóstico de su nacionalidad y de su modelo.

Para organizar la defensa contra los aviones es necesario que en tiempo de paz se constituya una completa red de baterías medio fijas que formen como círculos defensivos, en los que la escuadrilla enemiga deba afrontar sucesivos impedimentos. Eso es mucho más necesario que un recinto fortificado alrededor de una plaza fuerte.

Es preciso también que haya baterías dirigidas contra el cielo alrededor de las grandes estaciones de desembarco, puntos de concentración y de importantes aglomeraciones.

Estas baterías pueden ser organizadas con ayuda de globos cautivos, redes, o bien, como la que los alemanes realizaron en Brujas, con cometas portadoras de cables de alta tensión para electrocutar al que se pudiese en contacto con ellos.

En resumen, diremos que no hay que olvidar la capital importancia que pueden tener las luchas aéreas en la guerra del porvenir. Los aviones, asegurados del dominio del aire, contribuirán en gran parte para la victoria decisiva. La presencia de explosivos, el veneno de los gases que derramen, las ametralladoras de que vayan provistos, sembrarán hasta tal punto la confusión en el campo del adversario, que éste perderá desde los primeros momentos de las hostilidades gran número de esperanzas de éxito, si se encuentra impedido de oponerse eficazmente contra el ataque de las escuadrillas del aire.

Hay que tener en cuenta la importancia de los elementos que la última guerra ha acumulado a favor del avión: proyectiles de altos explosivos, que arrasan las líneas fortificadas y las ciudades; proyectiles fumíferos para escapar la vista de las baterías de tierra, etc.

Los aviones forman ya una nueva arma de combate que hay que poseer perfeccionada para combatir con ella, y conocer a fondo para defenderse de sus ataques.

EDISON Y LA ELECTRICIDAD

Según afirma el gran sabio norteamericano, el gran secreto de la electricidad consiste en poder obtener directamente ese fluido del carbón de piedra. Dice que es un hecho demostrado que con el procedimiento que hoy se sigue para obtener electricidad en vasta escala, o sea por el intermedio de la máquina de vapor, sólo aprovechamos un 15 por 100 de la energía del combustible quemado; el 85 por 100 restante se va por la chimenea. Es, pues, necesario hallar un procedimiento cualquiera que permita cambiar los términos del problema; esto es, un provecho del 85 por 100 de la energía acumulada en el carbón, con desperdicio del 15 por 100 que resta.

Hallada la clave del secreto se producirá una verdadera revolución industrial. En vez de sacar de la tierra la hulla para acarrearla a miles y

miles de kilómetros hasta los puntos donde se alimentan las calderas, se montarían fábricas de electricidad en las bocaminas, transmitiéndose desde allí la energía por medio de cables al sitio donde convenga.

Serán enormes las ventajas económicas que esto representará; pues es evidente que hallar de resultar mucho más rápido y más barato enviar por un sencillo alambre 100.000 caballos fuerza, que cargar y conducir su equivalente combustible a través de una línea férrea.

Otra consecuencia inmediata será que tendremos la luz eléctrica muchísimo más barata que lo está actualmente. Y en cuanto a la tracción en los ferrocarriles, desaparecerá en absoluto la vieja máquina de vapor para dejar el puesto a la máquina eléctrica.



Cartas de un soldado

Tanto tardan en llegar estas cartas a tus manos, apreciable Perico, que seguramente algunas de las noticias que te endoso como nuevas e interesantes serán por ti sabidas, y quizá de puro sabidas, olvidadas ya. Sin embargo, seguiré sirviéndotelas con la condición de que me protestes las que no te sirvan.

Hoy se susurra que cambiamos de ministro de la Guerra. Algo le debe pasar al buen vizconde de Eza, que no parece tan contento ni tan dispuesto como en los primeros días de su mando. Lo cierto es que ha habido unas conferencias entre él y el presidente del Consejo, a las que ha sido invitado el general Marina. Los que esto mienten aseguran que el bravo general mostraba la especial preocupación del que se siente amagado por la responsabilidad del Poder. ¿Se marchará el vizconde? ¿No se marchará? ¿Es que no está contento entre nosotros, o es que se figura que nosotros no estamos contentos con él?...

Ya sabrás que en el territorio de Melilla ha terminado felizmente la primera parte de las operaciones planteadas. Poco a poco, el territorio de Marruecos que cae dentro de nuestra zona de influencia va siendo conquistado y pacificado. Las harcas rebeldes se alejan y disminuyen, y cada vez son más poderosas las harcas amigas. Es indudablemente esta una labor admirable de nuestros compañeros; y ya que hablamos de tal asunto, te diré quizá fuera conveniente pensar algo serio acerca de las recompensas. No solamente no se formula propuesta ninguna, sino que, por lo visto, se han olvidado de que los heridos, según las disposiciones del último reglamento, debían percibir ciertas indemnizaciones para atender a su curación... No hay derecho..., según diría un castizo que tú conoces. No hay derecho..., y hay que pensar algo acerca de esto.

Volvieron de Amberes nuestros equipos de tiradores. Los he visto mustios y cariacontecidos, aunque satisfechos de haber cumplido con su deber. En este asunto hemos pecado un poco de pobreza y de falta de precisión. Los tiradores españoles han tenido que luchar con equipos como los americanos, a quienes para facilitarles el cometido se les había puesto a su disposición barcos, automóviles, mil comodidades y en el bolsillo 10.000 dólares... ¡Así se puede tirar bien!

Los sindicalistas siguen haciendo de las suyas. Tienen el argumento irresistible de la pistola, sin que a ese argumento sepan oponer las autoridades ninguno eficaz. Por cierto que cabe preguntar cómo se permite esa venta clandestina de pistolas, que de tal manera ha armado a los enemigos del orden. La marca de la pistola que usan es conocida; el industrial que las fabrica, también. ¿Es que no tiene responsabilidad ese señor que cuenta tranquilamente las talegas que le ha producido el negocio, mientras los ciudadanos mueren asesinados en las calles?

Al cerrar esta carta llegan las noticias del crimen cometido en Zaragoza. Un arquitecto, un ingeniero y un ayudante han caído esta vez bajo el plomo sindicalista. Ello ha servido para que la ciudad aragonesa reaccione y se apreste a la batalla. No hay más remedio. La sociedad se halla en trance de sucumbir y tiene que defenderse. Con ella y con el obrero honrado, que puede tener ansias de mejora, pero nunca puede ser criminal, se halla siempre

JUAN SOLDADO

EL EQUIPO DE TIRADORES ESPAÑOLES

En Amberes iba a tener lugar la VII Olimpiada y era indispensable que a ella concurriésemos equipos de tiradores de armas de fuego largas y cortas.

Comprendíamos que era un contrasentido tomar parte en un certamen, que trae un origen de tantos siglos, con fusiles Máuser, Martini y pistolas de *sport*; pero en el programa repartido por las cinco partes del mundo lo expresaba de modo que no cabía duda.

El templo a Júpiter se convertía en polígono de tiro y el «Tiro Nacional de España» debía decir: «Aquí estoy.»

Como es costumbre en nuestra patria, que siempre *nos sorprende la noche asando maíz*, lo que requería una preparación de dos años se hizo de prisa y corriendo, atropelladamente, en siete semanas.

Falto el «Tiro Nacional» de los recursos necesarios para llenar su alta misión, se desistió en un principio; pero un aviso del señor duque de las Torres nos puso a todos en movimiento febril, al correrse la voz de

—¡¡Que vamos a Amberes!!!...

La Junta Central nombró una Comisión con poderes amplios. El telégrafo sustituyó al correo en todas sus fases. El telefonema ocupó el lugar del oficio.

Telegramas a Suiza pidiendo armas de concurso; a Oviedo se pidieron fusiles con mínimas tolerancias, cuando no había tiempo ni para hacer la herramienta. Lo mismo pasó con la cartuchería pedida a Sevilla.

Como en España se entiende tan poco del varonil deporte del tiro, son poquitas las personas que no

ignoran que el fusil corriente y la munición de uso militar son excelentes para la guerra; pero en el concurso internacional vamos en condiciones de gran inferioridad, porque Suiza, Francia, Bélgica, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, la Argentina, el Japón, y no recuerdo qué otros países más, hacen el fusil y municiones reglamentarios para concursos, con tal cuidado en tolerancias, temple y afinamientos,

que el tirador curtido sabe a los cuatro disparos lo que tiene entre las manos.

Además, en España no hay donde seleccionar, por lo mismo que se conoce poco el tiro, porque no se preocupan los Gobiernos de *bagatelas de puro juego*.

Mientras Suiza, con la séptima parte de habitantes que España, gasta

2.000.000 de

francos oro al año en «Tiro Federal», España tiene

80.000 pesetas para las 50 provincias.

Suiza gasta en tiro 60 céntimos por año y habitante; España gasta en tiro nacional ¡¡tres milésimas de peseta!!! Así resulta que para seleccionar un equipo de siete, entre la esencia del espíritu, del extracto de la nata y flor de los tiradores, o sea los que por su destreza se colocaron en primera línea, tiene Francia unos 80.000, Suiza 120.000 y España dos docenas donde elegir.

En el tiro militar, tan *diana* es un balazo en la clavícula como en un tobillo. En el tiro de concurso la proximidad del *impacto* al centro geométrico del blanco se aquilata por décimas de milímetro, y consiste así, aun cuando lo dicho sea, para la inmensa ma



Equipo de tiradores que, presididos por el general Suárez Inclán, marcharon a Amberes para contender en representación del Tiro Nacional de España.

yoría de los españoles, como dar magras a un jilguero.

Se telegrafió a las provincias para que enviasen a sus mejores tiradores a unas tiradas eliminatorias; 120 balas en tres posiciones a fusil, 90 balas a pistola. Los equipos los forman tiradores de residencia en Madrid, dos de Asturias, uno de Santander, uno de San Fernando, uno de Jaén, uno de Barcelona, uno de Cádiz y uno de Leganés.

Sin duda, no hubo tiempo para que acudieran de Baleares, Canarias y Africa.

En el polígono de la Moncloa, en una atmósfera de pólvora piroxilada, flotaba en fantásticos caracteres:

«Amberes.»

El tiroteo comenzaba a las nueve de la mañana y

terminaba cerca de las ocho de la noche. El organismo se rendía, las fuerzas se agotaban; pero se cobraban nuevos bríos, pensando en que era España quien iba a Amberes a noble y pacífica lucha con las cinco partes del mundo.

Recibo un telegrama de la frontera que dice:

«Port-Bou, 10. Armas tránsito Suiza y Francia. Sin novedad. Detenidos Port-Bou por falta orden entrada.»

Los comentarios a que esto se presta son bien tristes. Los cajones que encierran las armas traen en las tapas esta rotulación en letra gruesa:

«España.—Excmo. Sr. Presidente del «Tiro Nacional».—Madrid.—(Contenido: Armas de concurso.)»

Hacia cinco días que se habían dado los pasos para que la policía fronteriza dejase vía libre. Urgía la llegada. Había que ensayarse con esas armas, desconocidas para más de la mitad del equipo...

Faltó tiempo para recibir estas armas y los tiradores no pudieron conocerlas. Faltó tiempo para hacer cañones de fusil y nos dieron los que había hechos. Faltó tiempo para hacer cartuchos apropiados

para concurso y hubo que tomar lo que había en almacén, los corrientes. Faltó tiempo para hacer alza finas con *deriva* y nos quedamos sin ellas.

Los equipos extranjeros llevaban meses en no interrumpido entrenamiento, familiarizados con todos estos elementos de que nosotros carecíamos y casi desconocíamos.

Una alta personalidad nos decía extrañado:

—¿Para qué necesitan ustedes entrenarse? El tirar es como el nadar: una vez aprendido no se debe olvidar nunca.

¡¡¡ !!!

En Gobernación se niegan a dejar pasar la frontera a las armas de concurso mientras no reciban oficio del ministerio de la Guerra pidiendo «vía libre».

En la fábrica de tiro el trabajo no cesa. Bonilla hace apuntaciones con su pluma estilográfica. Yo apunto con lápiz-tinta. Calvet y Bento apuntan con Máuser. Se van elevando las puntuaciones.

El equipo es heterogéneo. Un comerciante, un industrial, un oficial de Artillería, un marino de guerra y siete jefes y oficiales de Infantería.

Los *formidables* Castro, Micó y Ortega no pueden asistir por oponer la salud y los intereses particulares.

Una noche que del polígono salíamos un grupo de cuatro tiradores, en la plataforma de un tranvía me interrogó un amigo, dando al cobrador una moneda de plata:

—¿A dónde quiere usted ir?

Y obsesionado en la idea de todos, respondí sin darme cuenta:

—A Amberes.

A. Vázquez de Aldama.

Polígono de la Moncloa, julio de 1920.

(Se continuará.)



La galería de tiro de la Moncloa durante las pruebas eliminatorias, en las que tomaron parte los mejores tiradores de cada región.

XEXAUEN



Vista de Xexauen y su campo, tomada por nuestros aviadores militares durante un vuelo de reconocimiento sobre la ciudad santa.

Las operaciones de nuestro Ejército en Marruecos van realizándose con acierto y tacto para asegurar, poco a poco, el completo dominio de la zona del protectorado español. Ocupado Tafersit, ahora se vuelven las miradas hacia Xexauen, la ciudad santa del marroquí, la desconocida, la de historias fantásticas, la que aun conserva la pureza de sus costumbres, la que todavía no ha recibido la influencia civilizadora, de Europa. Xexauen está situada en la fuerte cabila del Jomás, enclavada en una alta montaña de 800 metros aproximadamente, y bordeada por las aguas del río Xexauen, que más adelante toma el nombre de Lucus.

La población, como todas las de Marruecos, está formada por una mezcla de habitantes, y según las versiones más autorizadas, la componen unos 8.000, de los que un millar son hebreos. Los moros que la habitan son, en su mayoría, del Rif, del Gomara y del Jomás. El aspecto es bonito y limpio, y con la particularidad de que todas las casas tienen las techumbres a dos aguas, para defenderse de las grandes nevadas que caen durante el invierno, porque las azoteas de las casas moras no reúnen condiciones para soportarlas.

El patrón de la ciudad montañesa es Muley Ali Berrachid, santo venerado por sus milagros

y por la gran fe que en él tienen los yebalales de aquellos alrededores.

La mezquita destaca sobre las 15 restantes por su lujosa construcción.

Coronando la ciudad se alza majestuosa una antigua alcazaba, de época portuguesa, y dentro del recinto varios cuarteles de la misma época sobresaliendo uno, que aun conserva en sus fachadas cabezas de caballos, en piedra tallada, y en los otros, inscripciones en portugués, que atestiguan estos asertos.

Rodean el anfiteatro en que están colocadas las casas de Xexauen altas y gruesas murallas que defendían la población de los ataques que los feroces montañeses del Rif daban para expulsar a los extranjeros unas veces, y otras, para robar cuanto pudieran.

Desde la alcazaba se domina el panorama espléndido del valle; el río Xexauen, cubierto a trozos por enmarañadas lianas y rosales de las infinitas huertas que lo bordean; el perfume de las rosas en las noches caliginosas de la primavera marroquí recuerdan al moro soñador la Andalucía perdida y eternamente cantada, la que conoce porque sus mayores referían historias de guerra y amor, transmitidas de generación en generación, como un preciado talismán.

El arbolado es exuberante, abundando los ce

rezos, granados, madrñeros, nogales y naranjos, que se encuentran formando bosques.

Dicen algunos historiadores que fué fundada Xexauen en 1471 por Abril Hasan-Ben-Mohammed, descendiente de Muley Abdeselam, venerado y descendiente, al mismo tiempo, del profeta. Dan como cierto que se edificó en sitio tan estratégico para defenderse de los extranjeros y, sobre todo, de los portugueses, establecidos en Ceuta, y que, según nuestras referencias, llegaron a ello, haciéndose fuertes.

Xexauen, alejado de los centros de Gobierno, con malas vías de comunicación, aislada durante mucho tiempo del invierno por la crecida de los ríos y la ausencia de puentes, impedía que los sultanes atendieran como debían a la prosperidad y buena administración de la ciudad y su campo. Por otra parte, las continuas sublevaciones impedían el desarrollo en todos ramos del comercio e industria, por el temor de exponer capitales y verse desvalijados sus poseedores por los bandoleros del Rif, que, con demasiada frecuencia, atacaban la población.

De las pocas épocas en que Xexauen ha sentido la eficacia del poder central, la más importante fué reinando Muley Abd-el-Aziz, en que un ejército, al mando de Ueld Buxta Baydadi, dominó la región, después de sangrientos combates y de tomar importantes rehenes, imponiendo crecidas fardas; éste obliga a los montañeses a reconocer la autoridad del Sultán, y elige gobernador a Sidi Abdeselam Dal-lal. Poco duró la tranquilidad, porque el Sultán tuvo que retirar la mealla para combatir las sublevaciones de otras regiones, y con las tropas se perdió la autoridad, obligando al gobernador a huir; éste, creyéndose más fuerte, busca la protección francesa de «L'Union de Mines marrocaïnes», pensando en que si algún día tropas europeas dominaban la población, les serían restituidos los bienes que le fueran robados; con él corrieron la misma suerte los demás empleados del Gobierno.

Desde entonces, en Xexauen se administra la justicia por tres kiad e kaides, uno del Rif, otro de Gomara y el tercero del Jomás, que intervienen en los asuntos concernientes a los individuos de sus cabilas respectivas, al igual que las atribuciones asignadas a los cónsules en las antiguas poblaciones marroquíes.

Cuando España ocupó la costa atlántica, el

Raisuli nombró tres funcionarios, protegidos españoles, para la administración de justicia y bienes *jabus* o de la mezquita.

El Raisuli posee en Xexauen enterramientos de antepasados, radicando allí una importante rama de la familia, por lo que le da un gran prestigio entre los montañeses, y, además, por considerarlo santo e invencible, aunque creemos que muy pronto cambien de modo de pensar, ante el avance impetuoso de los hijos de España.

La industria de Xexauen es más importante de lo que la mayoría cree. Medio Marruecos se surte de numerosos artículos fabricados allí, y en muchos casos compitiendo con ventaja con otros similares importados en Europa.

Aprovechando un salto de agua que en la montaña existe, se da fuerza a varios molinos; pero en particular a uno de grandes dimensiones, con numerosas piedras, donde se muelen enormes cantidades de pimienta dulce y picante, obteniéndose ese pimentón color ladrillo que todo el que ha frecuentado grandes y pequeños zocos ha visto comprar a los moros.

Otra de las industrias importantes es el curtido de toda clase de pieles, aprovechando la riqueza que posee de cortezas tánicas, y empleándose en la fabricación de vistosas *escaras* o carteras, apreciadas por todo marroquí, pues el gusto de los artífices es exquisito. El *belagui* o babuchas se exportan en grandes cantidades a todo el Rif, por la dureza de su suela.

Los telares son abundantes, y para surtirlos se crían gusanos de seda en casi todas las casas, dando una respetable cifra de kilos; la especialidad de esta industria son los cordones de seda para las *escaras*, y para un tejido de chilaba que lleva una lista de seda y otra de lana; de esta última son conocidas en toda Yebala las pardas con mezcla de pelo de camello.

Las herrerías son numerosas, dedicándose a la fabricación de gomas, cuchillos, fusiles de piedra, que aún emplean en la guerra y en la caza; estribos, bocados, arados y toda clase de ventanaje artístico.

Como complemento, en Xexauen se fabrica la mejor pólvora de Marruecos, buscadísima por su fuerza y pureza y ser su grano muy fino; muelen los ingredientes en molinos movidos por agua.

Mariano Ferrer Bravo.



ANÉCDOTAS DE LA VIDA DE NAPOLEÓN

Redactadas por el alférez FÉLIX JOSÉ FERNÁNDEZ DE CASTRO

En un hombre tan extraordinario como Napoleón, casi es disculpable, se le podía permitir el lujo de tener soberbia.

«Decid a esos Reyes que se hacen esperar demasiado, y que Atila se aburre en su tienda...» Esto lo dijo en una recepción que daba a los Soberanos de Europa. Para él valían menos que el último de sus soldados... Subrayando más: Era el 9 de mayo de 1812 cuando el Emperador salió del palacio de las Tullerías para ponerse a la cabeza del ejército más numeroso y brillante que hasta entonces había visto el sol de los siglos...

Era el ejército que había de inundar el imperio de todas las Rusias.

Entra en Dresde. El palacio de los Reyes de Sajonia le abre sus puertas... Atraviesa los salones. Iba delante de todos *con el sombrero puesto*. Seguía Francisco II, Emperador de Austria, *con el suyo en la mano* y apoyándose en el brazo de su hija María Luisa, la Emperatriz de Francia. Detrás, en respetuoso silencio, seguía la turba de Reyes, Príncipes y mariscales, mezclados en un indigno servilismo de «pelotilleros»... Nunca palacio alguno vió reunida en sus salones tanta nobleza «antigua y nueva, de sangre puramente azul, y mixta de otros colores».

Napoleón los reunía para extender a sus ojos el mapa de su gloria; pero Dios los juntaba para que unos pudiesen dar al otro el pésame por anticipado, en vísperas del desastre...

Estos Reyes, Príncipes y mariscales se disputaban «el honor» de ser criados del nuevo Faraón. Hasta una Montmorency, de las familias más orgullosas de la antigua nobleza francesa, se arrodilló para atar las cintas del zapato de María Luisa, únicamente por ser mujer del Corso... ¡El mundo que da vueltas!...

Faltaba el Rey de Prusia, Federico Guillermo; cuando se presentó exclamó Bonaparte con orgullo: «¿Qué quiere ese Príncipe? ¿No basta la importunidad de sus cartas, que se atreve a perseguirme con su presencia? Yo no tengo necesidad de su persona»; y como viera en el despacho del Emperador de Austria un mapa reciente del diminuto reino de Prusia, se dirigió a los que tenía más cerca diciéndoles: «Pero es posible que yo haya dejado a ese hombre tanta tierra?»

En estas anécdotas históricas, sacadas al azar como muestras del tejido Napoleónico, se ven confundidas todas las pasiones que nacen del falso conocimiento de sí mismo: «La soberbia con sus dos manifestaciones: el orgullo y la vanidad.»

Como escena curiosa, que nos deja ver un aspecto de soberbia de Napoleón, relataré la acaecida en una entrevista entre dos grandezas, Emperador y el Papa.

Se encontraba este último preso en Francia donde le había hecho conducir Bonaparte.

Frente a frente las dos figuras estaban en el momento de finalizar una de aquellas entrevistas que tanto amargaron al anciano Pontífice...

Bonaparte, notabilísimo actor en ocasiones con voz humilde y actitud respetuosa, tendía humildemente hilos de araña para obtener del Pontífice una firma, que éste se negaba resueltamente a concederle.

El Papa le escuchaba y seguía con los ojos los movimientos del Emperador; en uno de ellos, Bonaparte llegó a cruzar las manos sobre el pecho al mismo tiempo que, reverentemente, inclinó la cabeza como señal de que reconocía el poder del anciano. Entonces éste movió ligeramente los labios, pronunciando en el dulce idioma de su patria: «¡Comeñante!» La ira, enrojeciendo la cara de Napoleón, «denunció al Corso», que violentamente levantó la mano vengativa sobre el rostro ennoblecido del hombre santo, ante el cual se arrodillaban los Reyes y se rendían las barbas...

Providencialmente se desvió su mano y fue dar sobre un riquísimo jarrón de Sevres, con fuerza, que, inclinándose, dió contra un hermoso Cristo de marfil, y jarrón y crucifijo cayeron haciéndose pedazos sobre el mosaico del suelo.

Entonces la voz del anciano se hizo angustiosa y juntando las manos y alzándolas al cielo como implorando perdón por el sacrilegio, exclamó con amargura: «¡Tragediante!» La mirada de Napoleón fué un rayo de odio... Cerró los puños con ira...; pero el grito de su conciencia le atormentó de cobarde, y precipitadamente levantó el tallo que cubría la puerta y huyó avergonzado del mismo. Allí quedaba únicamente el anciano con pelo blanco, las vestiduras blancas, blanco de todo blanco menos su corazón, que era una llama roja que Dios puso en su pecho como un trozo de amor de todos los corazones del mundo.

De rodillas recogía los pedazos de marfil, limpiándolos amorosamente y regándolos de lágrimas de piedad; moría la tarde; un rayo de sol entró en la estancia acariciando aquellas canas venerables en un beso de luz.

Félix José Fernández de Castro



ANOCHECER TOLEDANO

Ya devoran las sombras en la angosta calleja;
se oye sonar la lluvia en ronco sonsonete,
y el Crucificado brilla a la candileja
que una cuerda mugrienta recoge en un rodete.

Se hace una luz interna y aparece en la reja
una mujer que sabe de amores seis o siete,
y cruza la calleja, triste beata vieja,
y se acerca despacio a la reja el cadete.

Unas santas monjitas vienen de las Tendillas;
del callejón cercano salen las modistillas
a llevar el trabajo del día al principal.

Tres curas pasan graves de dar sus bendiciones;
el agua cae con fuerza desde los canalones,
y la Campana Gorda suena en la catedral.

Leonardo Enríquez Rozas.

EL RASGO DE UN SOCIALISTA

Gustavo Hervé, el director de *La Guerre Socialiste*, jefe socialista, dirigió al comienzo de la guerra europea al ministro de la Guerra de Francia la siguiente carta:

«Señor ministro: Cuando yo tenía veinte años me hice excluir del servicio en filas alegando mi miopía. Hoy, a pesar de mi miopía y de mis cuarenta y tres años, yo me siento capaz de hacer la guerra.»

Como Francia ha hecho lo imposible, según mi parecer, para evitar la catástrofe, os ruego que me incorporéis al primer regimiento de Infantería que salga con dirección a la frontera alemana.

Después de haberme echado de la Universidad y condenado a más de once años de prisión, con el pretexto de que carecía de patriotismo, cuando todo mi crimen, el de mi partido y el de la Confederación General del Trabajo consistía en prevenir desde lejos la catástrofe de hoy, usted estimará que tengo derecho a que la República me conceda esta reparación.

¡Viva Francia!

Os ruego, señor ministro, recibáis la seguridad de mi absoluta devoción a la República.—*Gustavo Hervé.*»

MARUJA

PRIMAVERA

Por la senda angosta avanzan ella y él...

Maruja, jugando con una flor, quiere hacerse la distraída y rehusa atender las palabras del mozo que la requiere de amores.

El, suplicante. Ella, desdenosa.

Son las palabras del muchacho una oda que se infiltra lentamente en el alma de Maruja como los rayos del sol a través del ramaje.

La moza anda como ensimismada en la contemplación de un ideal. Sueña... Cree en la belleza de la vida, que es primavera.

Al brotar la savia en los árboles, también ha brotado el amor en su corazón. Sueña. Y... ¡es tan hermoso soñar!

Por la senda angosta avanzan ella y él...

ESTÍO

Y van pasando los días...

Los campos dieron sus frutos y ahora bajo el sol cálido se agostan.

Maruja, cerca de la ventana, espera.

Ante ella, al caer la tarde, pasan las yuntas de bueyes, las parejas de mulas; pasan los mozos; mas el suyo ha varios días no pasa ya.

Se hace de noche y Maruja espera, espera siempre.

A lo lejos suena el cantar de una copla, y la moza, desilusionada, apoya su cabeza entre las manos y llora... llora calladamente, que son las lágrimas más amargas...

Y van pasando los días...

OTOÑO

Y el dolor va dejando sus huellas en el rostro de la moza...

Un día, al tornar de la vendimia, Maruja tuvo calor, mucho calor en el cuerpo, y frío, mucho frío en el alma.

Sus ojos, que antaño eran alegres y reidores—por ellos cantaban los pajarillos de su alma—, se volvieron tristes y tuvieron en su derredor un cerco violáceo, mientras manchas de sangre daban color a sus labios, que se habían tornado de cera.

Las aguas del río corren turbias, llevando en su corriente las hojas amarillas que, como un llanto, caen de los árboles, y Maruja lentamente se consume en su lecho.

Y el dolor va dejando sus huellas en el rostro de la moza...

INVIERNO

¡Qué triste es la vida!...

Los árboles, desprovistos de su ropaje, son esqueletos vivientes.

La campiña está silenciosa, está triste.

La nieve cae en copos blandos, como vellones de recental.

La campana de la ermita toca a gloria, mientras camino del Camposanto va el cortejo de Maruja.

La caja es blanca, como la nieve que cae, como fueron sus ilusiones, como era su alma...

¡Qué triste es la vida!...

José Bordiú.

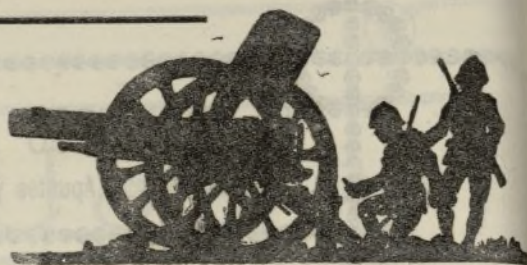
EL CONCURSO HÍPICO DE VALENCIA

Apuntes por S. PUMAROLA



Páginas olvidadas de la historia de España.

EL SITIO DE CARTAGENA, DE AMÉRICA, EN 1815



Después de pacificada la isla Margarita, dispuso el general Morillo que quedasen en ella de guarnición dos compañías del regimiento de Barbastro y algunos dragones, que fueron sorprendidos al poco tiempo y bárbaramente asesinados todos.

La escuadra, a cuyo bordo iba el resto de las tropas vencedoras, se dió a la vela el día 18 de abril de 1815 con rumbo a Cumaná, haciendo antes aguada en la pequeña isla del Coche y llegando a dar fondo el día 20, quedándose a la entrada del puerto el navío "San Pedro" para la mejor vigilancia contra los corsarios que infestaban aquellas aguas.

No pasarían muchas horas después de haber fondeado, cuando desde todos los barcos notaron gran confusión y alboroto en el navío, que hacía señales de pedir auxilio. Ya se apresaban a dárselo, cuando de repente salió de él una columna de humo, precursora de horribilísima explosión, que hizo saltar el navío algunos centenares de metros sobre las aguas, en las que se sumergió al caer, llevando consigo la vida de dos oficiales y 36 soldados y marineros que no pudieron escapar de la catástrofe, así como también 600.000 pesos del Ejército y 500.000 de la Marina, en plata; un excelente tren de batir, material de artillería de campaña, 8.000 fusiles e igual número de monturas, 500 espadas, 1.000 pistolas, 800 vestuarios completos, infinidad de útiles de zapador, 4.000 quintales de pólvora, incalculable cantidad de bombas y granadas y otros artículos de gran valor que sería prolijo enumerar.

Sin embargo, adelante se fué. El día 8 de mayo entraba el Ejército pacificador en Caracas, bajo las aclamaciones entusiastas de toda la población, y allí supo Morillo que las fuerzas insurgentes se concentraban en Cartagena, haciendo esfuerzos inauditos para sostener en todos los pueblos de Nueva Granada el espíritu de rebelión contra su madre patria.

Puesto en marcha el Ejército expedicionario, no tardó en hallarse frente a la formidable plaza de Cartagena. Aquella que en 1741 supo, con el heroísmo de su guarnición y de sus habitantes, rechazar denodadamente a todo un Ejército inglés desembarcado de una poderosa escuadra, y hoy, rebelde contra la madre patria, dispuesta a sucumbir antes que consentir el que sobre sus baluartes ondease la bandera española.

Dos planes se le presentaban a Morillo para la conquista de aquella perla desprendida de la corona de Castilla: o emprender un asalto brusco, decisivo y pertinaz con todas las fuerzas por el frente de tierra, o establecer un bloqueo

por mar y por tierra, esperando a que la necesidad y la falta de alimentos y recursos obligara a la rendición; es decir, o intrepidez o paciencia.

El primer sistema, desde luego se ve que hubiera sido el más eficaz y de más saludable efecto contra aquellas ya mermaidas huestes que, en su desesperación, apelaban a una última resistencia. Con ello se hubiera dado un golpe final a la revolución a expensas de la vida de algunos centenares de valientes servidores de España; empero el carácter de Morillo, siempre confiado, aspirando a captarse la voluntad de sus enemigos con la conmisericordia, las promesas de indulto y la lenidad e los castigos, inclinado siempre a los medios persuasivos antes que a los ejecutivos, dió por resultado que perecieran aún más leales que si hubiera adoptado el otro procedimiento.

El rigor de la estación, la epidemia escorbútica que se desarrolló en el Ejército sitiador las privaciones sin cuento que tuvo que sufrir ocasionaron millares de víctimas. Todas las poblaciones inmediatas a la plaza, como Santa Rosa, Turbaco, Ternera y Truanca, habían sido incendiadas por los rebeldes; cuantas haciendas y caseríos existían en sus inmediaciones habían sido arrasados; las provisiones debían ser remitidas de puntos muy lejanos, siendo sus precios considerables. Los víveres llegaron a faltar y los fondos a escasear; la miseria, hambre, la peste y las inclemencias del tiempo todo tuvieron que sufrirlo con abnegación aquellos valientes.

Los sitiados no cejaban; cuantas intimaciones se les hicieron fueron despreciadas; cuantas veces se les invitó en nombre de la humanidad, otras tantas ensordecieron. A Morillo sobran medios para haber destruido la plaza con una lluvia de bombas y granadas; pero quiso ponerlos en aprieto para su rendición por hambre.

El día 2 de diciembre estableció el general jefe su Cuartel general, en Cospique; punto desde el cual podía observar la escuadra y las posiciones todas del Ejército. A las siete de mañana del 4 hizo el enemigo una salida, sin duda para proveerse de víveres, internándose por los mangles. Advertido por el general, dispuso que una compañía de granaderos y una sección de dragones fueran a batirlos. El capitán de aquélla, tan luego la tuvo formada, dijo:

—Compañía: Todo el Cuartel general está mirando; hoy es un día de gloria para nosotros si sabemos portarnos con valor, o

de baldón y ludibrio si no procedemos como dignos y esforzados adalides.

—Aquí no hay uno que no esté dispuesto a dejarse hacer pedazos antes que retroceder delante de su general—dijo el sargento primero, veterano de grandes bigotes y curtido por las campañas de Morales.

Entonces aquel puñado de hombres se arrojó a la bayoneta sobre los contrarios, los que, lejos de resistir, huyeron, penetrando por una poterna en el rebellín.

—¡Alto!—gritó el capitán—. Es un lazo; tratan de hacernos acercar para destrozarnos desde los glasis, donde tal vez estén ocultos batallones enteros. Nadie adelante un paso; ocho hombres, al mando del primero, vayan a reconocer aquel camino cubierto de la derecha.

El de los bigotazos llamó por sus nombres a los ocho que le pareció, se acercó con ellos, saltó el foso y desapareció.

—¡Bárbaros!—gritó el capitán—. Yo no he mandado eso; os habéis metido en la boca del lobo.

Pero con gran sorpresa se vió al sargento primero aparecer sobre el plano de fuegos de la obra avanzada, que, terciando su fusil, gritaba:

—¡No hay novedad, mi capitán! Esto está limpio; no encontramos a nadie.

Efectivamente; avanzó toda la compañía, y sin más obstáculo que el foso se hizo dueña del rebellín; visto lo cual por el general envió a un ayudante con la orden de sostenerse allí a todo trance.

Crítica era la situación; un rediente abierto por la gola y enfilado por los fuegos de cortina no era ninguna posición envidiable para resistir; pero no había medio; la orden era terminante y la Ordenanza decía con lacónica sequedad: "El oficial que tuviese orden absoluta de conservar su puesto a toda costa, lo hará."

Pero la suerte decidió de un modo bien original el ataque decisivo de la plaza. Digo la suerte, porque no se comprende cómo una plaza, de primer orden en aquella época, capaz de resistir con 1.000 hombres un sitio formal de un Ejército de 100.000, y considerada como inexpugnable, cayera en poder del sitiador. Bien es verdad que, después de considerado el estado de postración y abatimiento de los sitiados, se comprende que sucumbiera por atonía; el hambre y la peste diezaban la población; los principales caudillos habían huído y con ellos la tenacidad de la resistencia.

El día 5 de diciembre dió el general Morillo la orden de que se aproximaran inmediatamente a la plaza algunas compañías de cazadores sin preparación alguna; así fué que algunos soldados acudieron al toque de "Misa" (que era el convenido para una rápida formación) sin casacas, otros con los fusiles sin piedra o con la llave desarmada y, en fin, la generalidad descalzos y sin morrión.

A paso de carga (como se decía entonces al li-

gero) avanzaron hacia distintos puntos de las fortificaciones. El teniente D. Andrés de Jesús observó que la puerta de la primera línea estaba abierta y mandó a un húsar avisar a las demás columnas lo que pasaba y que estuvieran prontos a auxiliarle, pues pensaba hacer una *estratagemata*, suplicando que no dejaran de apoyarle.

Efectivamente; con su gente se arrojó a la carrera sobre la puerta, en donde nadie se le opuso y siguió en su temeridad arrojándose sobre la de segunda línea, hacia donde corrieron los sitiados, cerrándola y levantando el puente en preparación de defensa desde la muralla, donde apuntaban centenares de fusiles.

El teniente Jesús, lejos de inmutarse ni retirarse, con la mayor calma y sangre fría, les dijo:

—¡Alto, no tiréis! Quiero hablaros. ¡Corneta, toca parlamento!

Así se hizo, y luego que vió que se retiraban los fusiles se puso las manos en la boca, a manera de bocina, y les gritó siempre con la misma calma:

—¡Valerosos ciudadanos, valerosos ciudadanos! no os opongáis a mi entrada; abridme las puertas con toda confianza, que vengo de paz; vengo a tratar asuntos tan convenientes a la ilustre República de Colombia como al Gobierno del Rey, mi señor.

Es una cosa incomprensible cómo tamaña locura pudiera tener buen resultado. Con una sola descarga que hubieran lanzado, el teniente Jesús y todo su pequeño destacamento hubieran quedado allí mordiendo el polvo; pero los sitiados ya no podían más, según después se vió. Ello fué que le abrieron la puerta al teniente Jesús y éste se abalanzó a ella repartiendo cuchilladas a diestro y siniestro, introduciéndose en el recinto.

No tardó en presentarse la Caballería que mandó Morillo a enterarse de lo que pasaba allí, y detrás de ésta la Infantería, dando por resultado la entrada triunfante de todos en la plaza.

La ciudad presentaba el aspecto más horroroso que imaginarse puede; montones de cadáveres hacinados acá y allá, despidiendo un hedor pestilencial; habitantes con figuras de espectros, agobiados por el hambre y la miseria; en una palabra, la imagen de la desolación en su más repugnante realidad.

El general en jefe, inmediatamente, mandó que se les distribuyera una sopa a todos aquellos infelices, y veíase a nuestro soldado enternecido, partiendo su ración con los que, ante aquel cuadro horrible, ya no eran enemigos, sino hermanos desgraciados, dignos de todo socorro.

Tal fué la conclusión de la memorable jornada de Cartagena de Indias, que costó al Ejército español 1.825 bajas de peninsulares y 1.300 de soldados del país; total, 3.125, entre muertos de bala, de heridas y de enfermedades.

Manuel Castaños y Montijano.

Coronel de Infantería.

◆ Del qué, por qué y cómo. ◆

¿Qué batalla ha ocasionado mayor número de víctimas?

No se crea que ha sido una de las de esta última guerra. Si hemos de hacer caso a los historiadores, en la batalla de Tours, librada en el año 732 (d. de J.) entre los francos y los sarracenos, murieron de 371.000 a 375.000 hombres; y en una batalla entre Atila y los romanos y sus aliados los visigodos, en el año 451 (d. de J.) se asegura que quedaron sobre el campo más de 250.000 combatientes.

¿Qué ciudad es la que ha sufrido mayor número de asaltos? - - -

Indudablemente que bate el *record* la ciudad de Herat, una de las más antiguas del mundo. Fué conquistada por Persia en el siglo XVI, por los afganes en 1715, por Nadir Shah en 1731 y recobrada por los afganes en 1749. Los persas trataron de apoderarse de ella en 1838, y lo lograron en octubre de 1856. Se declaró independiente en 1857; pero se apoderó de ella Dots Mahomed en 1863 y Yakub Khan en 1871.

¿Cómo indemnizaba antiguamente Holanda a sus soldados inútiles?

El actual reglamento de recompensas para tiempo de guerra, estableciendo indemnizaciones según el carácter de las heridas, trae a la memoria la tarifa de indemnizaciones que antiguamente tenía establecida Holanda para los soldados y marineros que quedasen inútiles a consecuencia de heridas recibidas en las batallas.

He aquí la tarifa en cuestión:

	Fla. nes.
Por la pérdida de ambos ojos... ..	1.500
» de un ojo solo... ..	350
» pérdida de ambos brazos... ..	1.500
» del brazo derecho sólo... ..	450
» del izquierdo... ..	350
» pérdida de ambas manos... ..	1.200
» de la derecha solamente... ..	300
» de la izquierda... ..	200
» pérdida de ambos pies... ..	900
» de uno sólo, bien fuera el derecho, bien el izquierdo... ..	350

¿Qué ejército del mundo es el de más curiosa organización?

El de Suiza. Este país, que gasta en sus soldados una cantidad que, seguramente, no excede de cinco millones de pesetas al año, puede, sin embargo, poner en campaña 100.000 soldados perfectamente adiestrados, quedando además una reserva de otros 100.000. El Gobierno de Suiza pro-

tege las Sociedades del tiro nacional, y de este modo se ha llegado a conseguir que casi todos los suizos sean excelentes tiradores. Los soldados están sujetos diez años al servicio militar. Entrar de reclutas a los veintidós años y se les da la licencia a los treinta y dos. Durante el primer año de servicio están en activo cuarenta y cinco días para aprender la instrucción y dieciséis días en cada uno de los años siguientes para recordar la táctica y hacer maniobras. Cada soldado guarda en su casa el uniforme, el fusil y la canana y es responsable de la conservación de estos objetos en buen uso y perfectamente limpios, para convencerse de lo cual, todos los años se les pasa la correspondiente revista.

¿Cómo puede convertirse el agua en un explosivo? - - - - -

El vapor de agua recalentado posee una enorme potencia de expansión susceptible de transformarse en un explosivo formidable. Esto en la práctica industrial puede representar un peligro. Efectivamente; está demostrado que son muchos los obreros que ponen inconscientemente al fuego piezas de fundición, sin asegurarse previamente de que dichas piezas no contienen cavidades en las que puede haber penetrado el agua por cualquier grieta.

El accidente puede llegar a producirse y tener resultados graves, como ocurrió en un taller de reparación de locomotoras inglés.

Para componer un pistón fué preciso calentar una pieza, que encerraba bastante agua en una cavidades ignoradas, y, no obstante el grueso de metal (unos 10 centímetros), explotó el pistón como una granada de cañón, causando la muerte del obrero que ejecutaba el trabajo.

¿Por qué se emplea la locución «dormirse en las delicias de Capua»? - -

Aníbal había vencido a los romanos en la batalla de Cannas. Si hubiera sabido aprovechar de la victoria, dirigiéndose inmediatamente contra la capital, probablemente hubiera acabado con el Estado romano. Pero, desgraciadamente para él, encontró en su camino una ciudad, Capua, cuyo bello clima, frondosa vegetación, bienestar y placeres que ofrecía le sedujeron, y permaneció allí más tiempo del que convenía. Cuando comenzó a darse cuenta de lo fatal que podía serle la inacción y se decidió a conducir su ejército contra Roma era ya demasiado tarde, pues los romanos que habían tenido tiempo de rehacerse, le destruyeron por completo. Después los mismos romanos destruyeron Capua, porque se había entregado a Aníbal. Al que descuida lo que le interesa entregarse al regalo y a los placeres suele decirse que se duerme en las delicias de Capua.

EFEMÉRIDES

LA FUNDACION DE EL ESCORIAL

El día 20 de agosto de 1563 una muchedumbre inmensa se desparramaba por las faldas de un monte inmediato a la villa de El Escorial y que constituye una de las estribaciones de la cordillera Carpetana.

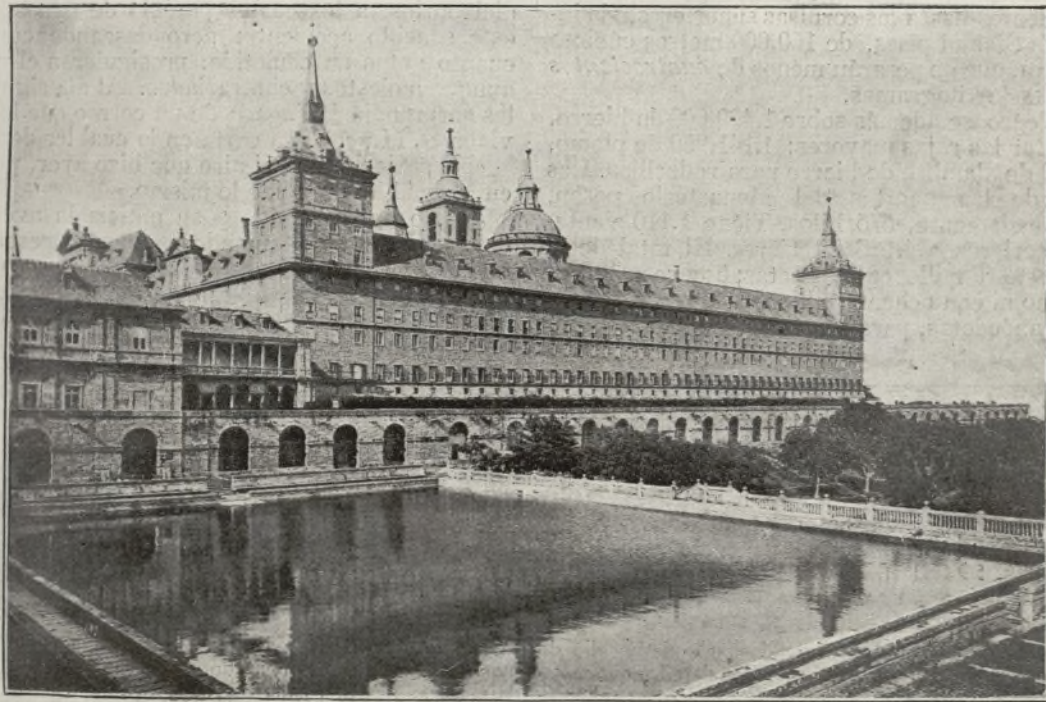
Los burdos sayos de la gente villana mezclábanse con las elegantes ropillas, y acuchillados gregüescos de nobles caballeros, arrojando sobre el verde oscuro de la montaña una aguda nota de color los vistosos uniformes de los arcabuceros, los variados hábitos de los monjes, los delantales de los obreros y el brillar de las armas, que chispeaban a los ya ardorosos rayos del sol.

Hacia las nueve de la mañana los añafles y

quien acompañaba el secretario de Estado de Rey. La sacra y real majestad de D. Felipe II se apeaba momentos después en la planicie desmontada por los obreros, y se disponía la solemne ceremonia de asentar la primera piedra de esa grandiosa maravilla que hoy llamamos el Real monasterio de San Lorenzo del Escorial.

El sabio arquitecto Juan Bautista de Toledo y su preclaro discípulo Juan de Herrera, que había de dirigir las obras, besaron las manos de Su Majestad y, sirviéndole de guía, fueron explicándole la traza, ya señalada por zanjas y cordeles.

Llegado que hubieron a la de cimentación, que se extendía de Oriente a Poniente, reuniéronse a



Monasterio de El Escorial.—Vista desde el estanque.

atambores llenaron los aires de ensordecedor estrépito. Agolpóse la gente a las orillas de un camino abierto días antes con toda premura; formó en sus lindes lucida guardia de los tercios flamencos y apareció esfumada entre las nubes de polvo que sus pasos levantaban, lucida escolta de jinetes vestidos de toda gala y montando briosos caballos.

Seguía a muy corta distancia una compañía de infantes, cuyas alabardas lanzaban plateados reflejos; y entre sus filas iba pesada carroza, a cuyos costados marchaban los nobles de mayor linaje, cerrando la comitiva otro escuadrón de lanzas, mandado en persona por el gran duque de Alba, a

la comitiva los monjes que habían de constituir la comunidad, así como los maestros, oficiales y peones que habían de construir el edificio, y marcharon procesionalmente con cruzalzada y entonando salmos. El Rey y su acompañamiento, con las cabezas descubiertas, arrodilláronse en el sitio prefijado, y a los ecos del salmo *Nisi Dominus edificaverit domum, vano laboraverunt qui edificant eam*, colocó el Rey una piedra cuadrada con las siguientes inscripciones esculpidas por la mano de Juan de Herrera:

Sobre el plano superior:

«Deus O. M. operi aspiciat.»

En el de la derecha:

«Philippus II, hispaniarum rex, a fundamentis erigit. MDLXIII.»

Y en el de la izquierda:

«Joannes Baptista, architectus major.—IX. KAL. MAII.»

Hallábase entre los concurrentes el lego del Monasterio de la Sista, Fray Antonio de Villacastín, hombre muy versado en construcción, y como le invitasen a que ayudase al Monarca en la faena, respondió:

«—Asienten vuestras mercedes la primera piedra, que yo para la postrera me guardo.»

—¡Así sea!—contestó D. Felipe con su habitual laconismo, mientras una fugaz sonrisa, quizá la primera y la última de su vida, contrajo aquel rostro marmóreo.

La profecía de Villacastín se cumplió, pues no sólo ayudó a colocar la última piedra, sino que vivió hasta el año 1602.

No menos de veinticuatro se invirtieron en la obra, cuya superficie total es de 36.862 metros cuadrados, y su volumen, desde la parte alta de los cimientos hasta las cornisas superiores, sin incluir bóvedas ni pisos, de 160.000 metros cúbicos de piedra, que no pesarán menos de *cuatrocientos millones* de kilogramos.

Empleáronse además sobre 1.490.000 de hierro, sin contar las rejas mayores; 1.141.950 de plomo, y 1.150 de alambre de hierro para redecillas. Las llaves de las puertas del Monasterio pesan, aproximadamente, 575 kilos. Tiene 1.110 ventanas exteriores y 1.568 interiores. El total de la obra costó 17 millones de pesetas; hoy no se hubiese hecho ni con ochenta millones.

Dos anécdotas, para terminar.

Cuando el Rey concibió el proyecto de construir esta maravilla ordenó al juez de bosques, especie de ingeniero de Montes, que practicase una visita de inspección por los pueblos comarcanos, a fin de tener informes exactos y circunstanciados de las condiciones de localidad. El alcalde de Galápagos, que debía ser opuesto a este proyecto, facilitó los correspondientes a su localidad, y dijo:

—Asentad, señor juez de bosques, que tengo noventa años, que he sido veinte veces alcalde y otras tantas regidor, y que el Rey nuestro señor va a hacer allí un nido de orugas que devorarán toda la comarca; pero el servicio de Dios es antes que nada.

El receloso Monarca debía tener espías que le informasen minuciosamente de todo, como lo da a presumir el suceso siguiente:

Cuando la Comisión nombrada para elegir el emplazamiento de la obra llegaba a la villa de El Escorial levantóse de pronto un violento huracán que, desgarrando un sarmiento de vid y arrojándole con gran fuerza, azotó el rostro de los expedicionarios, a los cuales pareció de mal agüero este sencillo accidente; pero deseando cumplir cuanto antes su cometido, prosiguieron el viaje aunque molestos y contrariados. Al día siguiente les sorprendió la llegada de un correo que les enviaba S. M., con una carta en la cual les decía:

«No se espanten del aire que hizo ayer, porque en Madrid ha sucedido lo mismo.»

¿Cómo había llegado a su noticia la aventura del sarmiento sino teniendo confidencia reservada de la Comisión?

Antonio Pareja Serrada.

Del mundo que trabaja.

LA "SIDERÚRGICA COMERCIAL"

Mientras espero en el elegante despacho de la calle de Recoletos, vuela mi imaginación por los detalles que motivaron esta entrevista. Fué en la *Maison*, mientras saboreábamos el delicioso amargor de un *cock-tail* medio helado, cuando José Sánchez Gómez me reveló su doble condición de bizarro militar e intrépido negociante. No sé quién de los allí reunidos, al relatar una visita al frente, hoy convertido en lugar de turismo, habló de los cascos metálicos, última palabra del cubrecabezas guerrero, para evitar las heridas de los balines del *shrapnel* y de las balas en las últimas porciones de su trayectoria.

—Son muy fuertes—afirmó Sánchez Gómez—. Están contruidos con planchas de acero al manganeso. Precisamente dentro de poco he de recibir una partida considerable de esas planchas.

—¿Una partida de planchas?—inquirí, medio burlón.

—¡Ah! Pero ¿no sabe usted? Me he dedicado en firme al negocio de los aceros. Medio por afición, medio por patriotía, estoy metido en una Empresa siderúrgica formidable. Es la que giraba bajo la razón social de «H. y V. Alvarez», y que hoy se llama «Siderúrgica Comercial».

Si es usted aficionado a estos asuntos vaya a verme. Ve qué oficinas hemos montado y qué vuelos ha tomado la Empresa. Ya sabe: calle de Recoletos, núm. 6. No deje ir mañana.

*

Y atendiendo a aquella invitación cortés, hoy espero a mi bizarro amigo sentado ante su propia mesa de despacho. El mobiliaje es severo, elegante y práctico, como corresponde a quienes quieren figurar si no como reyes, por lo menos como príncipes del acero.

He sentido mi brazo fuertemente estrechado, mientras una mano se pone en mi hombro.

—¿Cómo va, querido Artagnan?

—Suspenseo de admiración, mi amigo—le contesto—. En casa, esta instalación y estos muebles son los de una Empresa poderosa.

—Casi, casi, y lleva vías de serlo mucho más. Podemos decir que tenemos establecido el principal mercado español de aceros.

—¿Ustedes producen?

—No, todavía no; pero todo se andará.
 —¿Entonces?
 —Ahora nos limitamos a buscar y reunir, poniendo 'el acero al alcance de fabricantes y comerciantes. Para ello tenemos relaciones directas con las principales factorías de Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Suecia y, desde luego, con los Altos Hornos españoles.
 —¿...?
 —Somos intermediarios favorecedores. Nuestro capital nos permite comprar por grandes cantidades, que ponemos a disposición del comercio, reservándonos sólo un pequeño tanto por ciento de comisión; de donde resulta que le facilitamos que pueda adquirir en España casi al precio de fábrica géneros que antes se hallaban fuera del alcance de su negocio.

—¿...?
 —La industria se refiere principalmente a la importación y venta de aceros corrientes y especiales; aceros al níquel, al cromo-níquel y al manganeso; aleaciones metálicas ligeras de aluminio y magnesio para construcciones aeronáuticas, planchas para blindajes, cajas acorazadas, y, por fin, todo lo que se refiere a rieles y materiales de construcción.

—¿Se hallan ustedes en relación con nuestras fábricas militares y les facilitan materiales?

—Desde luego. Sobre todo, Toledo nos tiene muchos grandes pedidos de aceros para armas blancas.

Sánchez Gómez me ha seguido hablando con entusiasmo de lo que hace y significa la Empresa, de lo que han hecho desde 1.º del actual año en que se fundó, y lo que piensan hacer en lo sucesivo; de sus grandes contratos, del laboratorio químicomecánico y metalográfico que han empezado a instalar en Madrid bajo la dirección del competísimo capitán de Artillería D. José M. Ladreda, de mil detalles técnicos e industriales...

Le escucho absorto...
 —Y diga usted, amigo Sánchez Gómez, ¿cómo se le ocurrió optar a este principado del acero?

—¡Ah!, es curioso; escuche: prestaba yo servicio en Africa, y al ser repatriado con mi Cuerpo nos enviaron al Norte, que entonces se hallaba alborotado con motivo de las huelgas. Me tocó la región en que se halla enclavada Trubia. Una fábrica colosal, donde nuestros artilleros trabajan tan intensamente y tan bien, atrajo desde luego mi atención y

me interesó profundamente. Hice a ella gran número de visitas, me enteré de detalles de fabricación. Los aceros me interesaron en su producción, fundición y aplicaciones y me resolví a estudiar un poco sobre ellos. Pasó el tiempo, fui destinado otra vez a África y la campaña puso un paréntesis a mi pensamiento. Vuelto otra vez a la Península, intimé de una manera extraordinaria con D. Herminio y don Valentín Alvarez, que formaban la razón social «H. y V. Alvarez», y de conversación en conversación decidimos por común convencimiento y entusiasmo fundar la Sociedad «Siderúrgica Comercial», que viene funcionando desde enero con un éxito extraordinario.

El presidente es Herminio Alvarez, que en este asunto es una verdadera potencia. Es un hombre incomparable. Bástele saber que su actual capital, que es cuantioso,



Señores que componen el Consejo de Administración de la «Siderúrgica Comercial», rodeados del personal empleado en sus oficinas de Madrid.

se lo debe entero a su trabajo y esfuerzos. Yo soy el vicepresidente, y forman el resto del Consejo de Administración don Carlos García Mauriño, que es el secretario, y don Valentín Alvarez, que ejerce funciones de vice secretario y se halla al frente de negocio en Barcelona.

La dirección técnica se halla a cargo del sabio artillero D. Félix Bona, de quien puede decirse en justicia que es la primera firma en cuestiones de aceros y en toda clase de asuntos económicos.

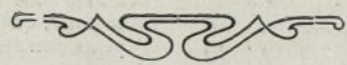
—¿Y proyectos?

—Muchos, muchos. Pretendemos ser el lazo de unión entre toda Empresa necesitada de ellos y los centros productores, haciendo que nuestra intermediación signifique para el consumidor un ahorro en lugar de un recargo. Además, como antes le dije, desde el año próximo tendremos montado en Madrid un importante laboratorio metalográfico.

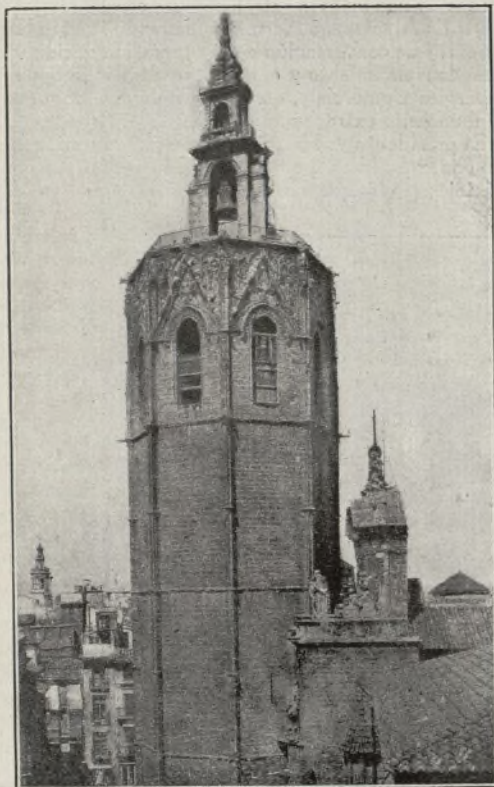
Un botones ha pasado una tarjeta. Sánchez Gómez me pide disculpa con una atenta sonrisa. —¡Perdón! No nos dejan un momento libre—dice.

Un apretón de manos y me dispongo a marchar. Salgo a la calle. Los jardines de Recoletos están llenos de alegres paseantes, frívolos y ligeros. El día convida a vivir. Y yo me uno a la multitud andarina y vulgar, pensando con envidia en estos muchachos infatigables que así saben constituir en unos meses Empresas formidables con tal acierto conducidas y de resultados tan beneficiosos.

Artagnan.



VALENCIA



Valencia. Reina mora. Edén de amores,
escucha a este tu amante que suspira
y que añora tus huertos y tus flores.
Un bardo que te adora y que te admira
va a tañer en tu honor su pobre lira.
Oye este canto,
al que no por humilde falta encanto.

*

Rica ciudad del Turia,
de los naranjos, del jardín de ensueño;
ciudad del cielo azul, del sol risueño,
de frondas de lujuria
y mar tranquilo,
que se aduerme en su calma con sigilo,
que allá en la lejanía
dibuja costas de Italia y Berbería.
Los árabes, sensuales
a la par que poetas,
celebraron los regios esponsales
de azul y oro, de rosas y violetas,
de nardos y azahares, claveles y jazmines,
en la magia sutil de tus jardines.
Lo mismo tus palmeras,
que en las primaveras

estremecen airosas
en tus campos sus finas siluetas,
que cantaron troveros y poetas
en canciones de amor voluptuosas.
Trovas de amores
de moras y cristianas,
de reinas y sultanas
que besaron tus flores
bajo el regio esplendor de tus mañanas.
Son canciones,
no de empresas bizarras,
sino otras cuyos sonés
escuchaste feliz de tus guitarras.
De amores y de penas,
de promesas eternas
que llegaban a ti cuando la luna,
en inmensa laguna,
cambiaba un mar de refulgente plata,
y aromas bellos
perfumaban el haz de tus cabellos.
Valencia mía, el Dios de los amores
bendice tus palmeras y tus flores.

*

Fueron infaustos días
cuando las *germanías*
estallaron pujantes
y se alzaron al par amenazantes
un Juan Lorenzo con Vicente Peris y Guillén
frente a Carlos primero, [Sorolla
el que los fueros del país arrolla.
Fué en un día postrero
que una guerra sangrienta
fué a asentar en aquel hermoso suelo,
que, sin hallar consuelo,
vió la fiera sedienta
en su entraña cebarse, y plugo al cielo
que la guerra acabase;
y un traidor, Juan Oller, ajusticiase
al que fué compañero
y después desgraciado prisionero.
Y nos cuenta la Historia
que entonces las mujeres valencianas
de ornar hubieron con laurel de gloria
su valor de mujeres espartanas,
los muros de castillos defendiendo
con flechas, piedras, cal y aceite hirviendo.
¡Ah, mujeres del Turia
que con fuego os forjasteis aureolas;
lo que hicisteis en esa otra centuria
lo deben imitar las españolas!

*

Una suave fragancia
desprendes de tu seno, madre Tierra,
un perfume de rancia
historia, que es una flor que cierra
el sol con sus fulgores.

Y a sus pristinos resplandores
se perciben laureles
de fechos a raudales
que labraron los cascos de corceles
de jinetes que fueron inmortales.

*

Valencia: a tu libre independencia
nunca osó doblegar un golpe rudo,
que la gloria sin mancha de tu escudo
los tuyos te legaron por herencia.
Y cuando el suelo hispano
de San Luis cien mil hijos invadieron
y al pendón castellano
fanfarrones y viles ofendieron,
al grito de la patria erguida y fiera
acosada con saña,
fuiste siempre valiente la primera
que contra el pérfido invasor te alzaste,
escribiendo con sangre aquella hazaña,
y la última en morir cuando invocaste
dos nombres sacrosantos: Dios y España

*

Y es allá, en Valencia, donde la Virgen bue-
la madre cariñosa, [na,
la que tiene por rostro una azucena
y mejillas de rosa,
que esparce sus miradas impregnas en tristeza
y que tiene en sus labios pendiente una ora-
para el pueblo que gime, [ción
para el pueblo que reza;
pueblo que se redime
al cantarla y rezarla con fiel adoración.
Ella, la Virgen pura; Ella, la Virgen bella,
madre de desgraciados,
que ilumina en el cielo como estrella
a los desamparados.
Y tiene camarines
rodeados de perlas y jazmines,
y tiene un manto
bordado en oro y pálido amaranto.
Es la excelsa Patrona,
la mejor valenciana,
la que tiene de piedras la corona,
la que tiene por rostro la mañana
de mayo más hermosa,
la Misericordiosa.
Queredla, valencianos,
que ella es la madre del Dios de los amores.
¿Queréis que algo la ofrenden vuestras ma-
Llevadla muchas flores, muchas flores. [nos?

.....
Y ya, Valencia mía,
para que nada falte en este canto
de amor y valentía,
voy a citar a un Santo,
aquel gran San Vicente: a su oratoria,
de sin igual memoria;

a su lengua de oro
se debe la expulsión del infiel moro;
quizás con este hecho
quebrase los anales del derecho;
pero es cierto
que desde aquel entonces poseemos
lo que en mayor veneración tenemos:
Valencia, con su huerto;
la reina de las flores,
el amor del amor de los amores.

*

Perdóname, Valencia,
si con mi pobre lira, de triste trovador,
he querido poner sutil esencia
a este canto de amor.
Sólo pido que en premio a mis loores,
ya que mi voluntad ha sido fuerte,
me permitas la suerte
de aspirar el perfume de las flores
de tus lindos jardines,
adornados de blancos y carmines.
Ya que ha sido mi canto pobre trova
arrancada a mi lira de caoba.

Rafael Muñoz Valcárcel.



El conde de Salvatierra.



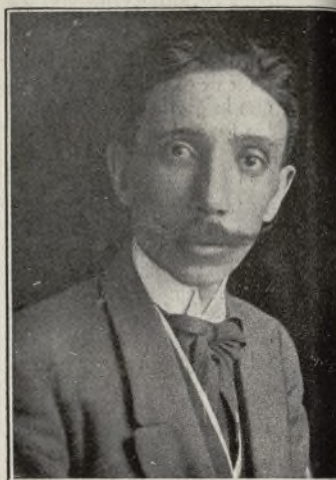
Los crímenes sindicalistas se suceden sin que las autoridades se decidan a desentrañar y resolver de una vez el grave problema que ellos representan. El atentado contra el conde de Salvatierra, del cual resultó muerto, así como su hermana y gravemente herida su esposa, ha causado en toda España general indignación. El Sr. Maestre Laborde había demostrado ser un gobernante enérgico, entendido y consciente, lo que le acarreó el odio de los sindicalistas, que juraron y ejecutaron su muerte

PRO TANGER

Un grupo de buenos españoles, entusiastas y decididos, están verificando por su cuenta una intensa labor de comprensión del problema marroquí y levantamiento de la opinión en el asunto de Tánger. Ultimamente llevaron sus andanzas hasta la misma ciudad del Estrecho, donde celebraron un mitin que, naturalmente, despertó gran interés en la colonia española de aquella ciudad. En la fotografía aparece el grupo de parlamentarios, a cuyo frente marcha el Sr. Francos Rodríguez, en el momento de ir a embarcar con rumbo a España después de realizada su patriótica labor.



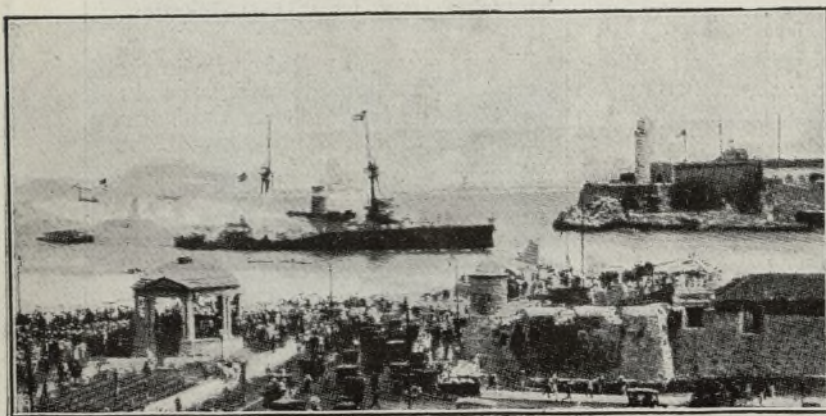
El capitán Díez del Corral.

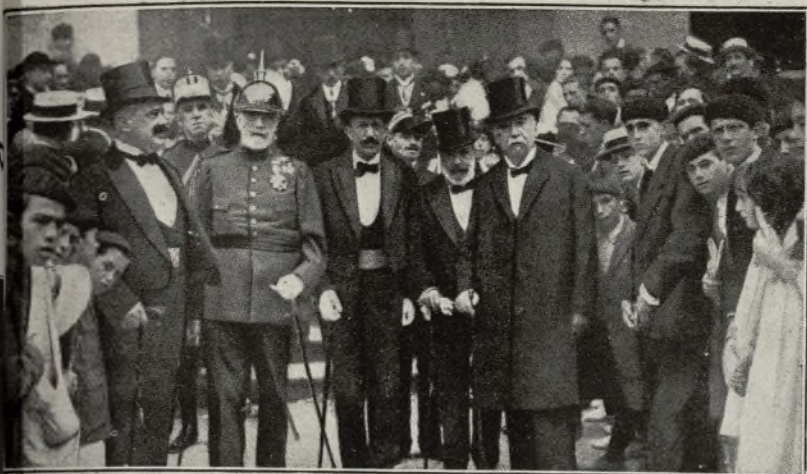


Publicamos el retrato del capitán de Infantería y distinguido escritor D. Eduardo Díez del Corral, que ha obtenido un gran éxito en la preciosa comedia «Puesta de sol», estrenada en teatro Principal de Santa Cruz de Tenerife por la compañía «Ateneo», y enviamos desde estas columnas nuestra enhorabuena al autor.

El Alfonso XIII en la Habana

La llegada a la Habana nuestro acorazado Alfonso X ha sido un acontecimiento para la bella capital cubana, que ha desvivido en mostrar fiestas y halagos el cariño que hacia los españoles siempre ha tenido. Nuestros marinos, agasajados y llevados en triunfo por todas partes, traerán a España un recuerdo de su viaje que enorgullece a la vieja madre que goza en recobrar el cariño de la hija emancipada y ahora se recrea en la contemplación de su prosperidad. Nuestra fotografía muestra el momento en que el acorazado al entrar en la bahía, camina por las salvas de ordenanza del fuerte del Morro,





El Congreso de Estudios vascos en Pamplona.

La inauguración del Congreso de Estudios vascos en Pamplona ha revestido gran solemnidad. Aneja al Congreso se celebra una interesante Exposición de Arte regional, que por la valía

de los objetos expuestos ha atraído numerosos visitantes.

En la fotografía que publicamos aparecen los gobernadores militar y civil con los alcaldes que han asistido a los festejos, saliendo de la catedral de Pamplona después de la inauguración del Congreso.

Homenaje a Palacio Valdés.

Asturias ha dedicado a su ilustre novelista D. Armando Palacio Valdés un homenaje, que se realizó en Avilés, inaugurando el bello teatro de cuya fachada publicamos la fotografía y que lleva su nombre.



Raimundo del Pino, director de la Academia de Telégrafos «PINO» (Montera, 35), y los profesores de la misma, que han sido obsequiados con un banquete por los alumnos ingresados en la última convocatoria, como muestra de admiración y gratitud por el éxito alcanzado, aprobando en el ejercicio previo 65 de 80 presentados e ingresando 51 de los 56 presentados en la oposición.

El monumento de "La trinchera de las bayonetas".

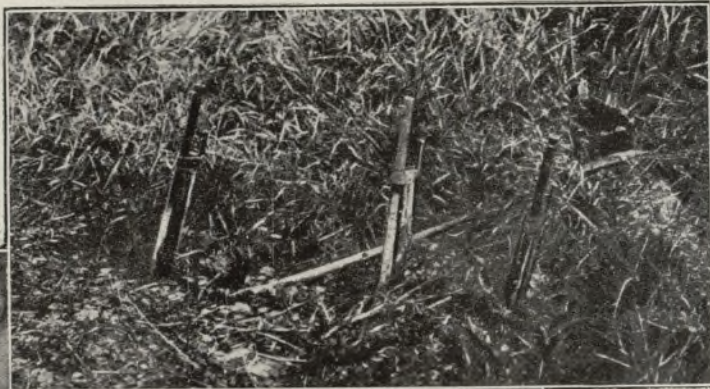
En nuestro número anterior publicamos los proyectos premiados en el concurso celebrado para erigir en la Meseta de Bormans un monumento que recuerde a las generaciones venideras la sangrienta batalla del Marne. Hoy damos noticia y fotografías de un monumento más sencillo, pero quizá más emocionante: el que se va a levantar en Verdun sobre la trinchera de las bayonetas.

¿Conoces, lector, este episodio de la guerra? Es horrible y espeluznante. Escuchad:

El día 12 de junio de 1916 una sección del 137 regimiento de

diez aparecían sostenidos por las manos de los muertos, indicando el sitio de la tragedia. Y la trinchera de las bayonetas se convirtió en lugar de peregrinaciones...

Los visitantes no supieron respetar el lugar y arrancaron a los heroicos muertos las armas, que



La trinchera de las bayonetas en Verdun. Proyecto del monumento que va a ser construido por voluntad del millonario norteamericano Rand. En lo alto, aspecto actual del terreno en el que sobresalen los fusiles de los soldados que quedaron enterrados por el movimiento de tierras de la trinchera.

Infantería bretona se hallaba agrupada en la trinchera con la bayoneta calada, el fusil en alto, dispuestos para el ataque. De pronto, el suelo, agujereado, sacudido por los innumerables proyectiles de cañón, se movió como el mar. Entre las sacudidas de vanguardia y retaguardia los dos taludes de la trinchera se unieron. Los hombres quedaron enterrados de pie, muertos por el aplastamiento de las tierras, que los mantuvo derechos para siempre, conservando como último gesto de su valor el fusil en alto, sobresaliendo con sus bayonetas del suelo removido. Así quedó enterrada entera la sección del regimiento 137. Cuando terminó la guerra, los primeros visitantes del campo vieron estos fusiles con sus bayonetas, que en número de

hasta último momento supieron conservar en alto como testimonio de su pujante y rrena quitando las bayonetas de los fusiles y aun trozando algunos de éstos para utilizar un trozo de su madera como recuerdo del glorioso combate. He aquí cómo conocer este rico banquete norteamericano M. G. T. Rand ofreció 500.000 francos para que sobre la trinchera de las bayonetas se elevase un monumento que, al mismo tiempo que recordase el hecho, sirviera de protección a las gloriosas reliquias. La mala suerte quiso que pocos días después el generoso norteamericano, habiendo marchado a Londres en avión, perdió la vida en un aterrizaje desafortunado. Sus herederos han mantenido la oferta y en consecuencia, han encargado al arquitecto M. André Ventré, jefe de los monumentos históricos, la erección de un monumento, que se construirá según el proyecto que presentamos en el número anterior.

El Alferez Zeda

DESDE VILAPOCHA
(De nuestro corresponsal.)

CONFERENCIA NOTABLE

Dejando para otra crónica un porción de noticias de menor cuantía, voy a distraer a mis amables lectores copiando algunos párrafos de la notable conferencia pronunciada el domingo último por el ilustre miembro de la Academia de Investigaciones Psicológicas excelentísimo señor D. Exuperancio Cerrójez, nuestro eminente huésped, «hoy por hoy».

El eximio filósofo accedió a dirigirnos su cáli-do y vibrante verbo ante los insistentes requerimientos de la colonia más o menos intelectual. En el salón de baile del «Gran Hotel Villapochano», adornado convenientemente, tuvo lugar el acto, que resultó brillantísimo, como se esperaba, *dada* la cultura del eminentísimo conferenciante.

Versó su conferencia sobre «La inmunidad de la psiquis humana en su parte versátil, relacionada con la estructura de la radiografía a través de los tiempos», y a falta de taquígrafos, que aquí no usamos, intentaré transcribir parte de la conferencia, valiéndome de las cuartillas en las que el gran filósofo tenía hechas sus apuntes. He aquí algunos *pedazos* de su discurso:

«La raza humana es un conglomerado de fuerzas heterogéneas que galvanizan absorbentes las tenebrosidades del caos. La aberración ultraterrena del espíritu, que se expande devastador al no poder contenerse en sus frágiles moldes; la yuxtaposición de las moléculas impalpables en el éter; la elasticidad difusa, que en revuelta vorá-gine evoluciona en la bóveda celeste, son, indudablemente, los tres puntos de partida en los que se apoyan las teorías filosóficas de Krausell (hijo) y Krausell (cuñado); que afirman, de una manera categórica e incuestionable, que la humana especie camina por un nuevo derrotero horro de escepticismo, que la conduce a los albores radiantes y luminosos de un futuro perfecto. (Grandes aplausos.)

¡Ah, señores! Recorred conmigo los vastísimos campos de la Historia; escrutad, como yo escru-to, los más recónditos ostugos del pasado; buscad en las tinieblas, abrid los ojos hacia la clarividencia, analizad los fenómenos percursoros de la paleontología de la especie, ved con la mente poderosa y apocalíptica la tenue pátina de las civilizaciones muertas, entrad de mi mano en los antros tumefactos de la prehistoria, venid y va-

mos todos a desentrañar los arcanos ancestrales y abúlicos de las remotas y pretéritas centurias, despojaos de esa clámide de atavismo que os aherroja y oprime, quitad de vuestras almas las incongruencias medioevales que las flagelan, analizad dentro del progreso la exuberancia de las pasiones mundanas, rasgad con vuestras garras rapaces y fehacientes los densos velos que obscurecen vuestras inteligencias portentosas, llega, corred, andad y veréis cómo tenía razón el glorioso Calderón de la Barca cuando en su inmortal *Don Juan Tenorio* puso en boca del protagonista aquel sublime soneto que comenzaba:

«Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir...»

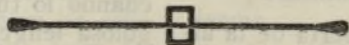
Ante los hechos comprobados por la metafísica y por la apicultura no hay más remedio que rendirse. La individualidad de las almas no existe, no puede existir. Píramo y Tisbe, Hero y Leandro, Cástor y Pólux, Calixto y Melibea, Abelardo y Eloísa, Lagartijo y Frascuelo lo corroboran. Por eso vemos que la Humanidad no tiene la conciencia evolutiva que anhela, desde las primeras décadas, en que, exangüe y macilenta, retuércese en estertores de acantopterigio sacado de su líquido elemento y mostrando el palor enfermizo de sus mejillas simbólicas... ¿Qué es el mundo? Un átomo. ¿Qué es el hombre? Una mota. ¿Qué es la mota? Un grano de arena. ¿Qué es un grano de arena?... El grano de arena, señores, es el falansterio, es el oriflama señuelesco, es la base en la cual se afianzan y consolidan todos los prejuicios, todas las incumbencias, todas las susceptibilidades.» (Grandísima e impo-nentísima ovación, que dura un cuarto de hora largo.)

Terminó su brillante peroración entonando un himno sonoro y triunfal a la belleza de la mujer soltera, y antes de abandonar la tribuna dedicó un sentido recuerdo a todas las amas de cría de la provincia de Albacete fallecidas el año del có-lera.

Se trata de convencerle para que nos dé una segunda conferencia *por el estilo*. Hasta mi próxima. Salud, lectoras y lectores.

EL CORRESPONSAL
Por la transcripción,

Federico Reaño.



SAN DINERITO

Novela por

LUIS ANTÓN
DEL OLMET



CAPÍTULO PRIMERO

De cómo nuestro protagonista siente la necesidad apremiante de hacerse millonario y de cómo se inicia en el mundo fantástico de lo pingüe.

Despertó Romualdo, restregóse los ojos, e incorporándose en la cama nupcial, tuvo un largo bostezo. Su esposa, Enriqueta, se había escurrido ya, gorda y trabajadora, para disponer el desayuno de los chiquitines. Allá, en la cocina, como siempre, se enzarzaba el eterno diálogo:

—¡Se acabó, Serafina! Mucho roban los tenderos malditos; pero usted no es manca tampoco. A real cada huevo, no. Eso no, Serafina.

Y Serafina, un poco ronca—y no se alude aquí al aguardiente por no zaherir al servicio doméstico—, replicaba iracunda:

—Si no le convengo, señora, con darme la cuentecita, en paz. Treinta reales no dan para comer perdices. Se lo dice a usted...

—Una embustera.

—¡Señora!

—¡Qué señora ni qué demonio! Menos sisa y más honradez, Serafina.

Romualdo buscó sus gafas en la mesa de noche; se las caló, y dando una voz muy fuerte que cortara aquel diálogo sempiterno, llamó a su mujer.

—¡Enriqueta!

—¿Qué?...—respondió ella mohina.

—El periódico y el chocolate.

Instantes después se abrió la puerta de la alcoba y aparecía Enriqueta con unos lacitos re-

cogiendo en rizos el cabello, una bata marita que se ponía en las matinadas para evitar polvo del barrido y el frío del ventaneo, el periódico y el soconusco.

—Esta Serafina—exclamó—acaba conmigo. Tengo podrida la sangre. Debes reñirle.

Romualdo esbozó una sonrisita. ¡Reñir a un filósofo con una cocinero!

—¡Ea, ea! Ya sabes que no tengo carácter no soy de amo. Algo ha de sisar. ¿No siso yo mi sueldo? ¿No hace tres años que faltó a la oficina por tener influencia con los ministros y los secretarios? Enriqueta, la vida es pacto, tueta y sabia tolerancia. Yo siso, tú sisas, sisas.

Pero Enriqueta, que había dejado la jaca sobre el embozo, no sin haberle advertido a Romualdo que no manchase las sábanas, estaba para reñir mejor que para escuchar pláticas ciales.

—Tú eres un egoísta—repuso—, y yo soy un idiota. En vez de preocuparme, debiera desfogar, despilfarrar como tú. Como ella, como todos. Así aprenderías a preocuparte algo de esa cosa grotesca que se llama la sisa y que defiendes porque no la sufres.

Y se disponía a repetir sus argumentos todas las mañanas cuando se oyó ruido en el fogón de líquidos que se abrasan, y diciendo: —¡Ay, esa bestia estropeó la leche—traspasó el pasillo.

Romualdo entonces, feliz por aquella pausa, metió un bizcocho en el chocolate, cuando lo tuvo bien empapado se lo llevó a la golosa lengua de sibarita. Saboreó así los bizcochos de ración; manchó, como estaba

visto, la sábana, que se mudaba cada quince días, y cogió *El Liberal*, no sin haber doblado el embozo para evitar que la huella de chocolate apareciera súbita, dando lugar a una escena trágica.

Con un cigarrillo entre los labios, el diario favorito ante los espesos lentes, gozando el calorcito de aquella cama perezosa, no oyendo ya los regaños de Enriqueta, se advirtió feliz. Empero allá en el fondo de la conciencia, y mientras iban pasando ante sus ojos los partes de la guerra, las informaciones de espionaje, las Cortes, la Bolsa, vibraba algo así como un germen de acometividad insólita en su apacible temperamento.

—En el fondo tiene razón Enriqueta—pensaba vagamente—. A los cuarenta años, con tres hijos, es preciso romper, salir. ¿De qué te sirve, Romualdo, ser un pensador, haber escrito dos folletos sobre el aprovechamiento de los jardines públicos para el cultivo de la patata, estar iniciado en la dulce teosofía, pertenecer al partido reformista, que es la cumbre de lo aliadófilo; dar conferencias en el Ateneo y ganar poco más de cien duros al mes, entre la cátedra de aritmética en la Academia preparatoria y el sueldo oficial que rehuyes como un vulgar cacicuelo?

Dejó caer un momento el periódico sobre el edredón, se rascó la coronilla, se estiró entre las sábanas, y dijo:

—Realmente se hacen grandes negocios. Yo no soy imbécil. Tengo alguna influencia. Sería cosa de proponerla a Castañares...

Y Castañares, todo Castañares, surgió ante Romualdo, cetrino, nervioso, siempre en el tren, fletando barco, comprando y vendiendo tubos, vías férreas, corcho, arroz, traviesas, caballos, cerdos, ajos, puerros y hasta cañamones.

—¡Si Castañares me quisiera asociar a sus negocios!

Cogió *El Liberal* de nuevo y se puso a leer una crónica engolada. Pero no tenía ya el cuerpo en tren filosófico. Enriqueta, Serafina, los desechicos, la sisa y Castañares bailaban una zambombando en su imaginación. Tiempo hacía que la golosina financiera se le brindaba tentado. Pero aquel día su carcoma interior parecía crecerle con ahinco. ¡Se hablaba tanto en Madrid de negocios, de millones! Todo el mundo aspiraba a medrar. El sucio hidalgo manchego mermaba sus manos en guisantes y lentejas para saquearlas llenas de oro. Un santo nuevo, San Dinerito, era quien absorbía la adoración de España.

—Es preciso ser rico—pensó—. Estoy perdiendo la ocasión propicia. La guerra ha creado enormes fortunas. Hombres que ayer co-

mían de fonda una vez al año, tienen ahora automóvil y una corista pinturera en la calle del General Porlier. Estás haciendo el carabao, Romualdete.

Y se tiró de la cama, y sin ocuparse del baño, pues sólo se remojaba los pies cada quince días—abandonando las abluciones integrales para el verano—, se puso los calcetines zurcidos, los remendados calzoncillos, las botas con fuertes media suelas, la camisa, y salió al tocador para deslegañarse, mojar el pelo y trazar la raya, darse un poco de cepillo en los dientes y ponerse en condiciones de emerger a la calle sin parecer un poeta, cosa nefanda bajo la sombra de San Dinerito.

Eran las once ya. A las doce tenía su primera hora de cátedra. Besó a su costilla, se embutió en el gabán, cogió el bastón, bajó el cuarto piso de una casa moderna sita en alegre y lejana barriada, y llegó a la acera, donde le sorprendió la bonanza del día.

—Aun tengo media hora larga—se dijo consultando el reloj—. Iré a pie.

Y lento, filosófico, espiritual, más alto que los afanes humanos, tan mezquinos, bajó hacia el centro de la corte, mirando y remirando las casas recién construídas.

Evidentemente crecía y se enriquecía Madrid. En menos de veinte años la ciudad se había triplicado, por lo menos. ¡Qué de fortunas, qué de lujo significaba todo aquello! ¡Cómo había brotado, en plena Castilla, la flor un poco viciosa, pero seductora, de la civilización mundial!

Se detuvo un instante para reflexionar, según su costumbre de pensador, y se aupó moralmente sobre sí mismo.

¿Quiénes eran, en realidad, aquellos hombres que erguían palacios, hacían ronflar automóviles, gemir las prensas y conmovirse al mundo? ¿Significaban más que Romualdo Mendicuti, orador, escritor, matemático y reformista? ¿Por qué no había él de intentar esas andanzas tan fáciles que improvisan fortunas enormes? Más arduo que un negocio es un problema de logaritmos. Y Mendicuti poseía los logaritmos hasta hacerlos esclavos; conocía los rincones del álgebra como los de su domicilio, y tenía ante la filosofía de Krause un tuteo.

Estuvo en clase un poco distraído. Al salir—era ya la una y media—, y cuando se disponía a tomar un 4 en la Puerta del Sol, oyó decir:

—¡Mendicuti!

Se volvió con sus lentes espesos, de miope magno, y buscó en el éter.

—¡Castañares! Lo trae a usted la Pro-dencia.

—¿Y eso?

—Estoy pensando en usted durante toda la mañana.

—¿Qué ocurre?

—¡Hombre, no es para dicho así, de repente! Negocios...

—¿También usted?

—Sí... Es lo del día.

Castañares, señalando el cartapacio que siempre le acompañaba, exclamó:

—Tremendo. No es vivir. He fletado un costero en Alicante para que lleve carbón desde Gijón a Barcelona. Cada viaje me dejará unos diez mil duros. Esta noche salgo para Asturias. Ahora mismo llevo de Valencia. Tremendo, querido Mendicuti.

Mendicuti escuchaba, fascinado, a Castañares. Eso era vivir. Eso era ser hombre. ¡Diez mil duros en cada recorrido! ¡Qué barbaridad! ¡Qué maravilla!

Lo miró con fanatismo y deslizó un acercamiento clandestino y suave:

—Pero será muy difícil meterse en esas cosas... —farfalló Romualdo con envidia—. Hará falta dinero. Aunque usted no era un acaparador de oro —añadió, haciéndose perdonar con el gesto aquella frasecita irónica.

Castañares no sintió la ofensa. Estaba más alto que el humorismo, y vivía extraño al donaire.

—¡Ca!—dijo—. Hace falta muy poco dinero. Lo que hace falta es querer. Un poco de vista, actividad... La guerra es una avalancha de intereses. Si dura siquiera un añito más, que Dios lo haga, me retiraré de los negocios con un milloncito. Usted...

—Yo tengo poca vista.

—Pero tiene influencia.

Y recordando entonces algo sublime, dijo:

—El carbón... El carbón es oro. El rico carbón nacional me está ahora poniendo fajas de sebo entre cuero y carne. ¡Oh, y si yo tuviese conocimientos en la Embajada inglesa!

Mendicuti, que por ser reformista y aliadó-

filo no se sentía muy lejos de la magna Albión insinuó:

—¿Qué haría usted?

—Dar el brinco fulminantemente. Tremendo, querido Mendicuti. Lo del carbón inglés es tremendo. ¿No podría usted alcanzar un permiso para traer de Cardiff algunas toneladas?

—No me parece imposible.

Al oír esto se encendió Castañares como una bombilla eléctrica con tulipa roja.

—Bueno, almorcemos por ahí. Tremendo. Le invito, querido Mendicuti.

Y arrastrando a Mendicuti, como el águila lleva a la hoja, lo zampó dentro de un café,

mientras pedía sopa, tortilla con jamón y unos raciones al jerebe planteó el negocio, aquel formidable negocio que Mendicuti iba a realizar para brarse de la sisa de la contrasista para llenar de jivas a Enriqueta de institutrices Romualdín y a los otros, y para dejar, ¡puf!, la ctedra y el destino trocándose en un especie de Wilso ibérico, lleno, de cultura ate neísta, pero también de pesetas francos, dólares libras, con un racasuelos, una m

quina Vost, unos tirantes y una camisa rayas.

CAPÍTULO SEGUNDO

En el que un pícaro negociero expone sus vastos planes mercantiles.

—Verdaderamente—dijo Castañares cuando hubo masticado el último trozo de riñón—gustase come bien en este café. Yo insistiría en tu chuleta de cerdo. ¿Hace?

—Bien por el cerdo.

Aun hubo quesos de varias clases, frutas, café, coñac y sendos habanos, que el anfitrión hizo traer de cierto estanco favorito donde tenían las frescas cajas de cigarrillos en la húmeda cueva.

—Invito yo—decía a cada instante—. Me



toy haciendo rico, y es justo que los amigos disfruten un poco.

Otilio Castañares no perdonaba la charla por la manducación. Deglutía y peroraba con idéntico ahinco. Como el filosofastro de Moratín, sabía hablar y engullir a la vez.

—Algo molesta es mi vidilla—decía guiñando un ojo—; pero, ¡rediez!, no todo ha de ser comodidad. Tengo el ferrocarril por casa. Pero, bueno, vayamos a lo nuestro, Mendicuti.

Mondó un plátano, y con la fruta entre los dientes negros, de fumar, empezó:

—Lo tengo preparado todo. Usted conoce la carestía del carbón, la insuficiencia de la producción española. Si traemos carbón de Inglaterra nos lo beben. Londres lo sigue vendiendo barato. Aquí se paga caro. La dificultad podía estar en el flete. Pero mis consocios, Ripoll, Andréu, Canallals y Compañía, de Barcelona, tienen barcos. *El Agiotista* (3.000 toneladas) está fondeado en Denia, esperando órdenes. Lo manda un barbarote ferrolano, un tal Fustagueiro, que ya torpedearon los alemanes cuando piloteaba el velero *Neutral*. Fustagueiro es un coloso, un atlante. En una ocasión... ¿Cuántos terrones?...

—Tres. Basta.

Removían el café. La gente mediocre y espesa llenaba el ámbito. Divanes rojos y espejos que dilataban hasta el infinito la estancia decoraban aquel viejo establecimiento castizo y madrileñazo. Mendicuti, aturdido por la charla, los ruidos, las luces, seguía escuchando a Castañares con una veneración soñolienta.

—Lo que falta—añadió el financiero—es un permiso del Gobierno inglés. Cuando usted lo tenga, firmamos el convenio. Mis socios y yo nos comprometemos a entregarle cinco duros por tonelada. Lo menos que importaremos serán 25.000. De ahí para arriba.

Se detuvo el economista; sacó un lápiz e hizo la cuenta sobre el mármol.

—¡Ciento veinticinco mil duros! Tal es su comisión. Para dejársela olvidada en el tranvía, ¿no?

Luego, intentando suavizar un poco la cifra, confidenció vagamente:

—Negocios mayores se han hecho como yo me bebo un tragó de coñac. Tremendo, querido. Si usted lo exige se le hará un depósito por todo el dinero en un Banco, y a medida que los barcos carguen, podrá usted ir retirando sumas. De esto hay precedentes. Casi todos los negocios de exportación—de contrabando, como dice la bochería—siguen esa misma pauta.

Romualdo no daba crédito a tanta aventura. Era imposible que la Embajada inglesa prodigara esos permisos. Equivaldría a regalar patentes de millonario. Insinuó:

—Será imposible alcanzar esa autorización de la Embajada. O, por lo menos...

Castañares lo negó en absoluto. Claro que no se repartían esos permisos en la puerta del palacio oficial británico, que no iba el embajador por las calles ofreciendo cheques, que no se anunciaban en los periódicos salvoconductos de opulencia. Pero así como los ingleses tenían buen cuidado en perseguir al germano y al germanizante, ponían el mismo interés en servir al indígena que sintiera amor por Albión. Mendicuti era reformista. Había publicado algunas curiosas estadísticas sobre la superioridad británica. Lo que Mendicuti debía hacer era explotar un poco su situación ante la política internacional.

Recapitó breve, e iluminando su frente, lanzó una idea genial.

—Ya tengo el medio.

Bebió agua, se enjuagó, se la tragó, y dijo:

—Tremendo, querido Mendicuti. La opinión de los intelectuales es muy codiciada. Envíe usted su adhesión aliadófila a *El Bahuarte*, periódico antiboche. Está publicando una encuesta sensacional. Hágala reproducir en otros diarios. Y un día... Pero todo esto con rapidez. Antes de un mes debemos tener papiros en la buchaca. De usted depende. ¡Si yo tuviera pluma y talento como tengo vista!

Concertado el plan en absoluto, llamó Castañares al camarero. Pepe, alto, corpulento, asturiano, cogió un lápiz que tenía sobre la oreja, y junto a la cuenta del negocio trazada por Otilio, sumó:

—Diez y seis con treinta y cinco.

Mendicuti quiso pagar; mas Castañares se negó, agraviado.

—He invitado yo.

Tiró un billete de cinco duros, muy arrugadito, sobre la mesa y recogió la vuelta, dándole una peseta a Pepe. Luego:

—¿En marcha?

Runroneaba el público madrileñazo y simpaticote del café; la tertulia de los jubilados, agria, mordaz, añorante; el sargento y la chula con mantón de alfombra; la modistuela que lleva la mantilla hasta debajo de la nariz, según moda inquietante, y el seductor cuarentón y solterón, que tiene una plaza en el Tribunal de Cuentas y que emplea sus tardes en conquistas y devaneos; los pequeños chamarileros de joyas que se muestran el aljófar averiado que una cancionista abandonada por su viejo ha malvendido; la familia artesana que se regodea con sendos vasos de achicoria, y cuyo nene se cisca, inoportuno, sobre los pañales... Gente buena, risueña y hospitalaria; esa gente de Madrid, churrera y rosquillera, que come buñuelos de viento por los Santos, pavo en Navidad, hornazos en Pascua, horchata de chufas en los

puestos veraniegos; que tañe el pito en San Isidro, entierra la sardina en la pradera, se viste de bebé o destroza en Carnaval; esa cosa alegre, graciosa y abigarrada que forma el alma atractiva, original y sonora de la vieja corte.

Mendicuti paseó sus ojos miopes por el ámbito chillón y pintoresco. ¡Cómo adoraba Romualdo al gentío aquel, tan retrechero y tan suyo! Aun siendo leonés tenía en la sangre el morbo de Madrid. Amaba a Madrid y a su gente con amor amplio y culto. Sabía que aquellos seres, al parecer borrachos de torería, inhibidos de toda preocupación seria, fáciles a la veleidad, que sufren, riendo, la nieve y el bochorno, el alza de la vida, la falta de acción, los malos ministros y los peores concejales; muchedumbre juerguista y tanguista, bailarines ante cualquier charanga, y para cualquier novillada pignoradores del colchón, eran algo así como el vivo corazón de España, mezcla de todas las sangres ibéricas, tipo lleno de inteligencia y de emotividad, al parecer sin opinión, pero magnos cuando un peligro se acerca; románticos y audaces si la libertad zozobra o si una región amenaza desunir a la patria, que estos madrileños sin región, pues de todas proceden, sienten por encima del hambre y del frío.

Mendicuti, que ya se veía millonario, paseó los ojos y el corazón por aquella muchedumbre.

—Cuando yo sea rico—pensó como un evangelista financiero y americano—he de velar por vosotros. No quiero la riqueza por los placeres individuales, brutales, que produce. Yo os serviré, genticilla mía que va a los toros con estrépito, que hace fila para ver el desfile de esos soldados nuestros que tienen hechuras de torerillo andaluz.

Y se veía edil o diputado provincial, y hasta a Cortes. Y decía:

—Ya que todos piden para sus comarcas, hallaréis en mí al tribuno madrileño. Tendréis grandes vías, canalizaciones, pan barato, risa y holgorio; pero también riqueza y poder. Deberais dejar vuestro cocido y vuestras chancletas, relegar vosotras el soplillo y vosotros la capita vieja. El día en que, como yo, os asociéis a la vida inquieta de los grandes pueblos, seréis el país soñado y sabréis ostentar el armíño de la riqueza, sin perder la aristocracia de vuestra lozanía inteligente. ¿Concebís al chispero en automóvil? ¡Arriba, compadres!

Romualdo Mendicuti estaba transfigurado en el rincón de aquel café vocinglero. Alma latina e improvisadora, borracho de Castañares, se veía ya opulento, rodeado de talegas repletas, señor de cheque, emperador de la letra mercantil. Ebrio de patriotismo y de localismo, abriría para las fauces sedientas de los tímidos, inadaptables la espita de su oro líquido. Dueño, amo de la fuerza, cubriría de felicidad la corte e iría llamando a todas las covachas para decir:

—Señora Eufrasia, vuelque usted ese puchero de bazofia. Existe el faisán.

La gente seguía platicando.

—Repito que la salvación está en Cierva.

Otro:

—Pestaña le ha de poner el cuello en la guillotina antes de ocho días.

Un novio:

—¿Vamos, prenda?

Una madre:

—Este crío me ha mojado hasta los huesos.

Saliéron a la Puerta del Sol. Caminaron juntos por la Carrera de San Jerónimo. En la Cuatro Calles se despidió el financiero.

—Bueno, tengo que preparar mi viaje. ¿Estamos convenidos? Usted publica su adhesión va a la Embajada. Todo esto es cuestión de seis días. El lunes estaré de regreso. Nos veremos, a las tres, en El Lobo Gris. Allí suelen tomar café. ¡Tremendo, querido Mendicuti! ¡Ricos!

Luego, de una manera frívola y sin darle importancia:

—¡Ah!—exclamó—déjeme diez duros. Necesitaría cobrar un cheque y se me ha hecho tarde.

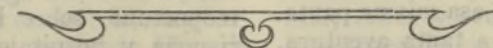
Mendicuti, un poco absorto, pero sin acción defensiva, poseído, sacó la cartera y buscó al un verdolago.

—Tenga.

—Gracias. Hasta el lunes. No falte.

Se alejó rápido, nervioso, su cartapacio en la mano. Romualdo lo siguió con la vista. En Mendicuti el ave casera que ha visto abatirse un día sobre su corral a un pájaro andariego. El forastero se llevó carne en el pico y plum en la garra. Pero como aquel loco de los aires y de los dilatados horizontes es audaz y fuerte, ha pagado su albergue del momento dejando en el corral una inquietud y una ilusión.

(Continuará.)





Hoy presentamos a nuestros amiguitos el proyecto de un laberinto de esos que tanta distracción proporcionan en las ferias de algunas ciudades. Nuestros pequeños lectores pueden construirlo sin grandes gastos, en el jardín o en el patio de su casa de verano, e invitar al juego a sus relaciones.

La construcción más sencilla se hace con cañas, que sirven para armar el muro, que quedará formado por papeles tendidos de caña a caña. Es cualidad indispensable que esos periódicos no tengan estampas que puedan servir de orientación a los que recorran el laberinto.

*

También daremos a nuestros pequeños lectores el medio de construirse en casa unos muñecos de gran originalidad.

Para ello tomaremos como primeras materias las siguientes: cañas de diferentes calibres, bien rectas, para formar el armazón; luego varias horquillas para asegurar las cañitas. Estas horquillas deben ser de alambre cocido, pues de no ser así se romperían al doblarlas.

El cuerpo o busto, formado de dos piezas, puede ser de madera blanda como el chopo; también se emplea con el mismo objeto un nabo seco. Para impedir que se deforme se le da una capa de yeso desleído en cola, dejándolo secar bien antes de manejarlo. La cabeza se modela en otro esferoide de nabo o en un corcho grande, de los que sirven para tapar toneles, pero cegando los agujeros con la pasta de yeso y cola. Las piernas se forman enchufando cuatro cañas de diferente diámetro.

Para abrir los agujeros en la madera y en la caña se enrojece al fuego una aguja de hacer calceta, asiéndola con un trapo para no quemarse, y se va pasando en el punto que se quiere abrir.

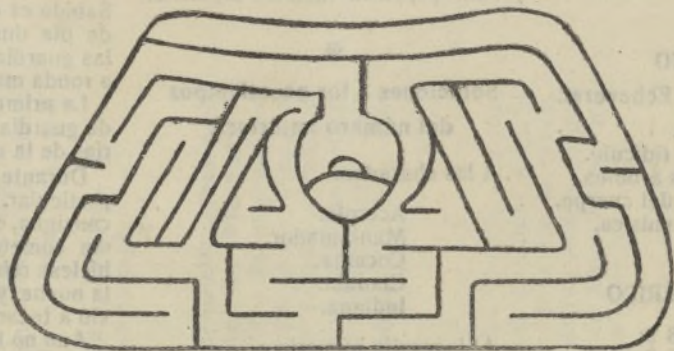
Después que se ha asegurado bien el armazón con horquillas, hilo fuerte y un trozo de aguja de hacer calceta, se procede a terminar la cabeza, que es lo

más importante: encima de la primera capa de yeso alisado con polvos de piedra pómez, se da otra mano de blanco, mezclando con él un poco de bermellón para que imite el color de carne, poniendo en el sitio de las mejillas más bermellón y fundiéndolo con un pincelito seco. En el sitio de los ojos se clavan dos alfileres de cabeza de cristal, azules si la muñeca ha de ser rubia, o negros si ha de ser morena. Luego se traza la forma de la nariz y la boca con bermellón rebajado; con amarillo, negro y blanco mezclados se perfilan las cejas y pestañas; se llenan con blanco los cuatro triángulos que forman los ojos, y ya sólo falta colocar la peluca; si se quiere dar un baño de cera a la cara se pueden hacer fundir bujías en el baño de maría, o sea en un pequeño puchero metido en otro

grande lleno de agua y expuesto al fuego; cuando se han fundido las bujías se quitan las mechas y se sumerge la cabeza de la muñeca, volviéndola a sacar en seguida, procurando que no gotee; la esperma debe cubrir enteramente la cabeza y ésta se sumergirá de modo que la cara vaya arriba para que las gotas queden en la parte

posterior y puedan cubrirse con la peluca. Esta se forma con el viso del maíz, en el cual se hallan todos los tonos del cabello. Se forma un casquillo de papel delgado y fuerte que ajuste con el cráneo de la muñeca, y luego se pegan con cola las guedejas, partiendo de la frente abajo y del centro hacia los lados.

Estas indicaciones de construcción nos pueden servir también para recomponer muñecos rotos o fabricar sobre restos de los destrozados.



PARA PASAR EL RATO

DIVERSIONES Y ENTRETENIMIENTOS

CHARADAS

por E. G. Echeverst.

Primera cuarta, sin duda, es mamífero rumiante, al ciervo muy semejante, pero de forma más ruda. El *dos cuarta* es animal que si unas veces espanta, haciendo gracias encanta por ser muy original. De aplicaciones sin cuento, el *tres cuatro* es una planta. *Todo* se forma y levanta, en la tierra, mar y viento.

*

Primera es una vocal que acertarás en seguida, y una flor medicinal *tres cuatro*, muy socorrida. La *quinta* te es conocida por ser nota musical; constelación, la *segunda*; el *Todo* en la costa abunda, y si quieres más señal, allí donde hay mar profunda.

*

CHARADÍSTICO

por E. G. Echeverst.

1.^a } 3.^a Arido.
2.^a } Feo o ridículo.
3.^a } 4.^a En los árboles.
5.^a } Parte del cuerpo.
Todo En la música.

*

LOGOGRIFO NUMÉRICO

1	2	3	4	5	6	7	8	9
7	9	4	3	2	8	6	9	
	7	5	7	8	2	8	3	
		2	5	3	6	3	4	
			7	5	2	8	9	
				2	3	2	9	
					9	6	9	
						1	5	
							1	

1.^a línea, nombre de mujer; 2.^a, ídem; 3.^a, nombre de hombre; 4.^a, nombre de mujer; 5.^a, ídem; 6.^a, ídem; 7.^a, ídem; 8.^a, lo que deben tener los hombres; 9.^a, consonante.

*

TERCIO DE SÍLABAS

•	•	•	•	•	•	•	•
•	•	•	•	•	•	•	•
•	•	•	•	•	•	•	•

Búsquense tres nombres propios, dos de varón y uno de mujer, de modo que, leídas las sílabas vertical y horizontalmente, den el mismo resultado.

*

SUSTITUCIÓN

•	•	•	*	•	•
•	•	•	*	•	•
•	•	•	*	•	•
•	•	•	*	•	•
•	•	•	*	•	•
•	•	•	*	•	•
•	•	•	*	•	•
•	•	•	*	•	•

Sustituyendo los puntos por letras, se ha de leer en cada línea el nombre de una capital de provincia española. Las estrellas, sustituidas también por letras, darán, leídas verticalmente, el nombre de una capital de provincia también española.

*

Soluciones a los pasatiempos del número anterior.

A las charadas:

Acerola.
Manipulador.
Cocaína.
Claudia.
Indiana.

Al logogrifo numérico:

ES-**R**IBANO
SERRANO
CRISIS
RISAS
INCA
BARRO
ASES
NARICES
O

Al problema de ajedrez.

1.º Torre a 8 de alfil de reina.
2.º Caballo a 3 de alfil de rey o a 4 de rey.

*

CASOS Y COSAS

Llegó a un regimiento de Infantería un quinto aragonés que en su

pueblo tenía fama de bruto. Antes de incorporarse, sus convecinos decían:

—Anda, que en cuanto llegues al cuartel ya te espavilarán. Allí, a lo que son tontos como tú les encienden el pelo.

—Y, además, se burlan de ellos les hacen cargar con los trabajos más pesados—añadió otro.

—Bueno, podéis decir todo lo que queráis. A mí la milicia no me da miedo, y en cuanto llegue al cuartel ya veremos quién es más listo de todos los del pueblo: yo, a quien daís fama de bruto, o los espavillados que han de ir conmigo.

Onofre, que así se llamaba el recluta, aprendió la instrucción al mismo tiempo que los demás, poniendo mucho cuidado en cuantas cosas enseñaban, y como no quería que nadie se burlase de él, era muy camón.

El regimiento estaba de guarnición en una plaza fuerte y el servicio se hacía como si fuese campaña. Sabido es que las funciones del jefe de día duran veinticuatro horas: las guardias le han de recibir con una ronda mayor.

La primera vez que Onofre entró de guardia fué en una de las batallas de la muralla.

Durante el día nada le ocurrió particular. Bien empapado de consigna, cumplió con su obligación sin cometer ninguna torpeza que hiciese reír a los demás; pero llegó la noche, y a eso de las doce le vio a tocar entrar de centinela.

Aun no hacía media hora que estaba apostado en la muralla, cuando vió un farol que era conducido por un soldado. No le cupo duda de que se acercaba alguien de los encargados de la vigilancia nocturna.

Al estar a la distancia conveniente, gritó, a la vez que preparaba el fusil:

—¡Alto!... ¿Quién vive?
—España—le respondieron.
—¿Qué gente?
—Jefe de día.

Ante esta contestación, y teniendo en cuenta la hora que era, creyó Onofre que querían burlarse de él y echándose el fusil a la cara, respondió:

—Estoy de centinela, y de mí se burla nadie. ¿Jefe de día y es de noche?... Arrea pa atrás o te pegaré un tiro.

Notas bibliográficas.

Mariposas de placer, novela de Félix Cuquerella.—Si Félix Cuquerella no hubiese cimentado ya sólidamente su fama de escritor interesante, fácil y correcto, esta novela le colocaría de un golpe en la fila de los elegidos. "Mariposas de placer" es una de las mejores novelas modernas. Su acción subyugante hace que, empezada a leer, no se deje de las manos hasta terminar su lectura.

Editada elegantemente por Caro Raggio, se vende en todas las librerías al precio de 2,50 pesetas ejemplar.

Memoria general de las prácticas generales efectuadas por la Academia de Caballería en el curso de 1919-1920.—Elegantemente editado, y con gran número de interesantes fotograbados, hemos recibido el "libro" que la Academia de Caballería publica como Memoria de las prácticas realizadas por los alumnos este año. El coronel y profesores de la Academia merecen plácemes por lo que significa esta obra en lo que respecta a adelanto y perfeccionamiento de la instrucción. Agradecemos el envío.

La anguila, novela cómica de Federico Reaño.—Es una preciosa novela, bien urdida, sentimental y humorística a ratos, en la que el comandante Reaño nos muestra la exitosa labor de su bien cortada pluma. Federico Reaño corona con esta novela la larga serie de sus obras, todas bellas, interesantes, educadoras y estupendamente escritas.

RESUMEN DE LEGISLACION

Mes de julio de 1920.

El número que precede a cada disposición es el del *Diario Oficial* en que aparece inserta la Real orden.

Colegio de María Cristina.

160.—Se determinan las pensiones que debe abonar el Colegio a los huérfanos que ingresen en las Academias militares antes de cumplir diez y nueve años de edad. Serán las de 1,50 peseta a los huérfanos de general, 4,25 peseta a los de jefe, una peseta a los de oficial y cuatro pesetas a los de clases de tropa.

Comisiones geográficas.

160.—Se determina la organización y forma de actuar de las Comisiones geográficas dependientes del ministerio de la Guerra.

Concursos de gimnasia.

167.—Se determina las condiciones según las cuales se celebrarán en las distintas regiones concursos de gimnasia durante el próximo mes de octubre.

Cruces.

159.—Queda aprobado el nuevo reglamento de la Orden de San Fernando.

Descuentos.

158.—Se determina que el descuento para los anticipos o débitos iguales o inferiores a dos pagas sea de un séptimo del sueldo, y el de los anticipos y débitos superiores a dos pagas de un cuarto del sueldo.

Ferrocarriles.

148.—Se crea el cargo de inspector general de Ferrocarriles y Elapas, que será desempeñado por un teniente general o un general de división.

SUCURSAL DE "ARMAS Y LETRAS"

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE PUEYO

: :: : Arenal, 6.-MADRID : :: :

EN/OS A PROVINCIAS

Generales honorarios.

166.—Se dispone que, teniendo en cuenta que siendo sólo honorífica la categoría de general de brigada concedida a determinados coroneles, no sea preciso llevar dos años de empleo para pasar a esa situación, y que no se cese en el período de las cruces concedidas hasta el empleo efectivo de general.

Granadas de mano.

168.—Se declara reglamentario para los regimientos y unidades de Zapadores Minadores el uso de las granadas de mano.

Jornales.

155.—Se dispone que los suboficiales de Ingenieros empleados en el servicio telefónico de las plazas disfruten el jornal de dos y cuatro pesetas diarias, según presten servicios ordinarios o extraordinarios de red.

Jueces de causas.

147.—Se dispone que cuando no haya en una población más que un destacamento reducido, desempeñen los cargos de juez y secretario de causas eventuales el personal de las Cajas y demarcaciones de reserva.

Licencias.

148.—Se dispone que los individuos peninsulares que sirven en Baleares y Canarias sean licenciados al mismo tiempo que los soldados insulares.

Obras de texto.

145.—Se modifica el precio de la Geografía universal de texto para el ingreso en las Academias militares.

Obreros filiados.

144.—Se dispone que los aspirantes a obreros filiados que hayan sido desaprobados no podrán solicitar nuevo examen en el plazo de un año.

Oficiales de complemento.

149.—Se dispone que los individuos de cuota en el tercer año de servicio puedan ser oficiales de complemento sin perder sus beneficios ni pasar por el voluntariado de un año.

Organización.

145.—Se dispone que las vacantes que se produzcan en las zonas, Cajas de recluta y demarcaciones de reserva se cubran con personal procedente de los Cuerpos que se marcan.

Policia indígena.

144.—Se subdivide la mía núm. 5 en dos, que llevarán los nombres de Beni-Hozmar, núm. 5, y Beni-Said, núm. 6.

Reglamentos.

166.—Se ponen a la venta el de la Orden de San Fernando, al precio de 0,50 pesetas, y el de recompensas en tiempo de paz, al de 0,15 pesetas.

Talla mínima.

144.—Se dispone que la talla mínima necesaria para los pechugas destinados a los regimientos de Artillería pesada sea la de 1,660 metro.

Uso de uniforme.

165.—Se dispone que en caso de actos indignos se prive de uso de uniforme a los jefes y oficiales retirados que tengan ese derecho.

Voluntarios de un año.

144.—Se dispone que pueden solicitar plazas de voluntarios de un año los voluntarios sin premio y los procedentes de alistamiento que estén en segunda situación, y los reclusos de cuota puedan por una sola vez, en el próximo mes de diciembre, concursar en el Cuerpo que hayan servido.

Se dictan, además, reglas para el examen y prácticas de los cabos, sargentos y suboficiales.

Anuncios por palabras.

Tarifa de anuncios en esta sección, incluido el impuesto del Timbre. De una a 15 palabras, 2,50 pesetas; por cada palabra más 15 céntimos.

SAHOL.—Es la mejor medicación para curar sabañones. De venta en las principales farmacias.

CAMISERÍA DE MODA.—Luis de Val. Camisas, corbatas, guantes, bastones, paraguas. Barquillo, 8 triplicado, Madrid.

CLEMENTE Y GARCÍA.—Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34, Madrid.

PARA pasar un rato distraído nada más a propósito. Cervecería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7.

SASTRERÍA DE MILITAR Y PAISANO.—Esmerada confección. Precios sin competencia. Eduardo Valdivia. Mayor, 84, Madrid.

PARA hombres.—Ayer ventruado; hoy enjuto: es que uso las FAJAS DE JUSTO. Probarlas es adoptarlas. Carmen, 10, corsetería.

AGERO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las Juntas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38, Madrid.

PREPARACIÓN MILITAR.—Ex profesor de la Academia de Infantería se ofrece para clases particulares. Informes en la Administración de ARMAS Y LETRAS.

Sección de consultas.

M. D. M.—*Almodóvar.*—Puede usted pedir particularmente la carabina, dirigiéndose al coronel jefe de la fábrica. Se la venderá si tiene construidas. Si tropezase usted con algún inconveniente avisenos y procuraremos allanárselo.

M. M. O.—*Tetuán.*—Para regresar a la Península tiene usted que cumplir un plazo mínimo de dos años, y si lo tiene cumplido anteriormente con exceso, le será de abono para este nuevo plazo el exceso sobre dos años antes servido.

E. M. M.—*Cartagena.*—Sentimos no poderle enviar el número primero; está agotado, y pensamos reimprimirlo en cuanto sea posible. Hacemos tapas. Avisaremos oportunamente para los pedidos.

S. R.—*Tortosa.*—Por correo se le ha enviado, certificada, la obra «Armas y Defensa». No se le ha enviado desde aquí número ninguno con la dirección del Colegio San Luis Gonzaga. Eso debe haber sido alguna aclaración de señas hecha en Correos.

E. P.—*Mahón.*—Como no tiene en la Penitenciaría cuenta con la Caja Central no podemos enviar los cargos en la forma que indica. Recibido el giro. El número de enero está agotado. Tratamos de reimprimirlo. Se publican desde este número las soluciones de los problemas de ajedrez.

F. G.—*Tetuán.*—Es el suyo un pleito que se ha trabajado mucho, pero sin resultado. Los audidores de tres años han ascendido a las 24 revistas porque tenían efectividad del mes de abril del 18 y, por consiguiente, de antes de la promulgación de la Real orden que marca los tres años.

A. L.—*Tetuán.*—Se le envía el número tres que indica en su atenta postal.

A. G. I.—*Tetuán.*—Se le envía el número tres. El de enero está agotado. Cuando se haga nueva tirada se le enviaremos. Suponemos habrá recibido nuestra carta. Le decíamos que, según informe del Supremo, hay que acreditar la posesión de la actual paga de capitán para conseguir la Real licencia.

J. de L. L.—*Cáceres.*—No se puede hacer nada. Hay muchos casos semejantes. Puede promover instancia; pero seguramente que no conseguirá lo que desea. Es una de las deficiencias que tenía nuestro reglamento de recompensas. Lo que tiene derecho es a no pagar la póliza de la cruz, en caso de pretender cobrársela.

M. L. P.—*Alcazarquivir.*—Me dicen que, según la Real orden de 28 de abril del 14, los destinos a Africa son por un plazo mínimo de dos años. Por consiguiente, a pesar de lo que creíamos, no puede usted pedir la vuelta a la Península hasta que pasen esos dos años. Del tiempo servido en Canarias le sirve de abono el exceso que tenga sobre un plazo de dos años.

J. J. N.—*Grado.*—Nuevamente informado, me aseguran que la cruz de primera clase de Beneficencia no tiene tratamiento especial. No hay que confundirla ni tiene paridad con las Ecomiendas. Es grado distinto e insignia distinta, puesto que éstas se llevan pendientes del cuello. Precisamente la Orden de Beneficencia tiene sus categorías asimiladas a las de las cruces militares, y en éstas (exceptuando la de San Hermenegildo), la cruz de primera clase no da tratamiento especial.

Si quiere usted conocer
en forma amena los últimos
inventos, suscríbese a
ARMAS Y LETRAS

PARA LOS MILITARES EN VIAJE

Hoteles recomendables que por estar adscritos a la Cooperativa militar conceden bonificación en sus precios a los militares.

Gran Hotel. Alicante. Propietario: Miguel Simón. Bonificación: 10 por 100.	Hotel Carrera. Mondariz. Descuento: 15 por 100.
Hotel La Perla. Almería. Plaza del Carmen, 7. Descuento: 20 por 100.	Hotel Inglés. Madrid. Echegaray, 10. Descuento: 10 por 100.
Hotel Suizo. Barcelona. Plaza del Angel, 10. Descuento: 10 por 100.	Hotel Patrón. Murcia. Descuento: 15 por 100.
Hotel Reina Victoria. Escorial. Descuento: 10 por 100.	Hotel España. Orihuela Descuento: 25 por 100.
Hotel Paris. Granada. Descuento: 10 por 100.	Hotel Suizo. Santiago. Cardenal Payá, 18. Descuento: 10 por 100.
Hotel Comercio. Logroño. Descuento: 15 por 100.	Hotel Antonio. Zamora. Descuento: 10 por 100.

Servicios de la Compañía Transatlántica.

LÍNEA DE CUBA-MÉJICO

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña para Habana y Veracruz Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña Gijón y Santander.

LÍNEA DE BUENOS AIRES

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y de Montevideo.

LÍNEA DE NEW-YORK, CUBA-MÉJICO

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz para New-York Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana, con escala en New-York.

LÍNEA DE VENEZUELA-COLOMBIA

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

LÍNEA DE FERNANDO POO

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa. Regreso de Fernando Poo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Además de los indicados servicios, la Compañía Transatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos del Cantábrico a New-York, y la línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares. Las fechas de salida se anunciarán con la debida oportunidad.

ACADEMIA "PINO" Exclusiva para el ingreso en el
Montera, 35 - MADRID **CUERPO DE TELÉGRAFOS**

Resultados de las oposiciones últimas: } Ejercicio previo: Presentados, 80; aprobados, 65.
 Oposición: Presentados, 56; ingresados, 51.

Profesores: **D. RAIMUNDO DEL PINO,**
 Jefe del Gabinete telegráfico del Ministerio de la Gobernación.
D. JOSÉ RODRÍGUEZ,
 Jefe del Gabinete telegráfico del Ministerio de la Guerra.
D. ANTONIO REYES,
 Doctor en Ciencias Físico-Químicas, profesor auxiliar de las asignaturas en la
 Universidad Central.

D. ISIDORO HERNANDO,
 Oficial poliglota del Cuerpo en la Dirección general.
D. MANUEL MAÑO,
 Oficial del Cuerpo en el Gabinete Centra.
D. ARTURO GONZÁLEZ,
 Delineante.

ROCA FOTOGRAFO
 TETUÁN, 20

PAPELERÍA :: IMPRENTA
 DE
Felipe Martín Crespo.
 Mayor, 47.-MADRID
 Teléfono 211-M.

MEMBRETES, EMBLEMAS PARA TODAS LAS
 :: ARMAS Y CUERPOS DEL EJÉRCITO ::

OBRAS DEL CAPITAN D. ADOLFO APONTE

JARDIN DE ENSUEÑO. - Poesías (1909). 2 pesetas (agotada).
 CÁNCIONES REMOTAS. - Idem (1910). 3 pesetas.
 PAISAJES DE ALMAS. - Idem (1913). 3,50 pesetas.

TEATRO

EL REY CIEGO. - Tragedia en tres actos y en verso, premiada con 2.000 pesetas por el Ayuntamiento de Madrid y estrenada en el teatro Español con extraordinario éxito. 3 pesetas.

Casa de Fe y principales librerías.

GRAN FÁBRICA DE OBJETOS DE MIMBRE Y BEJUCO
 DE
PLÁCIDO PÉREZ

San Marcos, 1. - (Esquina a Hortaleza.) - MADRID

:: BUTACAS, BAULES Y MALETAS PARA VIAJE ::
 CUNAS MOISÉS Y GARITAS
 PARA PLAZAS Y JARDINES
 ESPECIALIDAD EN SILLERÍAS DE BEJUCO ESMAL-
 TADO Y DE MEDULA ::

Agente general
 de
ARMAS Y LETRAS
 EN MÉJICO

D. Lorenzo B. Serrano.
 Quinta Ayuntamiento, n.º 102.

EL ARCA DE NOÉ
 PAPELERÍA E IMPRENTA

Completo surtido para suministro de oficinas militares.

Sobres para cartas, a 12, 14 y 18 pesetas millar.
 Idem para oficios, a 13 ídem id.
 Cuartillas, a 6 ídem id.

Tinta negra para oficinas, 2,50 pesetas litro.
 Plumas de la corona desde 2 pesetas caja.
 Lapiceros FABER LEGITIMOS desde 1,25 docena.

EL ARCA DE NOE :: Corredera Baja, 39, M-MADRID

SE VENDEN

los clisés usados en
 :: esta Revista. ::

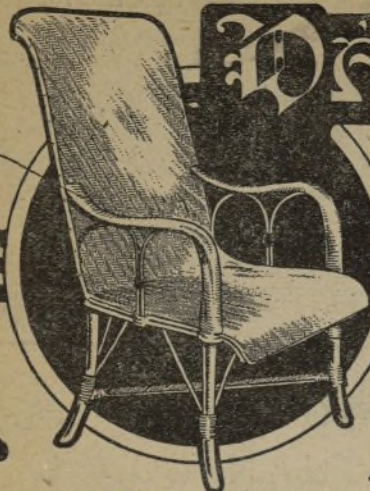
DIRIJANSE
 A LA ADMINISTRACIÓN:

MAYOR, 86

FÁBRICA DE MUEBLES DE JUNCO y MADERA

MANASO AZCUE

Azpeitia



Plas 28'00
franco estación Madrid
(sin embalaje)

Exposición
y
Depósito
en la
sucursal

Plas 22'00
franco estación Madrid
(sin embalaje)

Fernando VI, nº 1.
(esquina a Hortaleza)

MADRID

CONSTRUCCIÓN DE SILUETAS Y BLANCOS DE BEJUCO
PROVEEDOR DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO.



AUTOPIANOS



AUTOPIANOS

CASA AMERICANA TODO BARATISIMO

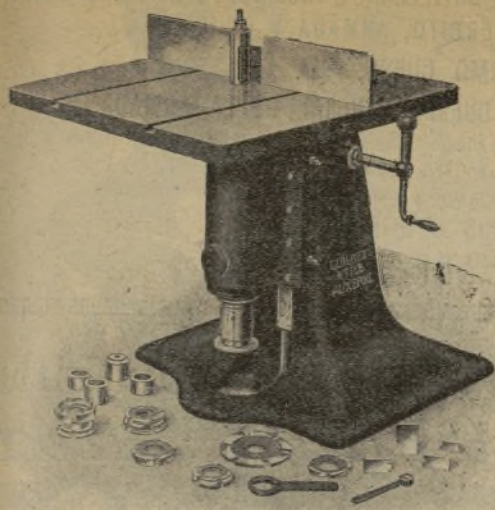
Máquinas de escribir de todas marcas, cintas, papel carbón, copias, reparaciones, presupuestos gratis. ➤ Traducciones, novedades en objetos de escritorio en general. Auto-pianos y rollos de 88 y 65 notas.

CASAS:

CARRETAS, 5, pral.
Teléfono 22-90.

HORTALEZA, 39, y PÉREZ GALDÓS, 9. Teléfono 40-77.

SIERRAS Y MAQUINAS-HERRAMIENTAS PARA TRABAJAR LA MADERA



PARA TALLERES DE CARPINTERÍA, EBANISTERÍA, CONSTRUCCIÓN DE CARRUAJES, VAGONES, ETC. FABRICACIÓN DE PARQUET Y DE TODO LO RELACIONADO CON LA INDUSTRIA DE MADERA

GUILLET FILS & CÍA.

CONSTRUCCTORES MECÁNICOS

DEPÓSITO DE MAQUINAS Y ACCESORIOS
PARA ESPAÑA

23, Fernando VI, 23; teléfono M-3.147.

MADRID

PÍDANSE CATÁLOGOS Y PRESUPUESTOS

ESTABLECIMIENTO DE JORDANA

Príncipe, 9.-MADRID.- Teléfono
- 4.038 -

Especialidad en artículos para regalos
con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BANDERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHARRETERAS, DRAGONAS Y HOMBREERAS.—CASCO, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS.—BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ESTRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLINES, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

Fábrica de Carrocerías, Side-Car y Rear-Cars para industrias.
CHASIS PARA MOTOCICLETAS de todas las marcas.

TEODORO UBEDA, FUENCARRAL, 164 Madrid. Teléfono J-952.
(antes 147).

OFRECEMOS GRANDES OCASIONES

En alhajas finas garantizadas, lindos modelos en pendientes, pulseras, sortijas, alfileres, dijes, medallas, bolsos plata. Gran exposición de relojes, de oro de ley ricas repeticiones y relojes de pulsera siempre de los últimos modelos y buenas marcas, pianos, escopetas, armas, máquinas de escribir, máquinas fotográficas, gramófonos, paraguas, impermeables, antigüedades, abanicos, objetos varios e ininidad de artículos propios para regalos.

Compramos, Vendemos y cambiamos todo.
Casa exclusivamente en artículos de ocasión.

CASA SERNA, Hortaleza, 9. Tel. 5.351-M.



RECOMENDAMOS usar los TIRANTES y LIGAS ALASKA
por ser lo más cómodo y práctico conocido.

PÍDANSE EN TODAS LAS CAMISERÍAS

AUTO-RHULLY, S. A. Agencia: CASTELLÓ, 24.

Motocicletas Harley Davidson.

ACADEMIA TORRES CARRERAS MILITARES, CUERPO GENERAL,
ARTILLERÍA E INGENIEROS DE LA ARMADA
COMPETENTE PROFESORADO DEL EJÉRCITO, ARMADA Y CIVIL

NÚMERO DE APROBADOS ÚLTIMO CURSO, **40**

NÚMEROS 1, 2 Y 3 ÚLTIMA CONVOCATORIA CUERPO GENERAL DE LA ARMADA

Esta Académia ha obtenido en seis años de fundación, entre sus aprobados, el número 1, Cuerpo general, en 1915; número 1, Ingenieros de la Armada en 1917 (previo); números 1 y 2, Cuerpo general, en 1917, y número 1, Infantería, en 1918.

Para detalles pídanse reglamentos, en donde figuran las relaciones nominales de todos los aprobados.

EXTERNOS * MEDIO EXTERNOS * INTERNOS

:: PIEMONTE, 7. - MADRID ::

*En compañía, en guardias, en maniobras debe
llevar siempre consigo una Pluma Idesca
Waterman*

Conocida en el mundo entero. :: Es la mejor.

Precio del modelo "Safety": 25 ptas.

Pidiéndola por conducto de "Armas y Letras", la CASA CRESPO la facilita a los jefes y oficiales del Ejército, para pagar en seis plazos mensuales, sin aumento de precio. Devolución en los ocho días al no convenir.



EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

GRANDES SALDOS de COLEGIATA, 2 y 4.



Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

ARMAS Y DEFENSA

por el

Coronel VÁZQUEZ DE ALDANA

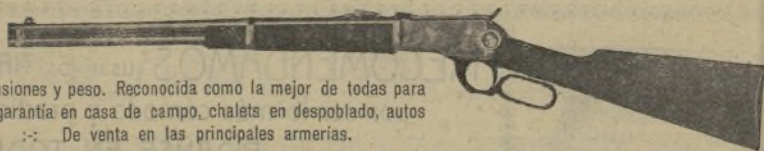
El arte de escoger un arma, de conservarla y de defenderse. Obra humorístico-científica; 500 páginas; numerosos fotograbados. De interesante actualidad para los militares y para el público en general. Precio: 6 pesetas. A los suscriptores de "Armas y Letras" se les facilitará la obra pagándola en cuatro plazos mensuales de 1,50 pta.



Carabina de doce tiros "TIGRE"

Gran precisión, seguridad absoluta, perfecto funcionamiento. De reducidas dimensiones y peso. Reconocida como la mejor de todas para "Somatenes", "Unión Ciudadana", guardas, garantía en casa de campo, chalets en despoblado, autos de turismo, caza mayor, etc., etc. :: De venta en las principales armerías.

:: :: Al por mayor: GÁRATE ANITUA Y COMPAÑIA :: EIBAR ::



PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Pianos, Pianolas, Bicicletas y Máquinas de escribir.

CASA DE COMPRAS Y VENTAS LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 - TELÉFONO 797 - MADRID

JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y kalpats. Calle Mayor, 57, MADRID. (Frente al café de Platerías.)



SIDERURGICA COMERCIAL

(S A)

Cables y telegramas: SIDERURCO



IMPORTACIÓN Y VENTA DE

Planchas de acero para construcciones navales, calderería, áreas de caudales y blindajes.

Planchas magnéticas para motores, dinamos, etc. Planchas de cobre, latón y alpaca.

Tubos de acero y cobre con y sin soldadura, estirados en caliente y en frío, por recubrimiento, a solapa, etc.

Tubos de cobre, hierro y latón para aplicaciones generales.

Tubos forjados de hierro para altas conducciones de agua.

Cables de acero, alambres y cintas de acero.

Lingotes de hierro y acero para fundir, forjar o laminar.

Aceros para herramientas de mano y mecánicas.

Aceros en barras y tochos para toda clase de construcciones mecánicas.

Rieles para ferrocarriles y tranvías.

Paseo de Gracia, 99. - Teléfono G. 1.644. - BARCELONA

Calle de Recoletos, 6. - Teléfono S. 1.300. - MADRID

SUCURSALES Y REPRESENTACIONES

TOLEDO - CÁDIZ - SEVILLA - HUELVA - BILBAO - SANTANDER - CÓRDOBA - VALENCIA - TERUEL

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



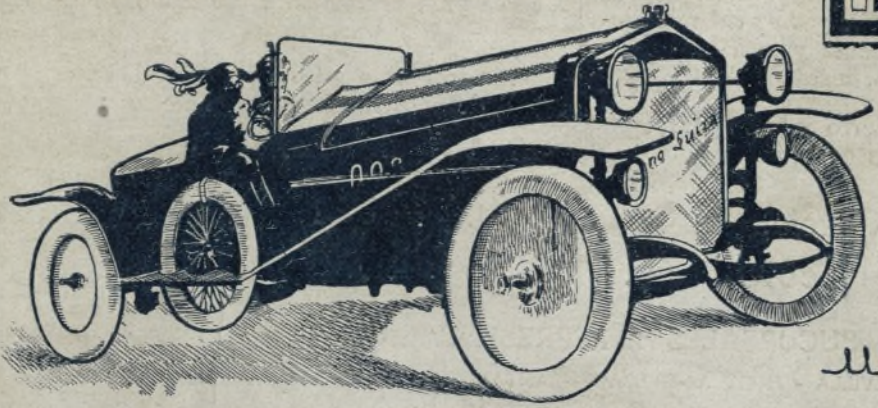
ACCESORIOS PARA AUTOMÓVILES, AEROPLANOS Y GLOBOS

:: :: Proveedores de la aeronáutica militar de España. :: ::

Motores "Napier" para aviación. Cables de goma. Tensores. Tubos de acero. Cuerdas de piano. Cables de alta. Cojinetes de bolas. Hélices. Neumáticos. Ruedas metálicas. Telas para globos. Trajes eléctricos para aviadores. Tornillería de acero.
- - - - - Aceites y grasas "Oleosol", etc., etc. - - - - -

TELÉFONO J-1342
ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Chóisy

TALLERES TIP DE EL IMPARCIAL - DUQUE DE ALBA, 4